

1

LA ECONOMÍA POLÍTICA Y LA POBLACIÓN

1. Martínez Peinado, Javier (1999) "Desarrollo Económico y superpoblación", Editorial S, Serie: Actualidad, Capítulos 1,2 y 3, Madrid, pp. 17-142.

Hasta la especialización de las ciencias sociales, operada a finales del siglo XIX, los pensadores y filósofos analizaban los problemas sociales de manera conjunta: no había "economistas", "sociólogos", "polítólogos", etc. En la medida en que la sociedad era menos compleja que la resultante del proceso de modernización capitalista, el pensamiento social pretendía abarcar todo el conjunto de manifestaciones o ámbitos sociales como objeto de estudio.

De ahí que, en estrecha relación con los acontecimientos que se ofrecían a sus ojos (o, mejor dicho, basándose en el *conocimiento empírico* de los hechos reales), va antes de la Economía Política los filósofos y pensadores hubieran formulado diagnósticos sobre el binomio población-recursos y hubiesen propuesto explicaciones de la dinámica demográfica. Merece la pena, pues, detenerse brevemente en el pensamiento precapitalista.

1.1. El pensamiento precapitalista

En las sociedades premercantilistas la dinámica natural de la población dependía en gran parte del entorno medioambiental y de las disponibilidades de recursos (especialmente agrícolas e hídricos); en definitiva, dependía de una forma muy directa de la *infraestructura social*. Por otra parte, esta infraestructura era también extraordinariamente sensible a los cambios demográficos, y los movimientos migratorios jugaban un papel regulador, junto con el propio movimiento natural (natalidad y mortalidad), para la adaptación al medio. Es decir, tanto la natalidad como la

mortalidad eran especialmente sensibles a los cambios medio-ambientales. Funcionaba lo que posteriormente se denominará *equilibrio malthusiano*.

Esta estrecha interconexión real entre medio ambiente y dinámica poblacional se manifestaba en la propia conciencia social, y por ello se ha pretendido encontrar precursores del pesimismo malthusiano desde el principio del pensamiento social sistemático, en los "padres" de la filosofía (lo cual, por cierto, concedería cierto *carácter eterno* al antagonismo población-recursos, ideología fundamental del malthusianismo antiguo y moderno). Los filósofos y sabios de las sociedades antiguas, sociedades que fueron de carácter mercantil-esclavista en el Mediterráneo y de carácter tributario en Asia, se refirieron, así, a la *población óptima* para el equilibrio población-recursos tal y como era definido en cada tipo de sociedad: con más énfasis en el carácter militar y urbano de las ciudades-estados mediterráneas y con mayor referencia a la dimensión agrícola en los imperios tributarios asiáticos. Como han recogido, entre otros, Cépede (1967), Coontz (1960) y la ONU (1953), el carácter mercantil-esclavista incorporaba cierto "optimismo poblacional", aunque moderado y relativo a las clases subalternas, más fáciles de regular. Platón habló de la población óptima de 5.040 cabezas de familia, número, por cierto, con más resonancias aritméticas que reales; por su parte, Confucio y sus seguidores también se centraron en la población óptima en la agricultura, y, a pesar de su optimismo sobre la posibilidad de mantener el equilibrio población-recursos, propugnaron medidas de gobierno (o sea, políticas demográficas) especialmente migratorias, para mantener la presión demográfica controlada. En el Imperio Romano, al igual que en China, se consideraron las cuestiones demográficas más en función de la idea imperial que según la cultura griega de la ciudad-estado, por lo que las ventajas de una población suficiente pesaban más que los inconvenientes de una deficitaria, de lo cual derivaba un cierto poblacionismo. Se ha llegado a especular con que la debilidad del Imperio tardío tendría mucho que ver con el declive demográfico de las clases libres.

El feudalismo supuso una transformación estructural de gran alcance por lo que se refiere al ámbito demográfico. Si el ámbito infraestructural era, como se indicó anteriormente, determi-

nante en todos estos tipos de sociedades, el retroceso general del nivel de progreso desde el nivel alcanzado en el Imperio Romano de Occidente supuso también un retroceso demográfico y la despoblación de algunas zonas europeas en los primeros siglos de la llamada Alta Edad Media. En un contexto semejante, y con el pensamiento cristiano como principal referente de la moral reproductiva, el concepto de población óptima, y por tanto la regulación de los nacimientos, perdió peso frente a un poblacionismo de raíces religiosas y casi de subsistencia, aunque no se puede hablar de una argumentación significativa al respecto, más allá de la teología del “creced y multiplicaos”.

Más avanzado el desarrollo feudal, y en el marco de la sociedad árabe del siglo XIV, destacará la aportación de Ibn Jaldún. Para dicho autor estaban claras las ventajas de una densidad alta de población para la profundización de la división del trabajo y el empleo más eficaz de los recursos respecto a una población dispersa; consideraba que el crecimiento de la población dependía de factores relacionados básicamente con las expectativas sobre el futuro: las condiciones económicas favorables y la estabilidad política favorecían el crecimiento demográfico, y viceversa, la inestabilidad y la penuria provocarían un pesimismo respecto al futuro que reduciría la fecundidad. La dinámica demográfica de una sociedad tendería así a ser cíclica: tras el establecimiento del dominio se sucedería una etapa de orden político, de crecimiento de la población, de profundización en la división del trabajo y de aumento de ingreso y riqueza; tras ellos vendría el lujo, el aumento de los impuestos, la codicia y otros cambios que a la larga producirían la decadencia política y económica, y la despoblación (ONU, 1953: 25). En el contexto de su realidad social, la lucidez del pensamiento de Ibn Jaldún le convierte en uno de los primeros pensadores sociales ampliamente reconocido.

También está ampliamente reconocido como el “primer malthusiano anterior a Malthus” Giovani Botero, quien a finales del siglo XVI formuló el que se considera un claro precedente del pesimismo malthusiano. Según Botero, el poder de procreación del hombre actúa “con vigor no disminuido cualquiera que sea el número de habitantes, en tanto que su capacidad de producir los elementos necesarios para la subsistencia está sujeta a límites. La

limitación de los medios de subsistencia reduce a su vez la población por la guerra, las contiendas, etc. que trae consigo la lucha por los medios de subsistencia" (Cépede, 1967: 25). Formulaba, pues, como ley general, la oposición entre "el poder generador de los hombres y el poder nutritivo de los Estados". En palabras de J. Schumpeter, fue "el primero en entonar la nota de pesimismo que iba a convertirse en tan sonada manzana de la discordia en tiempos de Malthus" (Schumpeter, 1971: 301); pero también puede argüirse que Botero era optimista respecto a la superación de una superpoblación local eventual a través de la colonización, de acuerdo con su época.

En realidad, Botero fue un caso especial. La extensa etapa histórica en la que tuvo lugar la acumulación originaria de capital no podía sino generar un sentimiento mayoritario pro-poblacionista y, en algún caso, reflexiones más moderadas o incluso alarmistas que se reconvertían en apologías de la aventura colonial o en proposiciones de claro contenido clasista (por ejemplo, los alegatos contra la ayuda a los pobres que proliferaban sin cesar), que después recogió Malthus.

Así, los pensadores del mercantilismo fueron fundamentalmente poblacionistas. Escribió Schumpeter (1971: 296):

Los economistas se pusieron à tono con la época. Con pocas excepciones se mostraron entusiastas de la "populosidad" y del rápido aumento demográfico. Es un hecho que hasta mediado el siglo XVIII la unanimidad de los economistas en esta actitud poblacionista ha sido tan plena como la que más. Una población numerosa y creciente se consideró *síntoma* principal de la riqueza; era la *causa* principal de la riqueza; era la riqueza misma, el activo más sólido de una nación. Frases de este tipo son tan numerosas en la época que hacen superflua cualquier cita precisa. Concretamente en Inglaterra, la primera oleada de grandes autores reconocidos como cabeza del sentimiento poblacionista –tales como Child, Petty, Barbon y Devenant– consiguieron enseguida la adhesión de casi todos los autores de menor importancia.

El argumento teórico de los mercantilistas tenía dos pilares: la relación inversa beneficios/salarios y los efectos depresivos para estos últimos de un exceso de mano de obra; y un objetivo claro de política económica: el fortalecimiento económico del Estado vía fiscal. Para cumplir el objetivo, era necesario aumentar

el excedente, y un aumento de la población, al derivar en un incremento de la fuerza de trabajo, provocaría una presión a la baja de los sueldos y salarios y por tanto el ansiado aumento de los beneficios y de la recaudación.

J. Consuegra (1968) ha profundizado en el optimismo de las escuelas mercantilista y cameralista. Aunque algunos autores como el propio Petty, Quesnay, Cantillon o Townsend llegaron a plantearse también la hipótesis de la superpoblación absoluta, lo hicieron más como una posibilidad coyuntural o de largo plazo que como una contradicción inexorable o un antagonismo irremediable.

1.2. La Economía clásica: del optimismo de Adam Smith al pesimismo de Malthus

La Economía Política fue el primer resultado científico del pensamiento socioeconómico sobre el funcionamiento del capitalismo, tanto a nivel teórico –formulando las leyes abstractas del *modo de producción* capitalista– como a nivel *real* –analizando su funcionamiento en una sociedad concreta, y extrayendo conclusiones de política económica para las situaciones específicas–. Como pensadores *globales*, los economistas clásicos abarcaron en su análisis tanto lo que hoy se llamarían aspectos puramente económicos como las denominadas dimensiones sociales y, dentro de ellas, las demográficas. Lo más destacable del análisis de la Economía Política sobre la población es una dualidad: si por una parte hay una constante en la consideración del comportamiento reproductivo de la población como dependiente del salario (en una relación positiva), por otra parte, y respecto al efecto del crecimiento económico para la dinámica económica, se pasará de un primer optimismo al pesimismo malthusiano.

1.2.1. Adam Smith y el “dogma económico”

En la *Indagación acerca de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, publicada en 1776, se mantuvo la herencia del optimismo poblacionista. Así, en ella se puede leer:

La señal más decisiva de la prosperidad de un país nos la da el aumento del número de sus habitantes (Smith, 1961: 65).

Este poblacionismo estaba claramente imbricado en la necesidad de fuerza de trabajo para asalariar:

El hombre siempre tiene que vivir de su trabajo, y su salario tiene que bastarle por lo menos para subsistir. En muchas ocasiones tiene que, incluso, ser algo mayor, porque de otro modo le sería imposible criar una familia, y la casta de los obreros no podría durar más allá de una generación (Ibidem: 67).

La influencia del salario en el comportamiento reproductivo es una constante a lo largo del capítulo “Salarios” de esta obra pionera de la Economía Política:

La mano de obra se encuentra allí [en Norteamérica] tan bien pagada, que una prole numerosa no constituye una carga para los padres, sino que es una fuente de riqueza y prosperidad [...]. El valor de los hijos es el estímulo mayor para el matrimonio (Ibidem: 67).

Y llega a estimar un beneficio de cien libras por hijo mientras sus padres lo retuvieran en la familia. Como se verá posteriormente, éste es un cálculo “monetario” de lo que dos siglos después continuará siendo uno de los motivos fundamentales de la *demandas de hijos*: su aportación a la riqueza familiar, en trabajo o en ingreso.

En el esquema explicativo de este autor hablar del salario (el ingreso de la clase trabajadora) como determinante del tamaño familiar supone o exige establecer los determinantes, a su vez, de dicho ingreso, como significativos para la explicación, en última instancia, del comportamiento reproductivo. Y, claro, un elemento fundamental en la determinación del salario es la demanda de fuerza de trabajo, como expresión de las necesidades del capital de trabajo vivo para transformar y crear riqueza:

Así es como, igual que si se tratase de cualquier otro artículo, la demanda de hombres regula de una manera fatal la producción de hombres; la acelera cuando marcha con demasiada lentitud, y la detiene cuando avanza con excesiva rapidez (Ibidem: 76).

El mecanismo de esta *regulación económica* de lo demográfico es el *valor de la fuerza de trabajo*, que es, como en cualquier otra mercancía, el valor necesario para (re)producirla, es decir, y en este caso, el valor de todas las mercancías que el trabajador debe consumir para tener a punto su capacidad de trabajar:

Aunque las variaciones en el precio de la mano de obra no corresponden siempre a las de los precios de los artículos alimenticios, siendo incluso con frecuencia totalmente contrarias, no por eso debemos imaginar que el precio de los alimentos no influye en el de la mano de obra. Dos son las circunstancias que regulan forzosamente el precio en dinero de ésta; la demanda de la misma, y el precio de los artículos necesarios y convenientes para la vida. La demanda de mano de obra determina la cantidad de artículos necesarios o convenientes para la vida que deben ser entregados al trabajador según que esa demanda atraviese un período de crecimiento, de estacionamiento, o de decadencia, o según exija una población creciente, estacionaria, o en estado de decadencia (Ibídem: 81).

Es decir, la medida en que el precio (salario) difiere del valor de la fuerza de trabajo está determinada por la demanda de ésta, que así modela a la oferta (la población) según sus intereses.

Adam Smith también era consciente de que esta influencia no se ejercía *directamente*, sino a través de *variables intermedias* que son, en el análisis sociológico y demográfico, las que dan cuenta más visiblemente de los cambios en el comportamiento reproductivo. Pero, a su vez, variables de este tipo, como la nupcialidad y la mortalidad infantil, son dependientes del *status económico*:

Aunque la pobreza retrae el matrimonio, no siempre impide contraerlo. Parece incluso que favorece la procreación [...]. Pero aunque la pobreza no impide la procreación, es sumamente desfavorable para la crianza de los hijos. La tierna planta nace, pero en un suelo tan frío, y en un clima tan crudo, que no tarda en agotarse y morir (Ibídем: 75).

Y, dado su espíritu poblacionista antes indicado, plantea que:

[Si] se calcula que la mitad de los hijos que nacen mueren antes de llegar a la edad civil [...] los peones más pobres tendrían que procurar, uno con otro, criar por lo menos cuatro hijos (Ibídем: 65).

En su optimismo general sobre el progreso, entonces, admite los límites naturales del crecimiento demográfico sólo para las clases regidas por la *ley de bronce* de las subsistencias:

Todas las especies animales se multiplican naturalmente en proporción a sus medios de subsistencia, y ninguna puede multiplicarse sobrepasándolos, pero en una sociedad civilizada, la escasez de los medios de subsistencia sólo puede poner límites a una mayor multiplicación de la especie humana entre las clases inferiores del pueblo (Ibidem: 75).

En resumen, la formulación de la relación economía-población por parte del “padre” de la Economía Política, modelo de claridad y brevedad, recoge las aportaciones anteriores ligándolas al análisis económico en función de tres ejes:

1. *El crecimiento demográfico es positivo*, porque en definitiva es un crecimiento de la fuerza productiva humana, base del progreso y de la división del trabajo asalariado, creador de riqueza.
2. *El crecimiento demográfico tiene como límite la satisfacción material de las necesidades de las clases subalternas*, que a su vez se delimita con el salario y otras variables económicas según la dinámica de la demanda de fuerza de trabajo.
3. En suma, la dinámica económica influye directa (salario) e indirectamente (condiciones generales de vida) en el comportamiento reproductivo. *La dinámica demográfica es un ámbito dependiente, en este sentido, de la dinámica económica.*

El mecanismo económico de regulación de la dinámica demográfica, que será una constante en el pensamiento de los clásicos de la Economía Política, es lo que se ha dado en llamar el *dogma económico*: al desarrollarse la acumulación de capital y el crecimiento económico consiguiente, aumenta la demanda de fuerza de trabajo, que a su vez supone una subida de salarios, y ésta, a través de un comportamiento reproductivo expansivo, un incremento de la población. Cuando la oferta de fuerza de trabajo así incrementada supera la demanda, vuelven a bajar los salarios, por debajo incluso del valor de la fuerza de trabajo, y se tendrán

que asumir, por parte de las familias obreras, voluntaria u objetivamente (miseria, hambrunas, etc.), restricciones al aumento del tamaño familiar. Es un desarrollo, pues, cíclico, dirigido por la instancia económica (Leguina, 1975; Spengler, 1970).

1.2.2. La inflexión: hechos demográficos y teorías en el capitalismo británico

Antes de pasar a analizar la aportación de T. R. Malthus es conveniente situarla histórica y teóricamente.

El conocimiento factual de los movimientos demográficos fue más bien equivocado hasta Malthus. Las cálculos de King en 1696 (más bien correctos) y sus predicciones (más bien equivocadas) eran de un levísimo crecimiento, pero las estimaciones posteriores de Price, un siglo después, proclamaban un proceso de despoblación, y, aunque falsas, eran aceptadas como buenas. De ahí que en esa época se adoptase una furibunda política pronatalista, en la que cabría incluir las leyes de socorro a los pobres. Como indica Heilbroner:

Lo que sorprende es lo bien que se adaptaba cualquier planteamiento del problema a una filosofía que se fundaba en la ley natural, en la razón y en el progreso. ¿Disminuía la población? Pues entonces era necesario estimular su incremento, y ese incremento caería bajo los augustos auspicios de las leyes que Adam Smith había demostrado que constituían los principios rectores de una economía libre de mercado. ¿Estaba creciendo la población? Tanto mejor, ya que todos concordaban en que el aumento de población constituía una fuente nacional de riqueza (Heilbroner, 1970: 73-74).

Y, sin embargo, vinieron la inflexión y el pesimismo de Malthus de principios de siglo. ¿Por qué, en tan corto espacio de tiempo? Siguiendo con Heilbroner, sugiere la siguiente explicación:

Lo que había ocurrido en el espacio de tiempo transcurrido desde Adam Smith era que Inglaterra, antaño nación exportadora de cereales, veíase obligada a comprar alimentos en el extranjero. A pesar de las murmuraciones del doctor Price, afirmando que la población de Inglaterra iba disminuyendo con rapidez, el crecimiento auténtico de la misma

dio lugar a que la demanda de cereales superase la oferta y a que se hubiese *cuadruplicado* el precio del trigo [... En] el año 1813 la situación se había hecho insostenible (Ibidem: 77-78).

La subida de precios beneficiaba, obviamente, a los terratenientes, y perjudicaba a la burguesía industrial, ya que al tener que asegurar salarios de subsistencia en la manufactura esta burguesía veía reducido su margen de beneficios. A nivel político, el poder parlamentario de los grandes propietarios de las tierras protegía sus intereses mediante las protecciónistas leyes de granos, que gravaban fuertemente las importaciones de cereales, que habrían aumentado su oferta y reducido su precio.

El debate era, pues, de hondo calado, e involucró durante la primera mitad del siglo XIX a todos los pensadores y activistas sociales, que tomaban postura sobre los paradigmas de la libertad de comercio, el “orden natural” y el orden del nuevo sistema emergente, el capitalista¹. Conforme se iba desbancando el optimismo de Adam Smith ante la realidad de un desarrollo capitalista que no beneficiaba a todos y que venía acompañado de hambre y miseria tanto rural como urbana (junto con el progreso y enriquecimiento), se hacía más necesario explicar el funcionamiento económico y social como producto de leyes objetivas, y así se dio lugar a lo que es probablemente una época inigualable en cuanto a la riqueza analítica de las aportaciones y enfrentamientos.

Un ejemplo típico de todo ello, la polémica entre David Ricardo y T. R. Malthus, sirve también para resaltar muchas paradojas: el profesor universitario Malthus nunca logró dar explicaciones bien acabadas de economía abstracta, estando obsesionado por problemas concretos; y el especulador y terrateniente Ricardo, al contrario, desarrolló por primera vez en abstracto y casi de forma completa la teoría sobre el modo de funcionamiento del capitalismo. Cuando Malthus quiso polemizar contra los utópicos revolucionarios (Godwin, Condorcet), formuló una “ley natural” de carácter biológico para explicar la pobreza y la miseria al margen de la estructura económica; pero cuando polemizó en el terreno económico con Ricardo, se mantuvo de lleno en la teoría smithiana de determinación económica (que no biológica) del crecimiento poblacional de las clases asalariadas (que eran las que

sufrían la pobreza), en el marco del *dogma económico*. El carácter “natural” de su principio de población, aparentemente, se reconvertía en “económico-social”. Pero Ricardo, a su vez, si bien no aceptaba los razonamientos económicos de Malthus (especialmente en torno a la renta de la tierra y a la crisis económica debida al subconsumo), aceptaba, como el resto de autores de la época, la teoría demográfica malthusiana.

La batalla de las leyes de granos fue ganada por la clase capitalista industrial muchos años después del desarrollo de la polémica Malthus-Ricardo. Pero es en ésta donde se manifiesta claramente el carácter reformista de Malthus, en el sentido de defender teóricamente una integración, de “suma y no de resta” como se suele decir en estos casos, de las clases dominantes (terrenientes y capitalistas), intentando diluir las contradicciones y antagonismos de los respectivos intereses de clase. Y, respecto a las clases dominadas, arguyó de manera que siempre se podía echar mano a la ley natural de población o a la ley de salarios del dogma económico, según viniera al caso, para explicar sus míseras condiciones de existencia. Y si bien este reformismo de Malthus resta clarividencia teórica al conjunto de la obra malthusiana, es a su vez el que permite entender ese mismo conjunto como tal.

1.3. Las teorías de T. R. Malthus

Sobre este autor se ha escrito y polemizado tanto desde que se publicó por primera vez su *Ensayo* en 1798 hasta la actualidad que es probablemente el autor clásico más conocido, aunque con seguridad no por ello más leído. En realidad, es común leer a nivel periodístico y divulgativo verdaderas barbaridades en nombre de Malthus, y seguramente son muy numerosas las personas que utilizan o han utilizado el “como dijo Malthus” sin haber abierto las tapas de cualquiera de sus obras.

Ya en su época fue una figura polémica, aunque muy respetada. Respecto a sus teorías, es fácil encontrarle precursores, tanto en el pesimismo demográfico como en el pesimismo económico, lo que le valió en algunos casos (el más duro, Marx) la acusación de mero plagiario; otros autores le han defendido, y

de entre ellos sobresale J. M. Keynes (Keynes, 1970), aunque su admiración se basase más en la teoría del subconsumo del clérigo que en su pensamiento al respecto del binomio población-recursos.

En cualquier caso, lo que parece más ecuánime es recordar que Malthus recogía unas inquietudes y que, inmerso en una polémica social contra los reformistas y revolucionarios ilustrados "utópicos", formuló lo que a él le pareció una refutación definitiva de los argumentos contrarios: *la pobreza no era consecuencia de las instituciones sociales, sino de una ley natural que afectaba permanentemente e inexorablemente al género humano en su lucha por la subsistencia*. Su principio de población así lo afirma. Pero en el contexto global de su análisis surgieron algunas contradicciones que no supo resolver, haciendo más patentes los elementos ideológicos de su discurso. Tales contradicciones se encuentran, por una parte, entre la primera y las posteriores ediciones de su *Ensayo sobre el Principio de la Población* (Malthus, 1970 y 1951), y entre éste y sus *Principios de Economía Política* (Malthus, 1977)².

1.3.1. La Ley o Principio de Población

Formulada por primera vez en 1798, en la segunda edición de 1803 ya ofrecía importantes diferencias, que se mantuvieron en las posteriores ediciones, en el sentido de una "moderación" de la supuesta inexorabilidad del principio y también en la propia extensión de las obras, que a partir de la segunda edición recogían nuevos viajes y estudios para cimentar mejor su teoría, con lo que resultaron mucho más voluminosas que la primera.

El principio malthusiano de población se puede reducir a los siguientes pasos:

- *Postulado 1.º*: El alimento es necesario para la existencia del hombre; es decir, no puede haber hombres sin alimentos, o bien, el número de hombres no puede superar el tope de las posibilidades alimenticias proporcionadas por las subsistencias existentes. Lo que Smith planteaba para las clases inferiores aquí se generaliza.

- *Postulado 2.º:* La pasión sexual es una fuerza determinada e invariable. Es una suerte de determinación biológica.

Creo poder honradamente sentar los dos postulados siguientes: Primero: el alimento es necesario a la existencia del hombre. Segundo: la pasión entre los sexos es necesaria y se mantendrá prácticamente en su estado actual.

Estas dos leyes, que han regido desde los tiempos más remotos del conocimiento humano, aparecen como leyes fijas de la naturaleza (Malthus, 1970: 52).

- *Supuesto:* La producción de alimentos sólo se puede incrementar en razón aritmética, mientras que la población tiende a incrementarse en progresión geométrica:

La población, si no encuentra obstáculos, aumenta en progresión geométrica. Los alimentos sólo aumentan en progresión aritmética (Ibidem: 53).

En las ediciones posteriores se mantuvo este supuesto. En sus propias palabras:

Podemos llegar a la conclusión de que, teniendo en cuenta el estado actual de la tierra, los medios de subsistencia, aun bajo las circunstancias más favorables a la actividad humana, no podrían hacerse aumentar con mayor rapidez de la que supone una progresión aritmética [...]. Si consideramos la totalidad de la tierra [...] claro está que quedaría excluida la posibilidad de emigración; y [...] la especie humana aumentaría como la progresión de los números 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256 y las subsistencias como las de los números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9 (Malthus, 1951: 12).

Dados estos postulados (que como tales no necesitan demostración) y el supuesto sobre la dinámica productiva y reproductiva, de ellos se deduce la necesidad inexorable de diversos controles del crecimiento demográfico para posibilitar el equilibrio entre ambas esferas, o para que, en pocas palabras, no queden bocas sin alimentar:

Para que se cumpla la ley de nuestra naturaleza, según la cual el alimento es indispensable a la vida, los efectos de estas dos fuerzas tan

desiguales deben ser mantenidos al mismo nivel. Esto implica que la dificultad de la subsistencia ejerza sobre la fuerza de crecimiento de la población una fuerte y constante presión restrictiva (Malthus, 1970: 53-54).

El crecimiento de la especie humana sólo puede mantenerse al nivel de los medios de subsistencia por la constante acción de la dura ley de la necesidad, actuando como un freno sobre la potencia más vigorosa (Malthus, 1951: 12).

Los controles pasan a formar parte, pues, de una *ley natural*:

Tanto el reino de las plantas como el de los animales se contraen bajo esta gran ley restrictiva, y el hombre, *por mucho que ponga a contribución su razón*, tampoco puede escapar a ella (Malthus, 1970: 54)³.

Conviene resaltar el carácter inexorable de la oposición subsistencias-población y la operatividad *natural* (ecológica, diríamos hoy en día) de la restricción, que *excluye la racionalidad humana*. Sobre los tipos o formas de la restricción o control, en el *1.er Ensayo* escribió:

Todos los obstáculos pueden muy bien resumirse en dos: miseria y vicio [...]. La primera, la miseria, es una consecuencia absolutamente necesaria de esta ley. El vicio es una consecuencia sumamente probable y que, por lo tanto, abunda por todas partes (Malthus, 1970: 54. También en 105).

Y ello, como ya se ha destacado, *por mucho que ponga el hombre a contribución su razón*, que es la que le diferencia de los animales a la hora de sufrir la restricción (Ibidem: 61).

De ahí que, según Malthus, en la historia de las sociedades se haya mantenido el equilibrio población-subsistencias en función de dos tipos genéricos de “obstáculos”, controles o restricciones: los *preventivos* y los *positivos* (Ibidem: 83 y 105). Los *preventivos*, en tanto que voluntarios, son peculiares y típicos del ser humano, y surgen de su superioridad racional, que le permite calcular las consecuencias de sus actos:

La aprensión ante las dificultades que supone el mantenimiento de una familia [...] actúa como obstáculo preventivo (Ibidem: 83).

El obstáculo preventivo, mientras es voluntario, es peculiar del hombre y resulta de la superioridad característica de sus facultades razonadoras que le permiten calcular las consecuencias lejanas (Malthus, 1951: 13).

En lo que respecta al hombre, los efectos de este obstáculo son más complicados. Un instinto igualmente poderoso le impulsa a procrearse y reproducir su especie; pero la razón le pone obstáculos a ese instinto obligándole a preguntarse si no traerá al mundo seres a quienes no podrá criar. Si atiende a esa sugerión natural de su razón la restricción da lugar a menudo al vicio. Si no la escucha, la raza humana estará tratando constantemente de aumentar más allá de lo que permiten los medios de subsistencia; pero, como debido a aquella ley natural por la cual el alimento es necesario para la vida humana la población no puede aumentar efectivamente más allá de lo que permite la alimentación indispensable para mantenerla, la dificultad para adquirir los alimentos tiene que estar actuando continuamente como un fuerte freno contra el aumento de población. Esta dificultad debe localizarse en alguna parte, y dejarse sentir necesariamente en una u otras formas de miseria, o de temor a ella, en una gran parte de la humanidad (Ibidem: 8).

Los obstáculos *positivos* son extremadamente variados, e incluyen

[...] todo aquello que contribuye en mayor o menor medida a acortar la duración natural de la vida humana, ya provenga del vicio, ya de la miseria. En este grupo habrá, pues, que incluir las ocupaciones malsanas, el trabajo excesivamente fatigoso y la exposición a las inclemencias del tiempo, la pobreza extrema, la mala crianza de los hijos, la vida de las grandes ciudades, los excesos de toda clase, toda gama de enfermedades comunes y las epidemias, las guerras, las pestes y las hambres (Ibidem: 14. También en Malthus, 1970: 104-105).

El sistema de "obstáculos" así formulado es *exhaustivo* y *exclusivo* entre las dos categorías o tipos: el vicio y la miseria explican *todos* los controles, que son preventivos o positivos. Y, como se deduce de las citas anteriores, en cualquier caso estamos ante una manifestación de una *ley natural*. Nada que achacar, pues, a instituciones, estructuras, prácticas o políticas económicas y sociales.

Ahora bien, este sistema exhaustivo y exclusivo en torno a la miseria y el vicio sufrió una importante modificación a partir de la segunda edición del *Ensayo sobre la Población*, al introducirse un *tercer* tipo de control. Malthus, consciente o no de la importancia de esta innovación para su ley, la anuncia en el Prefacio a la segunda edición:

En el desarrollo de esta obra me he apartado del principio que regía en la anterior, hasta el punto de suponer la actuación de otro freno a la población que no puede considerarse ni como vicio ni como miseria (Ibidem: 5).

Esta nueva categoría es la “abstención moral”:

Entre los obstáculos preventivos, la abstención del matrimonio que no es seguida de la satisfacción irregular puede denominarse adecuadamente como abstención moral (Ibidem: 15).

Se reformula, entonces, la exhaustividad del sistema:

Examinando esas restricciones del aumento de la población que he clasificado en los dos grandes grupos de preventivos y positivos, veremos que pueden agruparse en tres: abstinencia, vicio y miseria (Ibidem: 15).

Esta tercera opción es además, en su opinión, más aceptable que los obstáculos anteriores, e incluso puede reducir la dinámica y acción de los mismos. Se convierte así en la panacea para evitar el colapso de la relación población-subsistencias, aunque con un tufillo religioso-moral bien evidente. No será extraño que ello sea fuente de ataques por sus detractores, como tampoco lo es su similitud con las alternativas para el control de natalidad que posteriormente han sido propugnadas por otras opciones religiosas.

Pero la importancia de esta innovación no está en sí misma (la abstinencia matrimonial), sino en el hecho de *ser introducida* en la teoría; es decir, se reconoce que el principio de población *ya no es tan inexorable* como se había postulado. Por mucho que se mantiene lo de la progresión geométrica, se está diciendo que ni los pecadores (vicio) ni los santos (abstinencia) están sujetos a la ley natural del segundo postulado. Dicho de otra forma: si

la abstención moral se sitúa en el terreno de la voluntad racional (como es obvio que sucede), entonces no está clara la inexorabilidad de la ley natural. Dado que el sistema malthusiano es muy cerrado, introducir una nueva categoría que no responda en absoluto a la "naturaleza" hace resentirse a la óptica quasi biológico-cista de los postulados sobre los que está construida. El comportamiento humano, sea a través del vicio o de la abstinencia moral, de la ausencia de ambos o de una combinación de ellos, asegura que la progresión geométrica es sólo una entre muchas posibilidades: los grados de libertad cuando funciona el raciocinio soslayan cualquier pretendido determinismo naturalista.

Esta debilidad metodológica puede argumentarse de otra manera: si se aplica el mismo esquema, no a la restricción, sino a la expansión demográfica, ¿cómo negar la posibilidad de que el crecimiento demográfico no es consecuencia de una ley natural o de la pasión descontrolada, sino el producto de una voluntad humana arrastrada "moralmente" por cualquier tipo de estructura psicosocial o por intereses políticos o económicos?

La capacidad de argumentación sería la misma en los dos casos, porque de hecho se ha pasado de una teoría de la población de compulsión biológico-cista a otra teoría más difusa.

Aunque la significación e importancia que aquí se da a este "cambio" introducido en el 2.^o *Ensayo* haya sido cuestionada en ocasiones, no deja de haber, en todo caso, una divergencia clara entre el 1.^{er} y el 2.^o *Ensayo*. En términos de A. Lux, tanto la concepción *biológica* como la *sociológica* coexisten en un claroscuro en el que no se destaca perentoriamente ninguna de las dos (Lux, 1968)⁴.

De cualquier forma, lo que sí se mantiene invariante en los *Ensayos*, y es quizá la herencia más asumida por el pensamiento posterior, son dos elementos teóricos consustanciales con el principio de población: la teoría de los rendimientos decrecientes de la tierra (que define, de alguna forma, la progresión geométrica de las subsistencias), y la consideración de que la causa de la pobreza radica en la *superpoblación*, y no en la estructura social. La primera es la "base económica" de su teoría demográfica, y la segunda es la consecuencia político-económica de ésta. A su vez, el análisis económico global, contenido en sus *Principios de Eco-*

onomía Política, es el que incluye más referencias al comportamiento reproductivo en tanto es determinado, no por una ley natural, sino por las instancias económicas, y en el que parece que se haya olvidado el principio de población.

1.3.2. El análisis económico y las contradicciones con el principio de población

El análisis económico malthusiano se contradice con el demográfico básicamente por el carácter *dependiente* que la dinámica demográfica adquiere en el primero, mientras que es teóricamente *independiente* de la economía (puesto que es producto de una ley natural) en el demográfico. Existen párrafos en sus *Principios* en los que la dinámica poblacional aparece como variable totalmente condicionada por la *demandas de fuerza de trabajo*, o, en otros términos, por el empleo y el salario; e incluso en otros se hace depender de las condiciones político-sociales, de naturaleza y efectos, además, contrarios a la *ley natural* de sus *Ensayos*. Como botón de muestra, baste el siguiente: refiriéndose a la subida de salarios y caída de precios del trigo en Inglaterra entre 1720 y 1750, escribió en sus *Principios*:

Este gran aumento de poder de compra de artículos de primera necesidad no produjo, a pesar de todo, un aumento proporcionado de la población. Encontró a la gente de este país viviendo bajo un buen gobierno y gozando de todas las ventajas de una gran libertad civil y política. Las clases inferiores estaban acostumbradas a ser respetadas por las leyes y por las clases superiores de sus conciudadanos y, en consecuencia, habían aprendido a respetarse a sí mismas. El resultado fue que los mayores salarios en trigo, en lugar de ocasionar exclusivamente un aumento de población, se emplearon en proporcionar un alza decisiva en el estándar de comodidades y lujos (Malthus, 1977: 192).

Esta respuesta de la población a un aumento del ingreso será más tarde, como se verá, uno de los argumentos antimalthusianos más significativos en los autores opuestos al neomalthusianismo como explicación del subdesarrollo, y, en los países desarrollados, una de las bases de la teoría de la transición demográfica

por la movilidad social. Pero compárese con el siguiente texto del *1.er Ensayo*:

Que la población no puede aumentar sin que aumenten los medios de subsistencia es una proposición tan evidente que no requiere demostración. *Que la población aumenta invariablemente cuando dispone de los medios de subsistencia* lo demuestra ampliamente la historia de todos los pueblos que han existido en la tierra (Malthus, 1970: 67)⁵.

Lo invariable puede ser variable (??!). La ausencia de crecimiento demográfico ante un aumento del ingreso, contradictorio con la filosofía de los *Ensayos*, se explica por el mecanismo de los salarios:

Pero si la baja [del precio de las materias primas] es gradual y está compensada en parte, en cuanto a su valor de cambio, por un aumento de la cantidad, los salarios en dinero del trabajo no bajarán necesariamente, y el resultado será únicamente una menor demanda de trabajo, insuficiente, tal vez, para dejar sin empleo a los trabajadores realmente empleados, pero suficiente para impedir o disminuir el trabajo a destajo, para poner obstáculos al empleo de mujeres y niños y para dar muy poco estímulo a la siguiente generación de trabajadores (Malthus, 1977: 195).

El *papel económico de la familia*, que como se verá más adelante es fundamental para explicar el comportamiento reproductivo, aparece aquí explícitamente subordinado a la *demandada fuerza de trabajo*, que es la variable que predomina a lo largo de los *Principios económicos malthusianos*. A esta variable son referidas las explicaciones de los incrementos demográficos en EEUU, Irlanda, Inglaterra y Escocia. Tras haberlos descrito, afirma:

Lo que es indispensable para un aumento rápido de la población es una demanda abundante y persistente de trabajo, y ésta se ajusta a la tasa de aumento de la cantidad y valor de aquellos fondos, provenientes del capital o de la renta, que realmente se emplean en el mantenimiento del trabajo (Ibidem: 197).

Pero a pesar de las apariencias contradictorias, el dogma económico se puede hacer compatible con el principio de población en un doble sentido:

En primer lugar, considerando que en su análisis económico Malthus no está sino desarrollando el postulado 1.^o de su teoría demográfica; o, dicho de otra forma, está describiendo los mecanismos en virtud de los cuales éste se realiza, y ello en la más estricta ortodoxia clásica, como se vio con Adam Smith. Si bien la respuesta que da a la cuestión de “de qué depende el comportamiento reproductivo” es el *dogma económico*, los mecanismos reguladores propios de su ley de población de los *Ensayos* son los *efectos o fenómenos sociológicos* (derivados de las instancias económicas) que se observan directamente. Lo que se perdería entonces sería el carácter natural-universal de la definición pesimista del binomio población-alimentación, a no ser que se considere que el modo de producción capitalista tiene ese mismo carácter natural-universal. Es decir, si el crecimiento demográfico es una variable dependiente de la dinámica de la acumulación de capital a través del salario y de la “pasión de los sexos”, pero a su vez la acumulación de capital es parte también del orden natural, entonces todo queda definido en ese mismo ámbito de lo “natural”. Como, de hecho, así pensaba Malthus, cabe suponer que no existía para él la contradicción.

En segundo lugar, al remitir la totalidad del análisis del comportamiento reproductivo de las clases asalariadas (que son las susceptibles de verse reguladas por los mecanismos económicos del empleo y el salario) a la dinámica coyuntural de la acumulación de capital, podría pensarse (y así lo han hecho muchos) que Malthus adjudicaba a la explicación económica un papel cílico o coyuntural para el corto plazo, mientras que el principio de población tendría un carácter más general o de largo plazo. Y es en esa generalidad referida a las “costumbres morales” y a las expectativas de las clases trabajadoras donde se sitúan los controles demográficos de los *Ensayos*.

De cualquier forma, las contradicciones o, al menos, ambigüedades que se pueden encontrar en los textos en que Malthus desarrolló su teoría de la demanda efectiva⁶ plantean seriamente la cuestión de si Malthus tenía decidido “a conciencia” si el crecimiento demográfico era una variable dependiente (su análisis económico así lo implica, en la línea del dogma económico) o era una variable independiente (con base biologicista, de ley

natural). Porque el cuerpo central de la teoría malthusiana sobre la demanda efectiva y la posibilidad lúgubre de la crisis de subconsumo supone, por una parte, un reconocimiento del papel positivo e insustituible que puede jugar el crecimiento de la población en la generación de tal demanda, que a su vez es para él el estímulo básico de la creación de riqueza.

En el siguiente pasaje, correspondiente en concreto a la Sección II del Libro II de los *Principios*, titulada "Del aumento de población considerado como estímulo del acrecentamiento continuado de la riqueza", aparece claro que, si bien matizadamente, Malthus no se pone en contra del optimismo poblacional:

Muchos escritores han opinado que el único estímulo que necesita el aumento de riqueza es el crecimiento de la población, pues, según ellos, como ésta es la gran fuente de consumo, su aumento debe mantener elevada la demanda de una mayor producción, que irá naturalmente seguida de un crecimiento continuo de la oferta.

No tenemos ningún inconveniente en admitir que un crecimiento persistente de la población es un factor importantísimo y necesario para el aumento de la demanda [...] (Ibidem: 262).

Si bien inmediatamente desarrolla el argumento de la no suficiencia de esta condición, ya que si no se asegura la realización del beneficio (porque hay empleo, salario y, por tanto, compra) sólo se conseguirá una paralización de la demanda siguiente, de la inversión y, en definitiva, de la creación de riqueza.

Pero, por otra parte, esta teoría supone también la afirmación de que el desempleo de los recursos —entre ellos los humanos— es consecuencia del exceso de ahorro, *y no del exceso de esos recursos*, que es lo que defiende en sus *Ensayos*. Al respecto es sintomática su conclusión escribiendo a Ricardo:

Opino que, en la práctica, el freno efectivo de la producción y la población surge más de la falta de estímulos que de la falta de capacidad productiva (Carta de Malthus a Ricardo, 26-1-1817. Citada en Keynes, 1970: XXXV).

En este contexto cabe destacar que incluso echó la culpa del subdesarrollo irlandés a un conjunto complejo de causas en el que la propiedad de la tierra y las condiciones coloniales cumplen un

papel primordial (Malthus, 1977: 290-294). Y hasta su gran va-
ledor, Keynes, saca a relucir ejemplos de las contradicciones obli-
gadas en este segundo aspecto. Así, mientras que en un ensayo de
1807 Malthus critica un proyecto de construcción de viviendas,
con cargo a las parroquias, destinado en parte a remediar la ate-
rradora escasez y en parte a aliviar el desempleo, aduciendo agria-
mente que la falta de vivienda es de los mejores controles para evi-
tar el matrimonio precoz, en los *Principios* defiende los gastos
“improductivos” para sostener la acumulación (Ibidem: 358 y ss.).

1.3.3. La pervivencia de Malthus: la ideología malthusiana

Por lo visto hasta aquí, puede concluirse que la obra malthu-
siana es un discurso complejo y cuando menos ambiguo, en el que
parecen caber matizaciones a cualquier intento de formalización.

Pero, por encima de todas las matizaciones posibles, su prin-
cipio de población es el arma más definitiva para explicar la po-
breza; en los *Ensayos*, y dentro del marco polémico que los ca-
racteriza, escribió:

Ninguna pretendida igualdad, ninguna reglamentación agraria, por muy radical que sea, podrá eliminar, durante un siglo siquiera, la presión de esta ley, que aparece, pues, como decididamente opuesta a la posible existencia de una sociedad cuyos miembros puedan todos tener una vida de reposo, felicidad y relativa holganza [...] (Málthus, 1970: 55).

Y, arremetiendo contra los sistemas igualitarios, razonó:

De los dos argumentos decisivos en contra de tales sistemas [igua-
litarios], uno se cifra en lo inapropiado que es un estado de igualdad
[...] para producir aquellos estímulos al esfuerzo que son los únicos que
pueden vencer la naturaleza indolente del hombre [...]. El otro argu-
mento se basa en la inevitable y necesaria pobreza y miseria [...] por
efecto de la reconocida tendencia de la raza humana a aumentar más
deprisa que los medios de subsistencia (Málthus, 1951: 308).

El que la producción de alimentos pierda la carrera frente al
crecimiento demográfico es fruto de la acción de otra ley inexo-

rable: como por el aumento de la población se tendrán que ir cultivando progresivamente tierras de peor calidad, cada vez menos fértiles, los rendimientos tenderán a ser decrecientes. Malthus fue de los primeros en formular tal ley. Justificando el impuesto a la importación de granos (las leyes de granos), escribió, refiriéndose al sobreprecio que supone el arancel:

Pero el hecho es que la diferencia total de precio no surge, de ninguna forma, exclusivamente de la imposición. Una parte de ella, y diría, una parte nada desdeñable, es causada por la necesidad del cultivo y desarrollo anuales de las tierras más pobres, para abastecer la demanda de una población creciente; dicha tierra debe, desde luego, requerir más trabajo y acondicionamiento y gastos de todo tipo en su cultivo. El precio creciente del trigo, por tanto, e independientemente de cualquier imposición, es probablemente mayor que en el resto de Europa (Malthus, 1970bis: 128).

Obsérvese que si los rendimientos no fueran decrecientes, o se demostrase que la reproducción humana no se rige por una inexorable compulsión biológica, las conclusiones malthusianas sobre el antagonismo del binomio población-recursos perderían su consistencia. Pues bien, existe evidencia teórica y empírica que demuestra que Malthus se equivocó en ambos aspectos. A pesar de ello, Malthus y su teoría perdura. ¿Por qué? Para dar una respuesta a esta pregunta es necesario resaltar el *compromiso ideológico de la obra malthusiana*, claramente apologética de un sistema concreto de producción, el capitalismo, del que se empeña en ignorar, cuando no achacar a supuestas leyes naturales, cualquier tipo de consecuencia inhumana o catastrófica para grandes contingentes de población. No es que Malthus negase o rehusase ver la realidad de pobreza y miseria del capitalismo, sino que se esforzó por desligarla analítica e ideológicamente lo más posible de las propias leyes de funcionamiento de ese sistema económico.

Además de este contenido ideológico, la obra de Malthus supuso un punto de inflexión en el pensamiento demográfico desde la publicación de la primera edición del *Ensayo*. Todos los pensadores se tuvieron que definir en torno a los temas planteados por él. Y aunque en sus *Principios* se aportaran nuevos análisis,

en especial referentes a los posibles desequilibrios oferta-demanda y a la crisis de subconsumo, durante la primera fase de desarrollo del modo de producción capitalista (hasta el último tercio del siglo XIX) lo que los científicos sociales más significativos aceptaron fueron los postulados del principio de población, con la ley de los rendimientos decrecientes como base, por una parte, y el dogma económico, como explicación del comportamiento reproductivo, por otra.

David Ricardo fue malthusiano en lo que se refiere al tema demográfico. Realizó un reconocimiento explícito y elogioso del principio de población:

Me complace la ocasión que se me ofrece aquí de expresar mi admiración al *Essay on Population* de Mr. Malthus. Los ataques de quienes se han opuesto a esta gran obra han servido solamente para demostrar la firmeza de la misma; y estoy convencido de que su justa reputación aumentará con el cultivo de esa ciencia, para la cual es una contribución de las más eminentes (Ricardo, 1973: 332).

Ricardo utilizó la tendencia de la humanidad a crecer “en proporción geométrica” y el dogma económico como ejes explicativos de la conformación de la oferta de fuerza de trabajo. Resolvió la supuesta contradicción entre la ley *biológica* y la ley *económica* del comportamiento reproductivo remitiéndose a la diferencia entre una *tendencia* y la *realidad*. La tendencia innata de la población a aumentar queda reflejada en sus *Principios*, por ejemplo, en el siguiente pasaje, en el que se puede apreciar que la conjunción del principio de población con la ley de rendimientos decrecientes es completamente malthusiana:

Aun cuando no es probable que en las circunstancias más favorables un aumento de producción sea todavía mayor que el de la población, no podrá permanecer así durante mucho tiempo, pues por ser la tierra limitada en cantidad y diferente en calidad, todo aumento del capital empleado en ella producirá un rendimiento menor, mientras que la fuerza de crecimiento de la población permanece siempre igual (Ibidem: 79-80).

Su aceptación del dogma económico, por otra parte, queda bien reflejada en los siguientes pasajes, en los que se puede leer

claramente la articulación de la acción de los controles positivos malthusianos (hambre, miseria, etc.) con la acción de las variables económicas, siendo los primeros *consecuencia* de las segundas:

Cuando el trabajo tiene un precio corriente o de mercado que excede de su precio natural, la condición del trabajador es próspera y feliz, lo que le permite disponer de una mayor cantidad de cosas necesarias y de satisfacciones y, por tanto, sostener una familia sana y numerosa. Sin embargo, cuando, debido al estímulo que los salarios altos dan para el crecimiento de la población, el número de trabajadores aumenta, los salarios descienden nuevamente a su precio natural, y en realidad, a veces, debido a una reacción, descienden aún más.

Cuando el precio de mercado del trabajo es inferior al natural, la condición de los trabajadores es de lo más desdichada que cabe: la pobreza entonces les priva de aquellas comodidades que la costumbre ha hecho absolutamente necesarias. Solamente después de que las privaciones hayan reducido su número, o se hubiese aumentado la demanda de trabajo, volverá a aumentarse el precio de mercado del mismo hasta su tasa natural, con lo que el trabajador tendrá las moderadas satisfacciones que le proporcionará el tipo natural de los salarios [] La demanda de trabajo puede ser un estímulo permanente para el crecimiento de la población (Ibídem: 76-77).

El malthusianismo de Ricardo le llevó, coherentemente, a atacar, al igual que Malthus, las leyes de beneficencia:

La tendencia manifiesta de las leyes de beneficencia está en directa oposición a estos principios evidentes [los del dogma económico]: como la legislación intentaba, compadecida, no consiste en mejorar la condición del pobre y del rico juntamente; en vez de hacer rico al pobre, están proyectadas para hacer pobre al rico [...]. La tendencia perniciosa de esas leyes no es ya un misterio, puesto que ha sido desarrollada completamente por el experto Mr. Malthus (Ibídем: 85)⁷.

Pero a pesar de todo cabe matizar doblemente este malthusianismo ricardiano. En primer lugar, la preeminencia del factor económico sobre el biológico-natural está más destacada que en Malthus. Y, en segundo lugar, y ello es más importante, la causa de la pobreza no está, como en Malthus, enraizada en el comportamiento reproductivo obediente a la compulsión biológica, sino que, según Ricardo, *la pobreza es fruto del sistema económico*:

co, que comporta una contradicción entre salarios y beneficios. Ricardo tuvo que admitir que los efectos de la acumulación capitalista no favorecía a todas las clases sociales, sino que podían ser negativos para la clase obrera. Todavía en 1823, en el Parlamento, Ricardo parece que utiliza públicamente el crecimiento de la oferta de fuerza de trabajo para explicar la miseria. Pero su visión de los efectos de la introducción de maquinaria en la situación de la clase trabajadora, provocando desempleo, demuestra claramente su percepción del antagonismo económico, y en el capítulo "Sobre la maquinaria", en sus *Principios*, el exceso de oferta de fuerza de trabajo sobre la demanda (o sea, el desempleo) aparece como lo que Marx llamará posteriormente *superpoblación relativa* (Ibidem: 325). Por el contrario, la argumentación malthusiana describe el desempleo como una *superpoblación absoluta* y generada en el ámbito interno del proceso de reproducción de la población. En este caso (el malthusianismo) se trata de una *población excesiva para las necesidades de la población*, mientras que en la óptica ricardiana y marxista se habla de una *población excesiva para las necesidades del capital*. Por ello, con estas matizaciones, cabe considerar el pesimismo ricardiano de distinto carácter que el de Malthus.

Después de la muerte de Malthus su herencia analítica concerniente a la demografía fue depurada sobre todo en lo referente a la ley de rendimientos decrecientes, a la vez que continuó la pasión por elaborar teorías (especialmente psicológicas y biológicas) sobre el comportamiento reproductivo alternativas al dogma económico. Desde el punto de vista estrictamente económico se desarrollaron mucho más los análisis en lo concerniente a los rendimientos decrecientes para mantener el pesimismo malthusiano en el binomio población-recursos que en el comportamiento demográfico. Si bien se siguió confiando en el progreso tecnológico, no se dejó de pronosticar el *estado estacionario*, como en el caso de J. S. Mill, o certezas similares respecto a los límites del progreso. Es ahí donde se encuentran los precedentes más significativos de lo que un siglo más tarde será entendido como los *límites del crecimiento económico*.

En un principio se consideraba que los costes crecientes sólo afectaban a la agricultura, en contraposición a los rendimientos

crecientes de la industria, debidos al desarrollo de la tecnología y de la división del trabajo. Pero pronto se aplicó el análisis de los rendimientos decrecientes también en la manufactura. Y, con la inflexión que supuso la escuela neoclásica, la ley de los rendimientos decrecientes se definirá desde entonces en función de su acción en los factores de la producción (tierra, trabajo y capital).

Respecto al principio de población, su "éxito" fue absoluto, y del poblacionismo smithiano se pasó al antipoblacionismo y a los argumentos a favor del freno del crecimiento demográfico de las clases asalariadas, que se concebía como causante de la miseria de éstas, a través de la acción del mercado de trabajo. Aunque Malthus fue muy criticado, el dogma económico y la ideología malthusiana acabaron siendo esgrimidas por antiguos optimistas y poblacionistas como Pitt o Paley (ONU, 1953; también es sintomático que en Consuegra, 1968, no se encuentren referencias a poblacionistas antimalthusianos desde Adam Smith). El pensamiento de John Stuart Mill, que suele servir como resumen y colofón del pensamiento económico clásico en las postrimerías de la primera fase del capitalismo, es un buen exponente de esta aceptación:

Las especies humanas no son una excepción a [la] propiedad de los seres orgánicos. Su facultad de multiplicarse es indefinida, y la multiplicación efectiva sería extraordinariamente rápida si esa facultad se ejercitara hasta el límite máximo [...]. Hace veinte o treinta años, hubiera sido necesario ilustrar y fundamentar esas proposiciones; pero las pruebas que las apoyan son tantas y tan incontestables que se han abierto camino contra toda clase de oposiciones, y pueden considerarse ya como axiomáticas; si bien la extremada repugnancia que se siente para admitirlas hace surgir de vez en cuando alguna nueva y efímera teoría, pronto olvidada, de una ley de multiplicación distinta aplicable a diferentes circunstancias, relacionada con una providencial adaptación de la fecundidad humana a las exigencias de la sociedad. El obstáculo para comprender bien el asunto no procede de esas teorías, sino de las ideas muy confusas acerca de las causas que, en la mayor parte de las épocas y lugares, hacen que el crecimiento efectivo de la humanidad sea mucho menor del que pudiera ser [...]. A medida que el hombre se eleva sobre la condición de las bestias, la población se restringe por miedo a las privaciones, más bien que por las privaciones en sí (Mill, 1978: 157-158).

Así, el remedio institucional preventivo de orden moral es el único que se opone al principio inexorable, en la mejor línea de interpretación (más bien mera repetición) del principio malthusiano:

Cualquier cambio ventajoso en su situación [de los trabajadores] se traduce, por lo general, en un aumento de la población, que priva a la generación siguiente de los beneficios derivados de tal cambio. Mientras no se les pueda enseñar a hacer un mejor uso de las circunstancias favorables, ya sea mejorando su cultura intelectual y moral, ya sea elevando su nivel corriente de vida, nada permanente puede hacerse por ellos; los proyectos más prometedores acaban tan sólo en una población más numerosa, pero no más feliz (ibidem: 160-161).

Respecto al dogma económico, Mill parte de la idea de que los salarios dependen de la oferta y demanda de trabajo o, en otros términos, de la proporción entre capital y población. Se articulan, entonces, el mecanismo económico (de la demanda de trabajo) y el principio de población (de la oferta de fuerza de trabajo). Contempla, incluso, la excepción malthusiana de la posibilidad de un aumento de salarios sin aumento demográfico. La visión de J. S. Mill es, por tanto, una visión completa y *estructural* de la relación economía-población: la *infraestructura* (población o fuerza de trabajo) se reproduce según las necesidades de la *estructura* (mercado de trabajo), y, en última instancia, es regulada por la *superestructura* (conciencia social). El siguiente pasaje es un buen ejemplo de ello:

Si, como es frecuente, los trabajadores no tienen más que lo necesario para mantenerse en condiciones de trabajo y poder sostener el número necesario de hijos, cuando los alimentos se encarezcan cada vez más sin que suban los salarios, será mayor el número de niños que mueran prematuramente; por ello, subirán al fin los salarios, pero sólo porque el número de trabajadores será menor que si los alimentos hubieran seguido siendo baratos. Pero, en segundo lugar, aun si los salarios fueran lo bastante altos para permitir que subiera el precio de los alimentos sin que los trabajadores y sus familiares carezcan de los necesarios, aunque puedan soportar una peor situación física, tal vez no se avengan a ello. Tal vez estén acostumbrados a ciertas comodidades que consideran necesarias, y antes que perderlas preferirán res-

tringir su multiplicación; y así los salarios subirán, no por aumento de la mortalidad, sino por disminución de los nacimientos (Ibíd: 311).

Este autor, además, se planteó el comportamiento reproductivo diferencial en el seno de las clases trabajadoras, aunque la mayor “prudencia” que encontró en las capas más cualificadas se explicase exógenamente al mercado laboral, a través de la legislación social o gremial sobre la aptitud económica para el matrimonio, el mantenimiento restringido de una determinada oferta de fuerza de trabajo artesana, etc. (Ibíd: 317 y ss.). Por otra parte, a J. S. Mill se le debe la formulación más explícita del *estado estacionario*, que, según él, basa su ineluctabilidad en el crecimiento demográfico, e incluso considera éste como algo “inde-
seable” desde el punto de vista filantrópico:

“Aún hay sitio en el mundo, sin duda, incluso en los países antiguos, para un gran aumento de la población, suponiendo que sigan progresando las artes de la vida y aumentando el capital. Pero aun cuando este aumento fuera inocuo, confieso que no veo razón alguna para desearlo. En todos los países más habitados se ha alcanzado ya la densidad de población necesaria para permitir a la humanidad obtener, en su más alto grado, todas las ventajas que puedan proporcionar la cooperación y las relaciones sociales [...]. Si la tierra ha de perder [...] gran parte de lo que tiene de agradable gracias a cosas que serían extirpadas de su superficie por el crecimiento ilimitado de la riqueza y de la población, con la sola finalidad de permitirla sostener una población más numerosa, pero no más feliz, confío sinceramente en que, para el bien de la posteridad, la humanidad se contentará con el estado estacionario, mucho antes de que la necesidad la obligue a ello (Ibíd: 642-643).

4.4. De la Economía Política a la escuela neoclásica

La segunda fase del capitalismo se desarrolló desde el último tercio del siglo XIX hasta finales de la primera mitad del siglo XX. Esta fase está caracterizada como el período imperialista y de capital monopolista de base nacional, y en ella se pueden distinguir dos subperiodos, separados por la gran crisis que explota en 1929. Desde el punto de vista del pensamiento económico, el pri-

mer subperíodo se caracteriza por el desarrollo de la escuela neoclásica, y el segundo por la aparición del pensamiento keynesiano. Desde el punto de vista de los hechos demográficos, el período en su conjunto está caracterizado por la *transición demográfica* en las economías industrializadas.

En el último tercio del siglo XIX se asistió a un nuevo impulso espectacular de las fuerzas productivas. El nuevo salto en el progreso capitalista, que incorporó nuevas máquinas-herramientas, la química inorgánica, la siderurgia del acero, el cemento, el motor de explosión, la electricidad, etc., ha hecho que algunos autores hayan calificado la base infraestructural de la nueva fase como la “II.^a Revolución Industrial” (Pasdermadjian, 1960).

Respecto al conocimiento de los hechos demográficos, en este período se desarrolló la Demografía como disciplina científica y se empezó a constatar una moderación en las tasas de crecimiento demográfico, que hizo atemperarse también el pesimismo malthusiano y a conservarlo en la vitrina de las teorías supuestamente válidas, pero no de moda: ni por el lado de los recursos (II.^a Revolución Industrial) ni por el de la población (desaceleración del crecimiento demográfico) el binomio parecía conflictivo. Malthus quedaba desmentido.

La ciencia económica entró en la etapa de la formalización matemática y de los paradigmas del “equilibrio general”, la “competencia perfecta” (siendo así que la realidad mostraba el camino contrario, la monopolización creciente de la producción y los mercados) y la circulación (el mercado) como única esfera significativa de análisis. Especialmente esto último suponía un cambio fundamental respecto a la problemática a la que se enfrentaron los clásicos y a su método. Pero también el “desvío” neoclásico afectó al tema demográfico: si hasta entonces estaba incluido en el análisis económico, a partir de ahora se separa más bien bruscamente, configurando una nueva disciplina científico-social: la Demografía. Y si la población deja de interesar a la Economía (Schumpeter, 1971: 971-973; ONU, 1953: 38), la Demografía como ciencia especializada nace así, en expresión de un demógrafo, “coja”:

La desaparición de la población como problema coincidió con el cambio radical de orientación de la economía, la ciencia social más “es-

tablecida”, y condujo a la supervivencia sólo marginal de las teorías demográficas, paralela a la expansión del conocimiento y tratamiento estadísticos de la población. La criatura inicial se hizo deforme y junto a un pie raquíntico y anquilosado creció y se hizo vigoroso su soporte analítico-estadístico; la criatura se sostenía y crecía con fuerza, pero su horizonte, su alcance y sus posibilidades de progreso se veían mermados por su cojera teórica, contemplada sin preocupación por una comunidad intelectual que, en general, no se planteaba el problema (Sáez, 1980: 104).

El pensamiento económico, pues, no dedicaba grandes esfuerzos a avanzar o a profundizar sobre la herencia clásica del dogma económico o el principio de población malthusiano. Los economistas neoclásicos operaban en un marco teórico definido por la ley de rendimientos decrecientes (reformulada en términos marginalistas y para todos los “factores de la producción”), la ley de mercados de Say (que excluía teóricamente el desequilibrio oferta/demanda, y por lo tanto el desempleo y la crisis de subconsumo tan querida de Malthus) y una visión smithiana de la bondad de la acumulación de capital, exenta de antagonismos y plenamente confiada a la ley natural. De sus predecesores Malthus y Ricardo olvidaron los temas conflictivos: la posibilidad del desequilibrio permanente y el antagonismo beneficio-salario. En la nueva ciencia económica, aparentemente aséptica socialmente, encajaba el mantenimiento del principio de población malthusiano, aunque su pesimismo fuera moderado por el progreso de la nueva revolución industrial, e, interesando más desde el punto de vista ideológico, pero sin prestarle demasiada atención, quedó relegado al *status* de conjetura para el largo plazo. En palabras de Coontz:

La existencia de períodos de crecimiento del ingreso per cápita no convocó la convicción sobre la mezquindad de la naturaleza. Por el contrario, aunque se reconoció y apreció la afortunada experiencia de los modernos países de Europa Occidental durante el siglo XIX, se creyó que era atribuible a una combinación particularmente favorable de circunstancias, como el progreso de la ciencia, el crecimiento del mercado internacional, el perfeccionamiento de otras técnicas económicas, etc. Pero, de acuerdo con el consenso de opinión entre los economistas neoclásicos, sería utópico prever un estado futuro de

cosas caracterizado por una coyuntura tan favorable (Coontz, 1960: 100).

Estas características encuentran su mejor representante en Alfred Marshall, considerado uno de los fundadores de la escuela neoclásica. Según él, el razonamiento de Malthus consta de tres partes: en primer lugar, la que se refiere a la tendencia del género humano a crecer hasta el freno que le imponen la oferta de alimentos o los controles positivos; en segundo lugar, la que se refiere al necesario y consiguiente exceso de oferta sobre la demanda de fuerza de trabajo, por efecto de la ley natural, que explica el posible desequilibrio (coyuntural) expresado en desempleo y pobreza; y, en tercer lugar, la que se refiere al carácter natural de las leyes, de tal forma que se puede proyectar el pasado hacia el futuro, y es necesario entonces defender el freno moral para evitar los males de la superpoblación (la miseria y el vicio). A partir de ahí, su aceptación del principio malthusiano es matizada, pero básicamente completa: si bien afirma que el comportamiento reproductivo humano es más complicado que el animal al estar afectado del hecho social y la racionalidad (lo que hoy se llamarían *expectativas*), por otra parte defiende explícitamente la validez de la teoría demográfica del clérigo. Así, en sus *Principios de Economía* (1880), escribió:

El crecimiento del número de animales está regulado por las condiciones presentes; el de los hombres está afectado por las tradiciones del pasado y las previsiones del futuro (Marshall, 1954: 149).

Lo cual parece cuestionar el carácter biológico del principio malthusiano; pero más tarde agrega:

Su posición [la de Malthus] con respecto al crecimiento de la población permanece esencialmente válida. Los cambios que el curso de los acontecimientos ha introducido en la doctrina de la población se refieren, principalmente, a la segunda y tercera parte de su razonamiento [...]. Los economistas ingleses de la primera mitad del siglo pasado exageraron la tendencia que tiene un aumento de población a ejercer presión sobre los medios de subsistencia, y no tuvo Malthus la culpa de no poder prever el gran desarrollo de los transportes a vapor por mar y por tierra, que ha permitido a los ingleses de la presente generación

obtener los productos de los países más ricos de la tierra a un coste relativamente pequeño (Ibídem: 154).

Aun confiando en un gran desarrollo agrícola, Marshall previó un horizonte temporal de contención de la presión demográfica sobre los medios de subsistencia de no más de unos doscientos años (Ibídem: 155, nota al pie). Mantuvo, pues, el pesimismo a largo plazo.

También postuló, en su análisis de las causas de la dinámica demográfica, la primacía de las instancias económicas sobre una serie de variables demográficas intermedias, como la nupcialidad, la edad al contraer matrimonio, la mortalidad diferencial, etc. Introdujo muy explícitamente el *coste de reproducción de la fuerza de trabajo* y el *papel económico de los hijos* (que, como después se verá, son variables estratégicas en la explicación moderna de la natalidad) para explicar los movimientos de la fecundidad según las clases sociales o el nivel de ingreso:

En la clase media, los ingresos del hombre rara vez alcanzan su máximo antes de los cuarenta o cincuenta años, y el gasto originado por la educación de los hijos es grande y dura muchos años. El artesano gana casi lo mismo a los veintiún años que en la edad madura, a no ser que llegue a ocupar un puesto de responsabilidad, pero no gana mucho antes de los veintiún años; sus hijos le proporcionan un gasto considerable hasta la edad de los quince años aproximadamente, a no ser que los envíe a una fábrica donde pueden ganar algo a una edad muy temprana. Por último, el obrero ya gana un buen salario a los dieciocho años y sus hijos empiezan también a ganar muy pronto. Por consiguiente, el promedio de edad del casamiento es más elevado entre la clase media, menor entre los artesanos y menor todavía entre los obreros no especializados (Ibídem: 155-156).

Marshall superó también el análisis clásico sobre la demanda de la fuerza de trabajo. Frente a sus predecesores, que consideraban la *oferta* (de mercancías), sus factores y variables, como el verdadero objeto de estudio de la economía, él reivindicó el análisis de la *demandada*. Claro que en el caso de la mercancía-fuerza de trabajo el énfasis en su demanda significa situarse en el terreno de los clásicos, que en el caso de este factor de la producción también pensaban que la demanda regulaba la oferta (la población),

como se ha visto que postulaba el dogma económico. Marshall, además, y a despecho de reformulaciones y matizaciones posteriores, planteó una serie de cuestiones nuevas en torno a la influencia de la economía en la natalidad, superando la simpleza e insuficiencia del mecanismo del salario, aunque partiendo de él:

[Hasta no tratar más detenidamente el tema del progreso y el valor de la fuerza de trabajo] podemos concluir que, por regla general, un aumento de la remuneración origina un inmediato incremento en la oferta de trabajo eficiente (Ibidem: 435).

Aunque, a tenor de la experiencia y teniendo en mente el análisis posterior, agrega que:

[...] un aumento permanente de la prosperidad lo mismo puede disminuir que aumentar el promedio de nacimientos (Ibidem).

La “paradoja demográfica” (caída de la natalidad al elevarse el ingreso) que factualmente se manifestaba contra el dogma económico pudo ser resuelta por Marshall mediante la distinción entre *trabajo eficiente o cualificado* y el *ineficiente o no cualificado*, y la constatación de la existencia de salarios socio-históricos para cada categoría de fuerza de trabajo:

La cuestión de cómo responde estrechamente la oferta de trabajo a la demanda se resuelve en gran parte en la cuestión de qué proporción del consumo actual de la población está formada por cosas estrictamente necesarias para la vida y eficiencia de los jóvenes [...] y qué parte es realmente superflua considerada como un medio de producción.

[...] Y no se llega a una conclusión muy diferente cuando se trata la cuestión con respecto a países menos adelantados aún ahora, puesto que en la mayor parte del mundo las clases trabajadoras no pueden permitirse muchos lujos ni aun adquirir muchas de las cosas de necesidad convencional, y un aumento de sus ingresos vendría a producir un incremento tan grande de la población que pronto bajarían éstos nuevamente hasta alcanzar el antiguo nivel. En la mayor parte del mundo, los salarios están regidos por la llamada ley de hierro o de bronce, que los mantiene muy cerca de lo estrictamente necesario para la existencia de una clase trabajadora más bien ineficiente.

En cuanto al mundo occidental moderno, la situación es muy distinta, ya que han sido muy grandes los últimos adelantos en el conoci-

miento y la libertad, en el vigor y en la riqueza, y también las facilidades de acceso a los ricos campos distantes de ofertas de alimentos y materias primas. Sin embargo, todavía es cierto, incluso en Inglaterra, que la mayor parte del consumo de la masa principal de la población se encamina a mantener la existencia y el vigor, quizás no del modo más económico, pero, al menos, sin una gran pérdida (Ibíd: 436-437).

Así, explicó las diferencias en los salarios por razones sociohistóricas y por las características del nivel de desarrollo de cada país, aunque mantuvo por encima de todo los términos clásicos del salario "natural":

No por eso deja de ser cierto que, tomando al hombre tal como es y como ha sido hasta ahora, en el mundo occidental los ingresos que percibe un trabajador eficiente no alcanzan a cubrir mucho más de lo necesario para hacer frente a los gastos de sustento y para mantener en actividad todas sus energías (Ibíd: 437).

Siendo su conclusión general la siguiente:

Un aumento de los salarios, a menos que éstos sean ganados en unas condiciones antihigiénicas, aumenta casi siempre la fuerza física, mental e incluso moral, de la próxima generación, y [...] en igualdad de circunstancias, una elevación de salarios aumenta el tipo de crecimiento de la mano de obra, o en otros términos [...] un incremento en el precio de la demanda aumenta la oferta de ésta. Dado un determinado estado de los conocimientos y de los hábitos sociales y domésticos, el vigor de la población, considerada en conjunto, si no su número, y tanto el número de trabajadores como el vigor de los mismos en cualquier industria en particular, puede decirse que tienen un precio de oferta, en el sentido de que existe un cierto nivel del precio de demanda que los mantendrá en una situación estacionaria, que un aumento de dicho nivel los hará subir, y que un descenso del mismo los hará bajar (Ibíd: 437-438). —

De la distinción marshalliana entre categorías de salarios histórico-sociales, según el nivel de cualificación, extraerá posteriormente S. H. Coontz importantes consecuencias para su explicación económica de la natalidad diferencial, que Marshall no desarrolló por las limitaciones y objetivos globales del análisis neoclásico. Merece la pena destacar ahora parte de esas conclusiones (a Coontz se le dedicará más atención posteriormente) con sus propias palabras:

El trabajo eficiente requiere un estándar de vida mayor, determinado objetivamente, para asegurar la oferta continua, esto es, su reemplazo en generaciones subsecuentes. En términos de costo, la educación de un trabajador eficiente (o diestro) será algún múltiplo (digamos dos) del costo de educar a un trabajador ineficiente (o no cualificado). Entonces, para que la pauta de fertilidad del trabajador eficiente o cualificado coincida con la del trabajador ineficaz o no cualificado, la diferencia en remuneración debería ser tal que el mayor ingreso del trabajador eficiente baste para compensarle por educar una familia tan grande como la que educa el trabajador no cualificado. En ausencia de la cantidad total necesaria para compensarlo de los gastos de una familia tan grande, esperaríamos que el trabajador eficiente limitase el número de su prole.

Considerada subjetivamente, esta carencia de compensación adecuada o demanda limitada de trabajo cualificado, se revela como una amenaza al estándar de vida de los trabajadores eficientes, a su forma de vida; a lo cual responden al reducir el tamaño de sus familias. Por supuesto, reaccionan a una situación inmediata y no se ocupan de la oferta de trabajo de las generaciones subsecuentes. Pero *considerada objetivamente*, su respuesta significa una reducción de la oferta de trabajo en la generación siguiente (Coontz, 1960: 102-103).

En definitiva, puede decirse que Marshall se mantuvo, en lo que respecta al tema demográfico, en una línea similar a los clásicos, enfatizando la demanda de trabajo como mecanismo regulador de la natalidad, pero fue más allá al introducir los diferenciales en cualificación, lo que le podría haber llevado a una teoría económica del comportamiento reproductivo mucho más sofisticada y completa que la del dogma económico. Sin embargo, su análisis económico general y los paradigmas y cuestiones de interés para la escuela neoclásica abortaron esa potencialidad.

Sus sucesores tampoco la aprovecharon, básicamente porque el tema no interesaba. Ocasional e interesadamente sostuvieron la fácil lealtad a Malthus en el tema del binomio población-recursos: como la acumulación de capital es benéfica para el trabajo, la tasa de salarios se determina por la relación entre oferta (población) y demanda (capital). Enfocando entonces el denominador de esta relación, se deduce que a menor población, mayor tasa de salarios. O, formulado a la inversa: un incremento relativo de la oferta del factor trabajo disminuye su eficiencia marginal y su contrapartida monetaria.

Aunque con diferencias en el énfasis de su malthusianismo, los autores más destacados de la escuela neoclásica (además de Marshall), tales como Senior, Walras o Wicksell, coincidieron en la lealtad malthusiana aunque sin incorporarlo a sus estructuras analíticas, dejando una herencia sin innovaciones al principio de población. Aunque éste siguió generando literatura, a favor y en contra, la formulación de leyes demográficas se convirtió en asunto de otras ciencias sociales emergentes. En economía sólo se conservó, y en sordina, la preocupación por el binomio población-recursos, a nivel teórico y, sobre todo, práctico. Así, desde primeros de siglo y hasta la crisis de los años treinta se insistió en los beneficios de la emigración (en el caso británico) o se combatió la inmigración (caso de Estados Unidos) con referencias a la "población óptima", que Wicksell había reintroducido en el análisis económico. Y hasta bien entrada la década de los cincuenta, ya en el contexto de la nueva fase del capitalismo, la situación no varió: la población fue considerada una variable independiente cuya estructura y dinámica sólo interesaban ocasionalmente al análisis económico.

Un buen ejemplo de ello es J. M. Keynes, creador de la "nueva economía" o "revolución keynesiana", que desde luego no fue tal respecto al análisis de la relación economía-población. Manteniendo un estricto espíritu malthusiano respecto al equilibrio población-recursos, también se ocupó (con mayor éxito que Malthus) del problema de la demanda efectiva; y si no mostró las contradicciones tan claras del ilustre antecesor fue porque no mantuvo el dogma económico, ya que ni siquiera se ocupó del tema de cómo influye la economía en el comportamiento reproductivo. Sin embargo, el contexto de la crisis económica y la caída de la tasa de crecimiento demográfico merecen detenerse brevemente en el planteamiento keynesiano.

1.5. J. M. Keynes, la demanda efectiva y la población insuficiente

La *revolución keynesiana* supuso ciertos cambios paradigmáticos en el análisis económico ortodoxo y planteó serios interrogantes sobre la óptica del *orden natural* y el *equilibrio general*. Los

economistas de los años treinta se plantearon, además, la caída de la población activa como resultado del proceso de envejecimiento de la población y sus efectos en la demanda. Respecto al desempleo, la nueva teoría ofrecía una explicación desvinculada del volumen de la población. El mismo Keynes dio un giro (no explicado) en este sentido a partir de su *Teoría General* de 1936. Y las preocupaciones de los economistas de la época, si bien fueron olvidadas tras la experiencia del *baby boom* de la posguerra, han vuelto a ponerse de actualidad a finales de siglo, cuando los costes sociales y financieros del envejecimiento demográfico han aparecido como la principal carga para el estado del bienestar, heredado precisamente de la nueva economía keynesiana. Pero, yendo por partes, cabe comenzar por el idilio Keynes-Malthus.

1.5.1. Keynes y Malthus

Se puede afirmar que Malthus es el autor a quien más debe Keynes, ya que le recuperó y alabó, no ya sus leyes de población (aceptadas pero guardadas en el baúl de los recuerdos, como se indicó anteriormente), sino su teoría de la demanda efectiva, es decir, su visión de que el ahorro excesivo podría ser nefasto para la acumulación de capital al dificultar la demanda efectiva suficiente; y, de hecho, es esta última teoría, según Keynes, la que le convierte en auténtico maestro⁸.

En trabajos anteriores a la publicación de su *Teoría General* en 1936, Keynes mantuvo fielmente el principio malthusiano de la población hasta grados incluso extremos, identificando en el período inmediatamente posterior a la guerra la existencia de superpoblación y de remedios positivos. Schumpeter, sacándole punta a semejante despropósito, escribió:

En el umbral del período que se iba a caracterizar por la acumulación de masas invendibles de productos alimenticios y materias primas, Keynes afirmó que a partir de cierto momento de la primera década del siglo la "naturaleza" había empezado a responder a los esfuerzos humanos con menos generosidad que antes —interesante y falsa interpretación del aumento de los precios agrícolas iniciado en el momento a que él se refería—, e incluso que la presión demográfica había sido

una de las causas de la primera guerra mundial y hasta de la Revolución Rusa (*sic*). Sir William H. Beveridge le atacó en nombre del sentido común. Lejos de amilanarse, Keynes siguió sosteniendo que el diablo malthusiano había aparecido en escena una vez más. Hay que añadir, de todos modos, que pocos siguieron a Keynes en este caso, si es que le siguió alguien. La mayoría de los autores sentían, sin duda, preocupación por esos problemas, pero pronto se vieron obligados a preocuparse por los problemas inversos (Schumpeter, 1971: 972).

Pero ello no era algo nuevo. Si acaso, chocaba por la “extrema” fidelidad de Keynes a la interpretación malthusiana de las calamidades. En un artículo de 1921 escribió que “la población es la razón última de inestabilidad social” (Keynes, 1977, vol. XVII: 267); en otro artículo de 1922, significativamente titulado “El punto de vista de un economista sobre la población”, escribió:

Malthus dijo una verdad esencial cuando estableció [...] que la población tiende siempre a incrementarse en progresión geométrica. Esto no debe tomarse literalmente en el sentido de que la tasa de natalidad es siempre la misma. Significa que es acumulativa. Según crece la población, cualquier exceso de la tasa de natalidad sobre la tasa de mortalidad significa un incremento constantemente mayor en números absolutos. Ciertamente que más tarde o más temprano este estado de cosas llegará a un límite [...] y en un área dada, como Gran Bretaña o Europa, la expansión llegará a su fin antes que en el mundo considerado en su totalidad (Ibidem, vol. XVII: 441).

Al relacionar la estructura por edades y la población activa, estableció:

Los cambios anuales en la oferta de trabajo en la actualidad no dependen de nada que esté ocurriendo ahora, o incluso que haya ocurrido recientemente, sino de hechos algunos de los cuales tuvieron lugar en 1885 cuando la guerra de Crimea y ninguno de los cuales tuvo lugar después de 1905 (Ibidem, 444). —

Así, Keynes consideraba a la población como variable absolutamente independiente, y en este párrafo utilizó, en el mejor estilo malthusiano, una obviedad (la población que trabaja hoy ha nacido antes) sin el mayor sentido analítico (ya que no hay ninguna ley que determine la oferta de fuerza de trabajo a quin-

ce, veinte, etc. años vista) para llamar la atención sobre la responsabilidad de la superpoblación en el empleo (en este caso, desempleo):

En Gran Bretaña estamos sufriendo un desempleo mucho mayor que el que podemos soportar permanentemente. Una gran parte de este desempleo es debida a la depresión comercial de la que forzosamente con el tiempo nos recuperaremos. Pero es necesario recordar que el número de varones entre 20 y 60 años es, a pesar de las bajas de la guerra, 1.300.000 más que en 1911 [...]. Para mantener nuestras cabezas por encima del agua, el capital nacional debe crecer tan rápido como la oferta de trabajo nacional (*Ibidem*: 445).

Y el final del artículo no lo podría haber escrito mejor ni el propio Malthus en lo que de llamada al autocontrol se refiere, si bien aquí Keynes mantuvo escrupulosamente el problema demográfico como exógeno al análisis económico:

Verdaderamente, el problema de la población no va a ser meramente problema de un economista, sino que en el futuro próximo será la mayor de todas las cuestiones políticas. Será una cuestión que hará despertar algunos de los profundos instintos y emociones de los hombres, y los sentimientos pueden expresarse tan apasionadamente como en las primeras luchas entre religiones. Pero cuando la inestabilidad de la sociedad moderna lo force, habrá comenzado una gran transición en la historia humana, con el esfuerzo del hombre civilizado por asumir el control consciente de sus propias manos, lejos del ciego instinto de la mera supervivencia (*Ibidem*: 446).

Sin embargo, en una etapa posterior, y cuando maduró su ruptura con la ortodoxia del “equilibrio general”, ya se hizo consciente de la caída de la tasa de crecimiento demográfico, y de que, por tanto, la “presión” malthusiana se aflojaba:

En los Estados Unidos y en Europa Occidental la población ha ido creciendo más lentamente que antes; así que no tenemos la misma presión sobre nuestros recursos que solíamos tener al proveer a los nuevos llegados de una crianza, casa y equipo (Keynes 1977, vol. XX: 517).

Pero la verdadera matización (por llamarle de alguna forma) a su espíritu malthusiano se encuentra en sus consideraciones so-

bre la crisis y sus causas: la oferta de fuerza de trabajo *no es* la primera causa del desempleo, sino que hay que buscar ésta en la dinámica de la especulación y, más en concreto, en la dinámica de la eficiencia marginal del capital:

La población continuará creciendo por lo menos durante cinco, o seis, si no diez, años más. Personalmente, no creo que hubiera disminuido nuestro desempleo en gran medida si la población hubiera sido ya estacionaria (Ibídem: 318).

Si el equilibrio con desempleo de recursos es el más probable y posible, el volumen poblacional pierde significancia explicativa. Y desde el punto de vista de la demanda efectiva, incluso puede jugar un papel positivo, como condición, si no necesaria (como había escrito Malthus), sí al menos “posible” para extender las necesidades y por tanto las expectativas de la oferta. Así, llegó a escribir:

Nuestra población hoy en día crece mucho más lentamente que antes. No estoy seguro de si nuestro problema [el desempleo] no sería más fácil si estuviéramos teniendo un rápido crecimiento de la población. Por otra parte, el rápido incremento [demográfico] en la era victoriana fue una de las cosas que mantuvo prósperos los negocios, cuando permitió a los patrones rebajar los salarios (Ibídем: 321).

En su celeberrima *Teoría General* apenas se hace mención del tema demográfico, y en las contadas ocasiones en que se hace no se aporta nada nuevo: se relaciona el cambio en la tendencia demográfica con la ampliación del ciclo económico, por una parte, y con la guerra, por otra (Keynes, 1974: 283 y 335). Pero siempre queda el crecimiento poblacional como una variable exógena al análisis y al acontecer económicos. El que los salarios nominales se considerasen inflexibles a la baja en la “nueva economía” implicó que tampoco se profundizase en el dogma económico o en una reformulación que explicara las formas “modernas” de influencia en el comportamiento reproductivo por parte de las variables económicas. En realidad, y en comparación con los clásicos y Marshall, la “nueva economía” supone la negación de dicha influencia, porque la endogenidad de la variable *población* ya no interesa a los economistas de la crisis.

La preocupación que sí se extendió entre algunos de ellos fue la referida a la *caída* del crecimiento demográfico en los países desarrollados, y sus posibles efectos negativos sobre el ciclo económico, en un ambiente analítico proclive a la reconsideración de las teorías del subconsumo. Era el AntiMalthus, o, como se destacó en su momento, el Malthus contradictorio con el principio de población. En cualquier caso, seguía tratándose de pensar la influencia de la dinámica demográfica en la economía, es decir, seguía considerándose la población como variable *exógena*.

Un buen exponente de este nuevo enfoque y de la “novedosa” alarma social que incorporó se encuentra en sendos artículos de gran significación de dos de los más insignes economistas de la época, R. F. Harrod y A. H. Hansen.

1.5.2. R. F. Harrod

Para Harrod las perspectivas que se abrían con la persistente caída de la fecundidad eran de lo más inquietantes:

La magnitud y duración de la caída de la natalidad en este y otros países son lo suficientemente importantes como para sugerir que implicarán cambios en profundidad tanto en la estructura interna de los países como en el equilibrio de poder en el mundo. Incluso sugieren que la completa extinción de la especie humana, desde el punto de vista antropológico, en el próximo futuro no puede ser ya considerada como una especulación estrastralaria y absurda (Harrod, 1939: 1).

Haciéndose eco y utilizando los nuevos descubrimientos estadísticos y la perfección progresiva de los modelos y técnicas de la Demografía (especialmente en torno al concepto de *tasa de reproducción*), llegaba a la conclusión de que:

[...] estamos destinados a perder un cuarto de nuestra población por generación como media, a menos que la mortalidad decrezca o el tamaño medio de la familia aumente (Ibidem: 5).

Por otra parte criticó implícitamente pero sin ambigüedades la endogenización de la dinámica demográfica en la economía que

supone el dogma económico de los clásicos, a la vez que mantuvo el postulado malthusiano respecto a los límites que el medio impone al crecimiento demográfico:

Respetables humanitaristas arguyen que una mejora en las condiciones [de vida] de la gente volverían a estimular pronto la tasa de natalidad, pero es muy dudoso que este punto de vista pueda mantenerse satisfactoriamente.

Los instintos y mecanismos físicos y las emociones, que sustentan la reproducción humana como las de otras especies animales supervivientes, se adaptan a la severidad del medio (Ibidem: 8).

Malthus estuvo brillante al apreciar la amenaza de la superpoblación, y tenía buenas bases para hacerlo. Si bien estaba equivocado en su diagnóstico sobre los factores que probablemente estimulaban la tasa de natalidad y no se dio cuenta de que el crecimiento demográfico de su tiempo era debido casi enteramente a la caída de la tasa de mortalidad, sí que estableció claramente la relación de los instintos reproductivos con la presión del medio como directora de la tendencia de la población, y su trabajo es fundamental para el subsiguiente desarrollo del pensamiento sobre la materia (Ibidem: 10).

Para Harrod las variables explicativas del comportamiento reproductivo se situaban en un extenso y ambiguo campo de la totalidad de la realidad social, y ésta comprende tanto el "medio" como las "instituciones sociales" o los "sentimientos religiosos y morales". Cuando trató de las causas de la caída de la natalidad, planteó como posibles explicaciones parciales el incremento del coste de la educación y el acceso de mayor parte de la población a un mejor nivel de vida, que supone un espectro mayor de posibilidades de gasto alternativas; pero consideró necesario combinar ambos factores con el efecto de la extensión de los medios anticonceptivos, a la que dio un peso especial:

Mientras que la caída de la reproducción ha coincidido con el aumento de los medios de vida, puede haber algo de cierto en el punto de vista de que el coste de un hijo incluyendo los gastos en educación de un nivel convencional y apropiado al *status* social de los padres se ha elevado aún más. Además de ello debe ser considerado el factor, que puede ser de enorme importancia para la mayoría de las clases de bajo ingreso, de que el valor prospectivo de un hijo como activo generador de ingresos ha retrocedido de forma importante [...].

Así, se puede sostener *a)* que la moderna contraconcepción es la única causa del declive, en el sentido de que si no hubiera tenido lugar, tampoco se habría producido el declive [reproductivo], y, al mismo tiempo, *b)* que [...] la expansión de los gastos de crianza y educación ha hecho el efecto restrictivo de la anticoncepción mucho mayor de lo que habría sido de otra manera; consecuentemente, el coste educativo puede ser considerado como una causa cierta del declive reproductivo (Ibidem: 13-14).

Respecto a los efectos económicos de la caída persistente de las tasas de crecimiento demográfico se declaró muy pesimista si es que habían de mantenerse. Consideró probable, en este sentido, ~~una caída de la producción per cápita; una mayor tasa de dependencia en el futuro por el envejecimiento de la población, e incluso una intensificación del desempleo por la creciente inmovilidad intersectorial de la mano de obra y, lo que es más fundamental, por la ausencia de nueva demanda de nuevo capital.~~ En definitiva, por las fallas producidas en la demanda y en las salidas al ahorro.

1.5.3. A. H. Hansen

Por su parte, Hansen, en el discurso presidencial en el 51º encuentro anual de la *American Economic Association* en 1938, planteó también la caída del crecimiento demográfico como un reto de suma importancia para la recuperación económica. Para afrontarlo, abogó por recuperar el “optimismo dinámico” de Adam Smith en lugar del “pesimismo estático” de Malthus y Ricardo:

Los análisis pesimistas de Malthus y Ricardo enfatizaron la limitación de los recursos naturales y el peligro de la reducción de los márgenes de cultivo por la presión de una población creciente hasta un límite en que el ingreso real quedaría reducido al nivel de mera subsistencia. En este análisis estático la visión más dinámica de Adam Smith fue totalmente olvidada. Si nosotros queremos conseguir una comprensión clara de las consecuencias económicas del actual declive del crecimiento de la población, es necesario retornar a las sugerencias de Adam Smith y explorar más profundamente la interconexión causal entre el progreso económico, la formación de capital y el crecimiento de la población (Hansen, 1939: 3).

Para Hansen los elementos constituyentes del progreso económico, a partir de la perspectiva histórica, son tres: los inventos, el descubrimiento y desarrollo de nuevos territorios y recursos y el crecimiento de la población. Este último se demuestra fundamental para el desarrollo de industrias motrices como es la de la construcción, que tiene efectos de arrastre en la formación global del capital:

Una población en rápido crecimiento demandará un volumen de construcción de nuevas viviendas per cápita mucho más grande que una población estacionaria (Ibídem: 7).

Podemos afirmar que el crecimiento de la población en la segunda mitad del siglo XIX fue responsable de aproximadamente un cuarenta por ciento del volumen total de la formación de capital en Europa y alrededor del sesenta por ciento de la formación de capital en Estados Unidos. Si esto es aproximadamente correcto, se verá qué importante salida para la inversión se está cerrando a causa del rápido declive en el crecimiento de la población (Ibídем: 8).

El crecimiento de la población fue en sí mismo responsable de una parte del ascenso del ingreso real per cápita, y ello, a través de la influencia de un consumo creciente sobre la inversión, estimuló la formación de capital. Así que es bastante posible que el crecimiento de la población haya actuado tanto directa como indirectamente para estimular el volumen de formación de capital (Ibídем: 9).

El problema fundamental de aquella época era el desempleo o, en términos teóricos, el pleno empleo. Hansen planteó que la única forma de conseguirlo era a través de gastos de inversión suficientes para equilibrar el desajuste entre los gastos de consumo y el nivel de ingreso que podría conseguirse si todos los factores de la producción estuvieran empleados, y criticó el protagonismo neoclásico del tipo de interés para determinar el volumen de inversión. Así, las nuevas necesidades derivadas de una población creciente podían derivar en la creación de nuevas industrias que contrarrestaran el desempleo tecnológico. Pero la realidad del declive demográfico exigía, entonces, la intervención pública en la búsqueda de nuevas salidas para el ahorro y la inversión. Sin citarlo, el Malthus de los *Principios de Economía Política* volvía a estar presente.

A pesar de lo anterior, el sentimiento “pro-poblacionista” no estuvo tan homogéneamente extendido entre los economistas como el malthusianismo anterior en lo referente a los efectos del decrecimiento poblacional en la economía, pero sí lo suficiente como para que J. Schumpeter, al opinar sobre la inflexión en el pensamiento económico sobre el crecimiento demográfico, escribiera en 1950:

La baja del tipo de natalidad me parece uno de los rasgos más significativos de nuestra época [...]. Aquí sólo nos ocupamos de los efectos mecánicos de una baja del tipo de aumento de población, y éstos no sirven, ciertamente, de apoyo a ninguna predicción pesimista respecto del desarrollo de la producción per cápita durante los próximos cuarenta años. Siendo esto así, aquellos economistas que predicen un “colapso” por este motivo no hacen más que lo que, desgraciadamente, han estado siempre dispuestos a hacer los economistas: lo mismo que, en otro tiempo, atemorizaban al público, mediante razones completamente inadecuadas, describiendo los peligros económicos del número excesivo de bocas a alimentar, ahora lo atemorizan, sin emplear mejores razones, insistiendo en los peligros económicos de una falta de productores o consumidores⁹.

Es destacable el *abandono*, por parte del pensamiento económico dominante, de la explicación económica del comportamiento reproductivo. Quizá ello se debió al mentis más o menos rotundo que la realidad poblacional de la transición demográfica supuso para el dogma económico. Así, la economía ortodoxa pasaba de un extremo al otro. De considerar la natalidad como variable dependiente del salario, a considerarla absolutamente independiente. Parece como si el “fracaso” de la interpretación clásica de la dinámica demográfica hubiera instado a enviarla definitivamente fuera del campo de la teoría económica y a los brazos de otras ciencias, sociales o biológicas, si bien se mantuvo cierto interés por temas como la “curva logística” o la propia historia de la transición demográfica.

Pero gran parte de la teoría asentada va a ser reconsiderada tras la guerra mundial, cuando los hechos demográficos (especialmente el *baby boom* en los países desarrollados) volvieron a echar por tierra la “seguridad” con que los “expertos” habían dotado a las doctrinas demográficas, y por otra parte empezó a extenderse la alarma derivada de la *explosión demográfica* en el mun-

do subdesarrollado. Con la nueva fase del capitalismo, la de la mundialización y la internacionalización del capital, se inicia una reconsideración global del tema, que desemboca en un nuevo protagonismo del análisis económico en la profundización del estudio de la relación economía-población.

NOTAS

¹ En 1848 Marx, en su “Discurso sobre la cuestión del libre cambio”, situó espléndidamente la dimensión histórico-social del debate; si bien el proteccionismo era utilizado por la burguesía capitalista para construir los mercados nacionales y la libre competencia en los mercados internos, “en general”, concluía: “hoy en día el sistema proteccionista es conservador, mientras que el sistema librecambista obra en forma destructiva. Desintegra las antiguas nacionalidades y exacerba el antagonismo entre el proletariado y la burguesía. En una palabra, el sistema de la libertad comercial acelera la revolución social. Sólo en este sentido revolucionario, señores, me pronuncio a favor del libre cambio” (Marx, 1978: 131).

² Aquí se compararán los textos de la primera edición (1798) y de la póstuma (1890). La primera según la edición de Alianza: *Primer Ensayo sobre la Población*, Madrid, 1970. La póstuma según la edición de FCE: *Ensayo sobre el principio de la población*, México, 1951. En palabras de Kingsley Davis, “en vida suya [de Malthus] se publicaron otras cuatro ediciones, revisadas por el autor, pero ninguna se aparta especialmente de la segunda”, de tal forma que, a efectos comparativos, hay dos Ensayos. A partir de ahora se citarán, por comodidad, como *1.er Ensayo* y *2.º Ensayo*, respectivamente.

³ Cursivas nuestras.

⁴ A. Lux es uno de los autores que ha criticado el énfasis puesto en las contradicciones entre los *Ensayos*. Es decir, incluso los defensores de la “coherencia” malthusiana tienen que admitir la existencia de “claroscuros” en su lógica.

⁵ Cursivas nuestras.

⁶ Por esta teoría, que Marx considera plagiada de Sismondi, Keynes ensalzó a Malthus, considerándole como el “primero de los econo-

mistas de Cambridge”, y lamentó la “oscuridad” en que quedó la ciencia económica por no haber seguido o recogido esta teoría, y sí la de Ricardo y Say, escribiendo: “¡Cuánta mayor cordura y riqueza habría hoy en el mundo si el tronco de la economía política del siglo XIX hubiera sido Malthus, en lugar de Ricardo” (Keynes, 1970: XXXVII). El reconocimiento de Keynes a Malthus recorre también su *Teoría General*, como se verá posteriormente.

- ⁷ También se refleja esta postura en la actuación de Ricardo en el Parlamento en *David Ricardo: Obras y correspondencia*, editada por P. Sraffa con la colaboración de M. Dobb, vol. V (“Discursos y Testimonios 1819-1823”) en FCE, México, págs. 1, 5 y 192-193, especialmente.
- ⁸ Esta opinión está expresada tanto en su “Robert Malthus, El primero de los economistas de Cambridge” correspondiente a sus *Essays in Biography* y contenido en Malthus, 1970, como en Keynes, 1974, págs. 320 y ss.
- ⁹ Y añade a pie de página, tras referirse críticamente al “ultramalthusianismo” de Keynes: “¿no llegará nunca la economía a ser mayor de edad?”. J. Schumpeter: *Capitalismo, socialismo y democracia*. Aguilar, Madrid, 1971.

2

LA ECONOMÍA CONVENCIONAL Y EL CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO

Como se indicó en el capítulo anterior, del abandono se pasó a la preocupación por la explosión demográfica. Por otra parte, la experiencia del *baby boom* posbélico en los países desarrollados potenció aún más el interés de los economistas por un ámbito en el que no cesaban las paradojas: la relación inversa entre el crecimiento económico y la natalidad que había puesto de manifiesto la transición demográfica y que se observaba transversalmente entre clases sociales y entre países se reconvertía en relación directa en la experiencia del *baby boom*.

La economía convencional, a partir de la síntesis neoclásico-keynesiana, quedó parcelada en dos grandes áreas: la *macroeconomía* y la *microeconomía*. En ambas se retomó la endogenización (más o menos amplia, según los casos, como después se verá) de la dinámica demográfica en el desempeño económico de la economía, que en el ámbito "macro" sería el *crecimiento económico* y en el ámbito "micro" la *economía doméstica*.

2.1. Crecimiento económico y población: el neomalthusianismo

En las décadas de los años cincuenta y sesenta la teoría del crecimiento económico se basó en la necesidad de aumentar los ratios de ahorro, inversión y capital per cápita para conseguir el desarrollo sostenido. Los modelos teóricos de Solow, Harrod y Domar establecían implícitamente un resurgimiento del modelo malthusiano: cuanto más rápido fuera el crecimiento demográfico, mayor sería el aumento de la oferta de trabajo en com-

paración con la oferta de capital, lo que significaría un nivel más bajo de consumo per cápita. Suponiendo rendimientos a escala y tasas de ahorro constantes, el ratio capital/trabajo y la productividad del trabajo tenderían a disminuir. Por lo tanto, para mantener la relación capital/población y evitar su disminución por un aumento del consumo se exigirían recursos adicionales.

En estos modelos la población y su crecimiento se consideran, en la mejor tradición malthusiana, totalmente exógenos a la economía, y de ellos se deduce que la explosión demográfica en los países subdesarrollados implica un obstáculo al crecimiento, ya que se combinan en ellos la *escasez de capital* y el *excedente de trabajo* en la agricultura.

Por otra parte, se diagnosticaba que las altas tasas de crecimiento demográfico en los países subdesarrollados eran debidas a la brusca caída de la mortalidad causada por la *revolución sanitaria*. En esas condiciones, el mantenimiento de las tasas de natalidad en sus niveles precedentes suponía una brecha que se iría autoalimentando a través de una estructura demográfica joven. No cabía, pues, asimilar esta experiencia con el proceso vivido en los países desarrollados que dio lugar a su transición demográfica, ya que en ellos la caída de la mortalidad estuvo más ligada a las mejoras en la alimentación y salubridad, endógenas a su vez al proceso de crecimiento económico. Como endógenas se consideraban, también, las causas de la adaptación de la natalidad a la caída de la mortalidad, causas que se englobaban en el cajón de sastre de la *modernización*.

¿Qué pasaría, entonces, en las economías que, partiendo de bajo nivel de desarrollo y mortalidad, no adaptasen su natalidad? La respuesta era pesimista: no podrían salir del subdesarrollo.

2.1.1. La trampa del equilibrio a bajo nivel de renta

La principal formalización del neomalthusianismo a nivel teórico fue la llamada *teoría de la trampa del equilibrio a bajo nivel*, formulada por Nelson (1956). En comparación con los modelos teóricos de crecimiento anteriores, el de Nelson concretaba estos efectos (caída de la mortalidad por crecimiento económico) y por tanto endogenizaba, hasta cierto punto (el correspon-

diente a la mortalidad), la dinámica demográfica en la dinámica económica. Y el resultado no podía ser más nefasto para los intentos de desarrollo: se bloqueaban. Sucintamente, la teoría de Nelson queda resumida a continuación.

Se supone que la renta es una función lineal homogénea de dos variables, capital y trabajo. La formación de capital depende del ahorro per cápita y éste, a su vez, de la renta per cápita. Todos los ahorros van a la inversión. En economías subdesarrolladas no es apropiado considerar el desempleo keynesiano de capital y trabajo, ya que el dinero y el mercado juegan un papel menor frente a las unidades de autosubsistencia.

En estas condiciones, la tasa de formación de capital se comportaría como indica la figura 2.1.

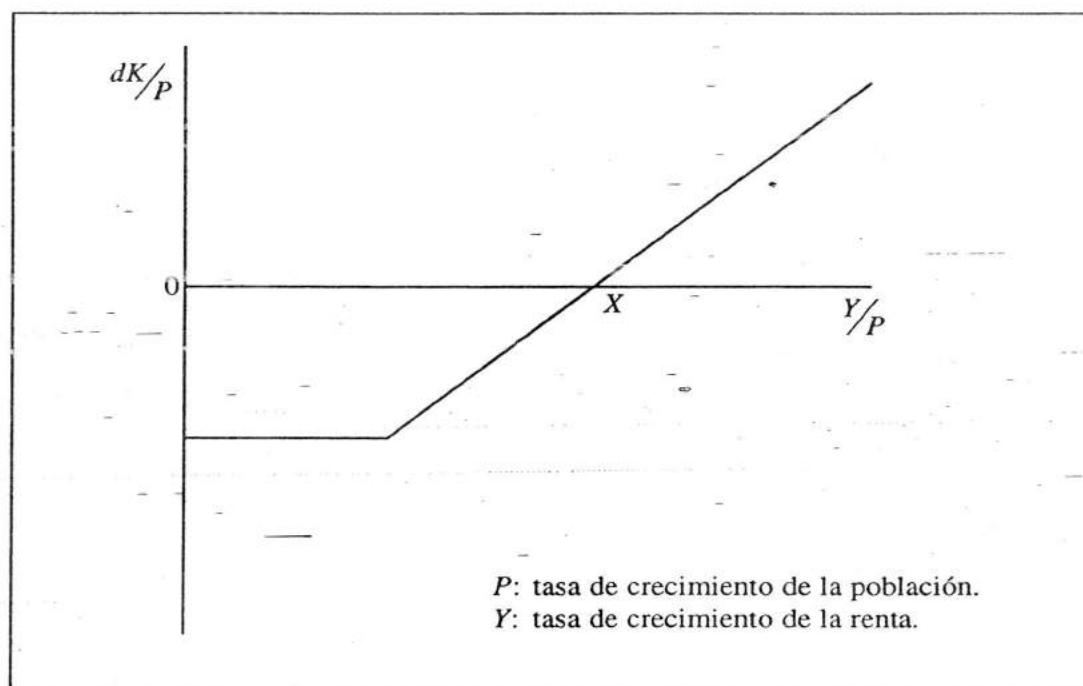


Figura 2.1

Hasta el nivel de renta per cápita X , todo el ingreso se gasta en necesidades de mera subsistencia, y hay un nivel de inversión negativa cuyo límite es la tasa de depreciación del capital y el incentivo de desplazar el equipo existente (o sea, "utilizar mientras quede").

Respecto a la población, se mantienen los supuestos malthusianos, reinterpretados en la forma antes indicada: en estas áreas subdesarrolladas, los cambios a corto plazo en la tasa de crecimiento demográfico son causados por cambios en la tasa de mortalidad, y éstos a su vez son producto de cambios en el nivel de renta per cápita. Una vez que la renta alcanza un nivel suficientemente por encima de las necesidades de subsistencia, sus incrementos ulteriores dejan de tener dicho efecto. A corto plazo, por otra parte, tales incrementos no tienen efectos sobre la natalidad. Estas relaciones se expresan en la figura 2.2, en la que S es la renta per cápita de subsistencia, l el nivel de renta a partir del cual los aumentos en ésta no tienen efectos sobre la mortalidad, y M la tasa máxima de crecimiento demográfico.

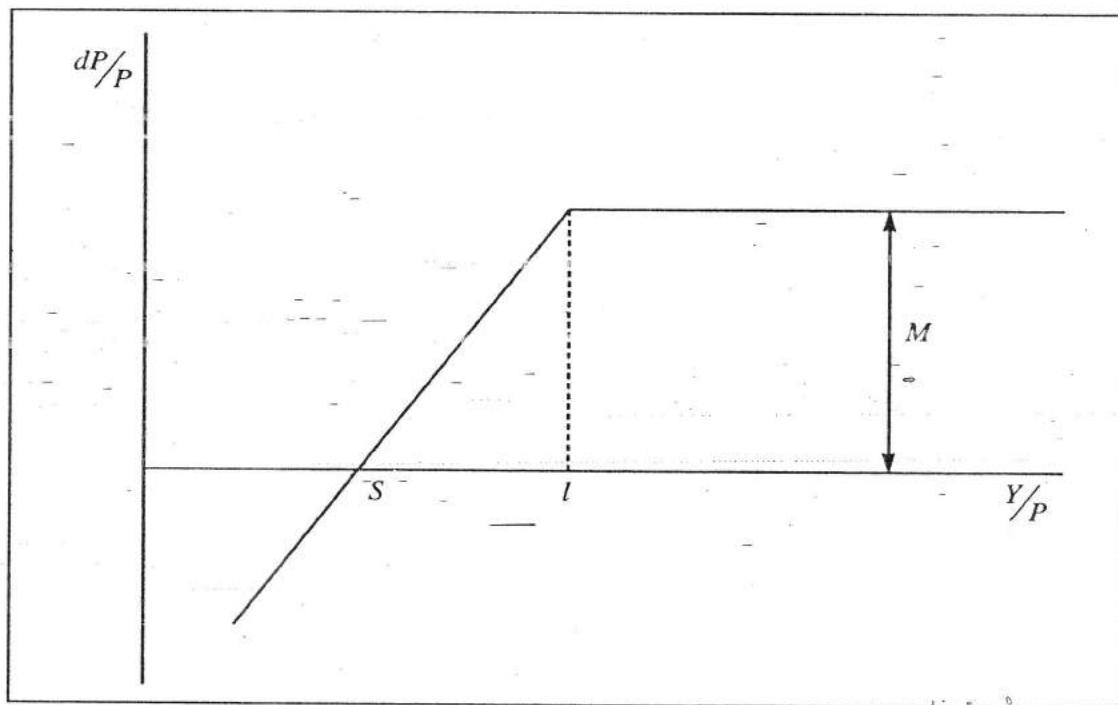


Figura 2.2

Comparando ahora las figuras 2.1 y 2.2, se pueden dar dos casos (figura 2.3):

- $S = X$, es decir, el nivel de renta que genera una tasa de crecimiento de capital nula es el de subsistencia. El crecimiento

demográfico y el crecimiento económico son también nulos a ese nivel de subsistencia. Sería una suerte de *equilibrio malthusiano* o de un *estado estacionario* sumido en la pobreza.

- b) $S \neq X = i$, entonces se demuestra que las intersecciones de dY/Y con dP/P sólo serán equilibrios estables si la pendiente de dP/P es mayor que la de dY/Y en el punto de su intersección.

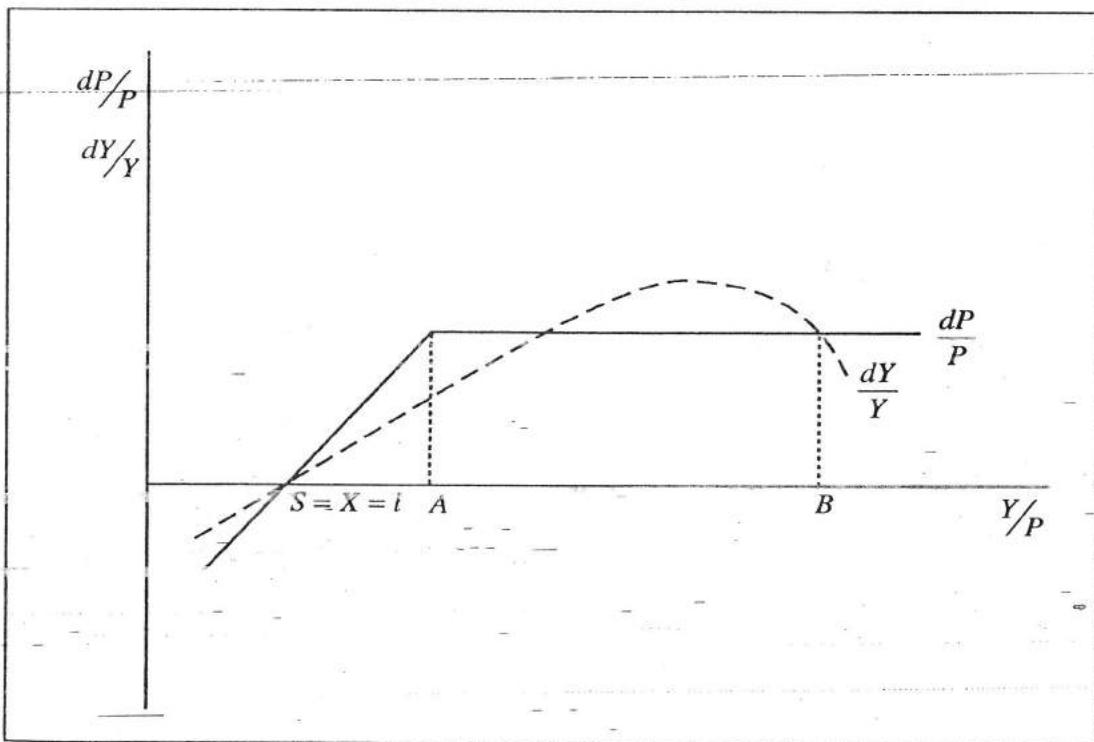


Figura 2.3

Si el crecimiento económico se sitúa a la izquierda del demográfico llegando a i , $Y - P$ es positivo y la renta per cápita estará creciendo (figura 2.4). Si, por el contrario, el crecimiento económico va por la derecha (como en la figura 2.3), $Y - P$ es negativo, y la renta per cápita caerá. Así, i es un *equilibrio estable* en el que la renta per cápita (Y/P) es constante, y es la *trampa del equilibrio a bajo nivel* si se da para el nivel de subsistencia en el que la tasa de crecimiento demográfico es nula. Este supuesto de crecimiento cero no es relevante. A , por su parte, es un *equilibrio inestable*.

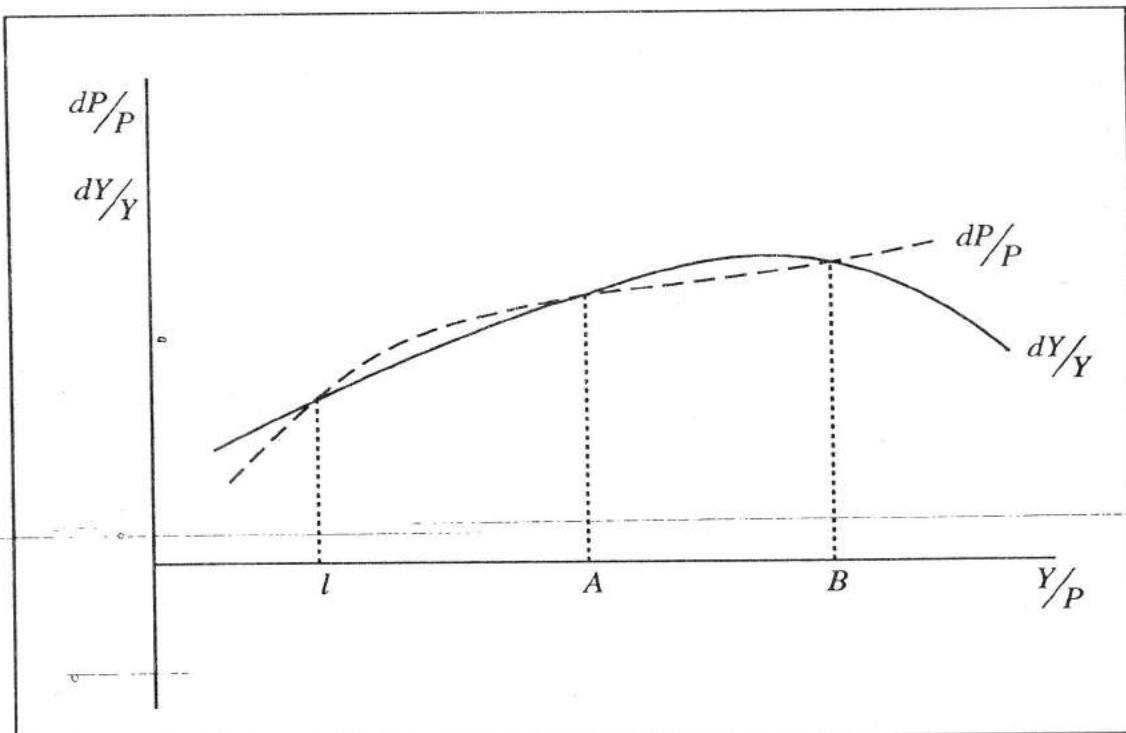


Figura 2.4

table: una ligera desviación de Y/P hacia la izquierda de dicho punto llevaría hacia L , mientras que un movimiento hacia la derecha llevaría a la renta per cápita hasta B ; por tanto, debería ser llamado *trampa de equilibrio a alto nivel* (aunque Nelson duda de su existencia), que quizá podría ser identificado como el *estado estacionario en la abundancia* de J. S. Mill.

En palabras de Nelson:

La trampa del equilibrio a bajo nivel es un fenómeno causado por las formas de las curvas dY/Y dP/P en un punto de intersección en S o en las cercanías de S , el nivel de subsistencia de la renta per cápita [...]. Las economías cuya organización social, política y económica generan una dP/P que excede en pendiente a dY/Y en el punto (de intersección) caen en la trampa de equilibrio a bajo nivel, el equilibrio es estable [...]. Dicho de otra forma: si la función de producción es lineal homogénea, el *output* per cápita sólo se puede incrementar si la cantidad de capital por trabajador se incrementa. O sea, dY/Y estará por encima de dP/P a un nivel dado de Y/P si y sólo si la tasa de incremento del capital excede a la tasa de crecimiento demográfico a ese nivel de renta per cápita (Nelson, 1956: 900-901).

En definitiva, y según este modelo, los pequeños incrementos de renta que se puedan dar en poblaciones al nivel de subsistencia conducen a que se incremente la oferta de trabajo, de forma que este factor desborda los pequeños incrementos en el capital u otros pequeños estímulos para la economía. ¿Cómo escapar de la trampa? Según Nelson, se podría hacer de varias formas, y de hecho históricamente se ha hecho por la combinación de varias de ellas: cambios en la estructura social (que pueden modificar la dinámica demográfica), en el mercado de trabajo, en la formación del ahorro, en la técnica, etc. En cualquier caso, y para la actualidad del subdesarrollo, sólo una formación de capital masiva o un estímulo enorme pueden superar la trampa. La necesidad de recursos exteriores quedaría, así, justificada, ya que sería plausible desconfiar de la capacidad endógena de estas economías para generarla autóctonamente.

Merece la pena destacar que, aunque supuestamente la dinámica demográfica se "endogeniza" en esta visión, no se tienen en consideración (como se ha visto, se desprecia "a corto plazo") los efectos de la economía en la natalidad. En otras palabras, el análisis sigue centrado malthusianamente en el *binomio población-recursos*, ahora *población-subdesarrollo*.

La teoría de Nelson se planteó sin contrastación empírica. Aceptada y desarrollada por muchos autores, ha habido intentos de contrastarla a través de la definición de las variables empíricas adecuadas. De entre ellos, es sugerente el de Hazledine y Moreland (1977), quienes, utilizando el consumo de energía como reflejo del capital y elaborando "países tipo" para las grandes áreas subdesarrolladas, aplicaron una variante del modelo de Nelson que corroboraría la teoría de la trampa tanto a nivel estático como dinámico (a largo plazo). Por lo que se refiere al corto y medio plazo, sus resultados aparecen en la figura 2.5, en la que se observan los "techos" de determinados niveles de renta para cada una de las áreas subdesarrolladas, por una parte, y la inexistencia de "trampas" para los países desarrollados, por otra.

En Asia y Latinoamérica se alcanzan equilibrios inestables en los puntos de intersección en los que la curva P viene por encima de Y , mientras que hay una trampa estable para África y América Latina en los equilibrios correspondientes a los 225-250 dólares y a los 400 dólares respectivamente.

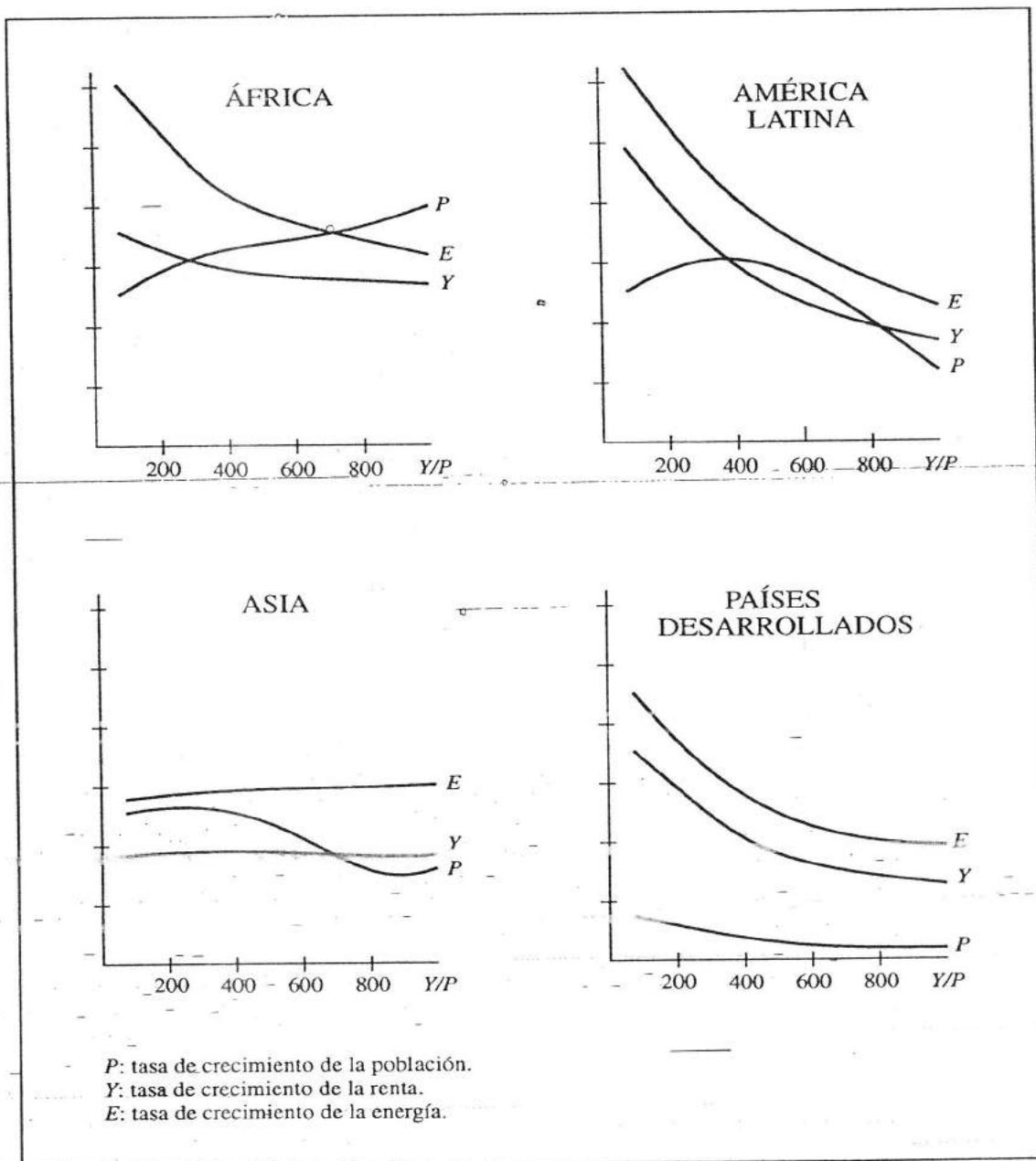


Figura 2.5

En resumen, tras más de un siglo, el dogma económico vuelve a resurgir adaptado al estadio del subdesarrollo. Si en los clásicos esta teoría servía para justificar los salarios de subsistencia, ahora se arguye que, a niveles bajos de renta per cápita, cualquier incremento de ésta llevará a disminuir la tasa de mortalidad y/o elevar la de natalidad, y el incremento consiguiente del número de habitantes contrarresta el incremento inicial de la renta per

cápita; por tanto, la población y el ingreso medio se estabilizan en un “equilibrio a bajo nivel”; o, en otras palabras, existen techos de crecimiento para los países subdesarrollados si se mantienen determinados comportamientos demográficos. Otra vez la población es responsable de su situación de subdesarrollo.

En el capítulo siguiente se abordarán las críticas a este neomalthusianismo. Por ahora, baste retener que, más que una nueva teoría, en realidad se reformulaba un pensamiento bastante antiguo.

2.1.2. Dualismo, crecimiento económico y planificación familiar

En las teorías del desarrollo que, siempre dentro del campo convencional, intentaron adaptar las estrategias del crecimiento económico a las circunstancias del subdesarrollo se destacó el carácter *dualista* de la estructura económica parcelada en un sector “tradicional” agrícola y otro “moderno”, urbano e industrial. En el contexto del optimismo rostowiano, los modelos de Lewis, Fei y Ranis, etc., postularon que la interrelación entre ambos sectores podía dar lugar a un crecimiento equilibrado siempre que se cumplieran una serie de requisitos. En estos modelos el excedente de trabajo en el sector agrícola es absorbido en la manufactura sólo si el ahorro (y entonces el capital) crecen más rápido que la población, o si el cambio tecnológico en los sectores manufactureros más dinámicos contrarresta los efectos combinados de los rendimientos decrecientes en la agricultura y el crecimiento demográfico. *Ceteris paribus*, el trasvase de trabajo a la manufactura sería más rápido y entonces la proporción de trabajo en la manufactura crecería más rápidamente cuanto más lento fuera el crecimiento de la población. Un crecimiento demográfico lento, así, aceleraría la eliminación del dualismo: con la caída de la superpoblación agrícola y el aumento del empleo industrial se tenderían a eliminar las diferencias entre las relaciones de producción y la determinación de salarios entre ambos sectores. Se acortaría, entonces, el período de transición entre las etapas del crecimiento económico pre-despegue. Incluso los modelos más heterodoxos de industrialización por sustitución de importaciones, al buscar

esas transformaciones, encontraron un motivo para desear una ralentización de la presión demográfica.

Por lo tanto, también las estrategias de desarrollo derivaban en el neomalthusianismo. La “puntilla” en este sentido la dio el modelo de Coale y Hoover (1958), quienes destacaron el coste de los niños en términos de necesidades de consumo improductivo (salud y educación). Las altas tasas de fecundidad crean una superpoblación dependiente no trabajadora que reduce el ahorro medio y por consiguiente la inversión. En la aplicación de su modelo a la India concluyeron que durante un período de treinta años la renta per cápita podría ser un 40% menor en el supuesto de natalidad alta respecto a la que podría alcanzarse con natalidad menor.

El estudio de Coale y Hoover fue seguido por una serie de trabajos relacionados en las décadas de los sesenta y setenta, simulando los efectos de pautas de fecundidad futuras (y cambiando así regímenes de estructura de edades) sobre los costes en que incurría el sector público para dotar los servicios de educación y salud, las oportunidades de empleo, etc., en diferentes países. En general, los cambios en los componentes de la dinámica demográfica se trataron como exógenos a la economía, y se consideraron sólo potencialmente afectables por la política gubernamental sobre planificación familiar. *Si la población era exógena, sólo exógenamente se la podría regular.* Se trataba de comparar, entonces, los costes de un programa de planificación familiar para reducir la fecundidad con los ahorros proyectados en costes de salud o educación asociados con la fecundidad más baja resultante del programa. En un influyente estudio, Enke (1966) aplicó esta idea general en un análisis coste-beneficio de los programas de planificación familiar. Usando estimaciones de los costes de estos programas, y su propia estimación del beneficio de un nacimiento evitado por la planificación familiar, comparó el beneficio de gastar en planificación familiar con el beneficio de otras formas de gastos en desarrollo, y concluyó que el primero era de 100 a 500 veces más efectivo.

Hay que decir que tanto las teorías del crecimiento como las dualistas, o las más claramente neomalthusianas de Coale, Hoover y Enke fueron contestadas y criticadas tanto desde su mismo campo teórico-convencional como desde otros supuestos y me-

todologías, pero a todas ellas se dedicará el capítulo 3. Los modelos neoclásicos, que Birdsall (1988) ha recogido como “pensamiento pesimista”, tenían los suficientes puntos débiles como para dar paso, en los años ochenta, a lo que se ha denominado el “revisionismo malthusiano”, de indudable importancia para el pensamiento actual, y baste citar como dos de los principales organismos que encarnan este revisionismo al Banco Mundial y a la Academia de Ciencias de EEUU¹. Una parte importante de esta “revisión”, al margen de cuestiones matemáticas intramodelo, se debe a la constatación de que *es absolutamente erróneo considerar la dinámica demográfica como exógena al proceso de desarrollo*. Y desde el análisis económico se ofreció también la alternativa a esa necesaria endogenización del comportamiento reproductivo en el comportamiento económico, a través de la consideración del entorno microeconómico doméstico.

2.2. La teoría económica de la economía doméstica

A pesar de la preponderancia del análisis del binomio población-recursos que se hereda de Malthus y del neomalthusianismo para con el subdesarrollo, en el pensamiento económico también se retomó, aunque más tarde, el interés por explicar el comportamiento reproductivo desde la economía. La base metodológica es el comportamiento racional del *homo economicus* o del *domus economicus* según los postulados de la microeconomía convencional.

El grueso de esta aproximación microeconómica es bastante reciente. Como ya se ha indicado, la transición demográfica, por un lado, y la experiencia paradójica del *baby boom* posbélico (que contradecía las predicciones demográficas de la caída de la natalidad ante el aumento de la urbanización, el ingreso y la incorporación de la mujer al mercado laboral) sustentaron este nuevo intento de interpretación económica de la dinámica de la población. Centrándose en el tamaño familiar y las decisiones que toman los padres respecto a él, las nuevas teorías permiten la identificación de variables, así como la formalización y la contrastación de modelos de comportamiento.

El conjunto de estos análisis ha ido desarrollándose y extendiéndose ininterrumpidamente desde las aportaciones pioneras de Leibenstein (1957), G. S. Becker (1960) y Easterlin (1968). Ciertamente son líneas de investigación diferentes, incluso enfrentadas. A grandes rasgos se puede decir que Becker y la Escuela de Chicago enfocan el comportamiento reproductivo con la microeconomía del hijo considerado como un bien inserto en una función de producción doméstica en la que los hijos suponen unos servicios y unos costes, mientras que H. Leibenstein, que había partido de un enfoque marginalista, hizo progresivamente más hincapié en los aspectos socioeconómicos externos a la familia en tanto en cuanto modifican las funciones de utilidad de ésta. Easterlin, por su parte, empezó haciendo hincapié en la experiencia intergeneracional como explicación del *baby boom*, y su "escuela" perfilará el llamado *modelo de síntesis* de oferta-demanda de hijos.

2.2.1. Los "pioneros" de la microeconomía familiar

En su obra, H. Leibenstein trató de dar respuesta a la caída de la natalidad que acompaña al crecimiento sostenido de la renta per cápita. En el contexto del paradigma neoclásico de la utilidad marginal, su supuesto esencial es que las familias buscan racionalmente el equilibrio entre las ventajas y desventajas (utilidad y desutilidad) de su n -ésimo hijo. No se trata tanto de explicar por qué quisieron los hijos precedentes (o sea, el tamaño familiar ya existente es un dato) sino la decisión sobre el nuevo hijo, el "incremental" o "marginal"; es decir, se trata de explicar, por ejemplo, por qué una familia estándar se querría desplazar de un tamaño de cinco hijos a uno de cuatro hijos ante un aumento de la renta.

El razonamiento se desarrolla, esquemáticamente, de la siguiente forma: el comportamiento racional de los padres al decidir sobre su n -ésimo hijo les hace comparar la(s) utilidad(es) y desutilidad(es) que les reportará. La utilidad es de tres tipos:

- La derivada del disfrute paterno del hijo en sí mismo (independientemente de los bienes y servicios que pueda aportar a la economía doméstica): U_1 .

- La derivada del trabajo y/o ingreso que, en su momento, pueda aportar el nuevo hijo: U_2 .
- La derivada de la seguridad (apoyo económico y emocional) que el nuevo hijo pueda aportar cuando los padres se hagan mayores: U_3 .

Por su parte, la desutilidad es de dos tipos:

- La derivada del coste directo de la crianza (alimentación, alojamiento, ropa, escolarización, etc.): DU_1 .
- La derivada de los costes indirectos en términos de pérdida de oportunidades de ingreso, empleos del tiempo alternativos, etc., por parte de los padres al criar al nuevo hijo: DU_2 .

Se supone que la utilidad del n -ésimo hijo es menor que la del $(n-1)$ -ésimo hijo². U_1 es constante respecto a la renta, mientras que U_2 y U_3 decrecen conforme aumenta ésta. Por tanto, *la utilidad total decrece también conforme se incrementa la renta*. Más claramente: *a niveles mayores de ingreso, aumentar el número de hijos reporta menos utilidad a los padres*.

En lo que concierne a las desutilidades, su relación con la renta es más difícil de definir. Respecto a DU_1 , si bien es plausible suponer que el coste directo de la crianza crece con el nivel de ingreso, no está tan claro que la desutilidad creada por dicho coste también crezca, puesto que al considerar precisamente ingresos más altos el aumento de los gastos de crianza puede ser "indiferente" para la familia. Respecto a DU_2 , se supone que, en general, tenderá más bien a subir que a bajar conforme se consideran niveles de renta más altos. Es decir, *los costes de oportunidad de la crianza suben con el nivel de ingreso*. En conjunto, entonces, se supone que *la desutilidad total no baja frente a aumentos de renta*.

En estos términos, es imposible deducir que *necesariamente* debe haber menos hijos para niveles de ingreso crecientes, pero sí que se puede utilizar este esquema para explicar unas relaciones ingreso-tamaño familiar por las que, *en general*, el número alto de hijos (o un tamaño familiar grande) irá decreciendo con-

forme crezca la renta per cápita. La figura 2.6 expresa gráficamente esta idea: a partir del nivel de renta Y_1 , DU_n es mayor que U_n , y la economía doméstica decidirá no tener el n -ésimo hijo; a partir del nivel de renta Y_2 , DU_{n-1} es mayor que U_{n-1} , y la economía doméstica decide no tener el $(n - 1)$ -ésimo hijo, que tuvo en Y_1 .

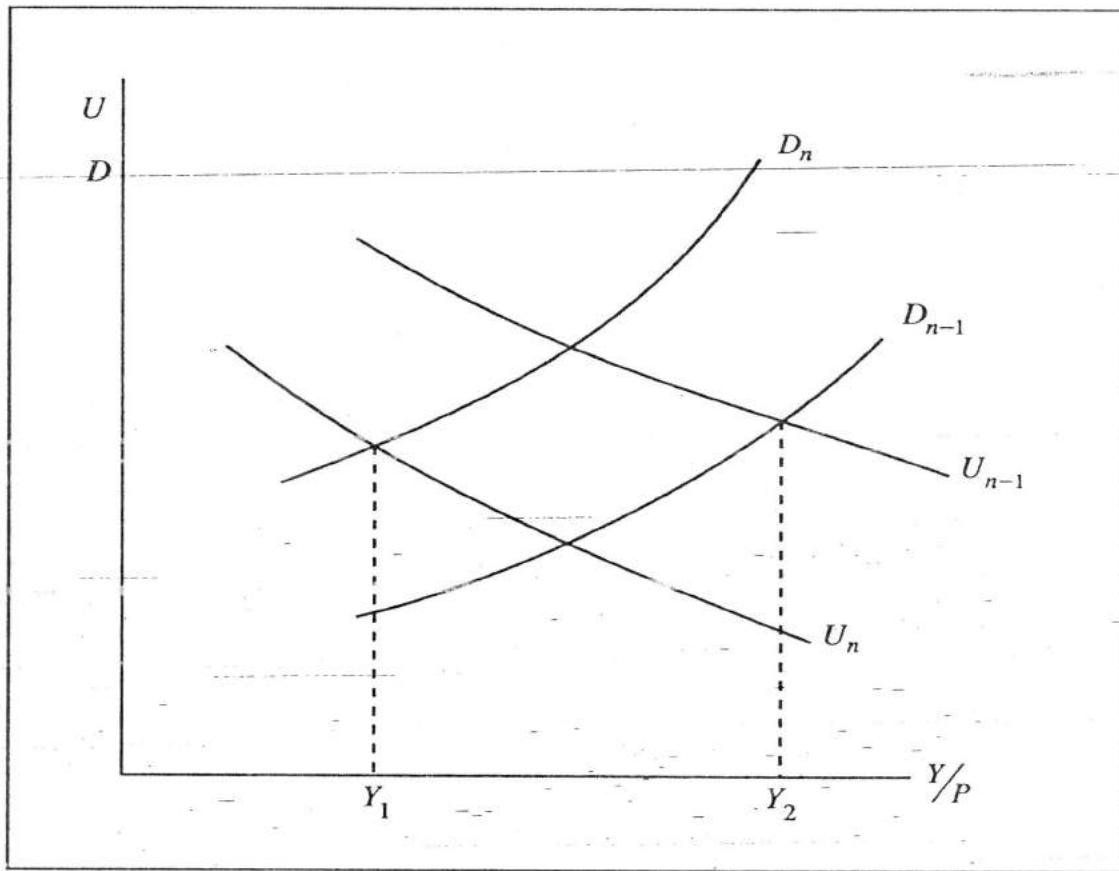


Figura 2.6

Por su parte, la explicación económica del comportamiento reproductivo aportada por la Escuela de Chicago, con G. S. Becker al frente, supuso una concreción mayor mediante la formalización del comportamiento racional de la economía doméstica a través de una *función de producción*. Se trata de considerar a los hijos como bienes que, como otros, produce y consume la economía doméstica, por otra parte en el marco de una serie de datos externos que actuarán como “restricciones” a la *maximización*

de dicha función de producción doméstica. Los hijos son considerados *como si fueran* bienes duraderos. En este sentido, y como en los casos de los bienes duraderos, su consumo (o sea, el tener hijos) supone un flujo de beneficios a lo largo del tiempo, y también un flujo de costes. O sea, los hijos suponen determinados servicios a determinados costes.

En un principio Becker pretendía explicar la relación inversa ingreso-natalidad, es decir, por qué las familias más ricas “compran” menos hijos que las menos ricas. El primer problema que surgía era que tal comportamiento define a los “bienes inferiores”, cuyo consumo decrece conforme aumenta el ingreso. Como tal categoría no se podía admitir para los hijos, la resolución del tema fue un primer motor de desarrollo de esta línea de pensamiento. Becker y sus seguidores argüirán que el “precio” de los hijos (en términos de *coste de oportunidad*) no es único, o el mismo, para todos los bienes-hijos, y que el *efecto sustitución* puede ser (y normalmente es) más importante que el *efecto renta* conforme se consideran niveles de renta más altos. Esto ocurrirá porque las familias “más ricas” quieren hijos de “mayor *calidad*”. Esta mayor *calidad* supone un mayor coste, y por tanto un aumento de precio relativamente superior a la mayor riqueza de la familia. Así, se explica la relación inversa natalidad-renta eludiendo el problema de los bienes inferiores: los hijos son bienes duraderos normales.

El *coste de oportunidad* aparece, pues, como una variable fundamental. En ese coste cabe considerar el coste relativo en términos de tiempo dedicado por la madre a la crianza del hijo, en menoscabo de empleos alternativos de ese tiempo susceptibles de generar ingresos (Mincer, 1963). Las familias más ricas tienen un *coste de tiempo* por la crianza de los hijos superior al de las menos ricas, y el *efecto sustitución* será mayor. Ello es así porque se supone que a mayor nivel de ingreso mayor nivel de educación, y por tanto mayor posibilidad de ingresos en empleos alternativos a la crianza de hijos. Si se considera que los ingresos del padre tienen un *efecto renta* (positivo para la natalidad, puesto que los hijos ya no son bienes inferiores) y los de la madre un *efecto sustitución*, este último es capaz de compensar el primero. Por lo tanto, si el incremento secular del precio de mercado del tiempo de la mujer es igual o mayor que el del hombre, se explica el descenso secular de la natalidad.

En resumen: la relación ingreso-natalidad, el si es unas veces directa y otras inversa, se define por la contrastación entre el *efecto renta* y el *efecto sustitución*. Se predice que el tamaño familiar aumentará con la renta, excepto en el caso, *que será la norma*, de que existan factores contrarrestantes, básicamente en términos de coste de oportunidad (en especial de la madre) o de "exigencias de calidad" (con elevados costes incorporados) que hagan invertir la tendencia.

Es importante destacar que cabían otras soluciones para explicar la preponderancia del efecto sustitución sobre el efecto renta distintas a las anteriores. El propio Leibenstein desarrolló la teoría de que existen bienes que, en determinadas condiciones, tienen una *utilidad marginal creciente*. Estas determinadas condiciones se refieren a condicionantes socioeconómicos externos, lo que supone salirse del estricto campo microeconómico de la economía doméstica y tomar en consideración variables "colectivas" y "sociales" para explicar el comportamiento reproductivo. Se volverá a ello más adelante.

Pero, siguiendo un orden cronológico, hay que tratar a continuación la aportación de R. A. Easterlin (1968 y 1973), quien se planteó la explicación económica del comportamiento reproductivo del *baby boom*, que significaba la "sorprendente" experiencia de la vuelta de la relación positiva entre el ingreso y la natalidad.

Para Easterlin el comportamiento reproductivo es el resultado de la elección racional a través de la contraposición de los recursos de la economía doméstica y las preferencias y aspiraciones de la misma. Estas últimas se forman a través de la experiencia que tuvieron los adultos jóvenes (o sea, los que están en edad de contraer matrimonio y/o formar familia) en sus hogares paternos y durante los años que llevan en el mercado de trabajo. En palabras suyas:

La idea básica es que si los jóvenes –los potenciales cabezas de familia– encuentran fácil ganar el dinero suficiente para formar el hogar deseado, por ellos o sus futuros consortes, entonces se potencian los matrimonios y el tener hijos. Por otra parte, si es difícil ganar lo suficiente para mantener la forma de vida deseada, entonces la limitación económica resultante llevará a un retraso del matrimonio y, para

los ya casados, al uso de las técnicas anticonceptivas para evitar los hijos, y quizás también para que las esposas entren en el mercado de trabajo (Easterlin, 1973: 181).

Además de la "experiencia preadulta" se admiten otras influencias, pero ésta es la que se considera hegemónica en la formación de las aspiraciones materiales que se confrontan con los recursos de las economías domésticas. Easterlin considera que la relación entre la *renta relativa* y la natalidad es positiva: los cambios en el nivel de vida actual, en comparación con el deseado o esperado, están positiva y causalmente relacionados con los cambios en la natalidad. Como variable más significativa para reflejar las "aspiraciones" Easterlin empleó el ratio *ingresos del parente/ingresos del hijo joven adulto*, midiendo así lo que denominó el *status relativo*. Evidentemente, es una manera bastante simplista de despachar algo tan complejo. Desarrollos ulteriores y formulaciones alternativas por parte de sus seguidores han complicado (y mejorado) el modelo y la medición del *status relativo*: se tienen en cuenta no sólo los ingresos del parente, sino los de los demás miembros de la familia; se distinguen las etapas de 0-12 años y 12-17 años a efectos de cálculo de costes; se consideran los efectos del "estrechamiento del ciclo vital" o caída de los ingresos familiares por debajo de la línea marcada por el *status* en la incorporación de la mujer al mercado de trabajo; el establecimiento de "ciclos generacionales" para el cálculo de la renta relativa; etc. (Oppenheimer, 1974; Wachter, 1975; Ermisch, 1979). Con mayor o menor éxito en la contrastación empírica, la conclusión fundamental que cabe destacar de esta línea de análisis del *status relativo* es la importancia de la estructura de salarios y de empleo para la explicación de los movimientos de la natalidad.

2.2.2. La demanda y la oferta de hijos

La modelización de la microeconomía de la familia desde las aportaciones pioneras ha acabado basándose en dos perspectivas: en primer lugar, se considera que una gama importante de bienes y servicios no comercializados en el mercado –como comidas, niños saludables, etc.– son de hecho "producidos" en la economía doméstica; y, en segundo lugar, se establece que un *input*

importante para la producción (y consumo) de mercancías producidas en la economía doméstica es el tiempo escaso de los miembros de la familia. Willis (1973) y De Tray (1973), en la tradición de Becker y Mincer, modelizaron la *demandada de hijos en cantidad y calidad* a través de la maximización de la *función de producción doméstica* sometida a restricciones.

En la producción y consumo de la economía familiar se distinguen dos esferas: la interna (doméstica) y la externa (mercado de bienes y servicios y mercado de trabajo). La familia, así, no es autárquica, sino que mantiene unas relaciones de intercambio con los mercados externos basadas, por supuesto, en los precios relativos.

La utilidad familiar (U) es una función de un conjunto de bienes domésticos tales como salud, diversión, nutrición y satisfacción por los hijos. A la pareja se le supone un control perfecto y gratuito sobre su fecundidad (aunque este supuesto se puede abandonar e incorporar los costes de la planificación familiar), así como la ausencia de cualquier tipo de incertidumbre, de tal forma que la adecuación entre lo previsto y lo que efectivamente tiene lugar es total.

Los padres obtienen satisfacción tanto de la cantidad (N) de hijos como de su calidad individual (Q) y global ($C = NQ$). La calidad del hijo se entiende como los recursos asignados por los padres a su crianza y educación. Además, los padres obtienen satisfacción de fuentes no filiales (S). Se supone que no existe producción conjunta (o sea, los *inputs* de S no producen Q). La función de utilidad familiar se puede escribir, entonces, como:

$$U = U(N, Q, S)$$

El nivel de utilidad que la familia puede alcanzar, dado su nivel tecnológico, está limitado por su capacidad de producción de $C (= NQ)$ y S . Suponiendo que sólo los padres producen ingresos provenientes del exterior, que el trabajo doméstico es realizado sólo por la mujer, y que los precios relativos exteriores (en el mercado) permanecen constantes, entonces el *input* doméstico de las mercancías exteriores está limitado por el ingreso monetario de la familia. Y la capacidad familiar para obtener satis-

facción de la cantidad y calidad de sus hijos y de los otros bienes domésticos está limitada por su consumo de tecnología doméstica (experiencia, medios domésticos, etc.), las aportaciones de ingreso y tiempo por parte de la madre, y la capacidad de ingreso de los padres. La consideración de las restricciones de la producción y consumo domésticos permite escribir de forma implícita la *función de producción posible*:

$$X(NQ, S, H, K, T) = 0$$

siendo H la "riqueza familiar" (dada por los ingresos del padre, variable exógena); K el fondo de capital humano de la madre al casarse (variable exógena) y T la duración total de la unión productiva (años de matrimonio, variable exógena).

Esta función puede interpretarse como sigue: para niveles dados de las variables exógenas H , K y T , y para un nivel dado de S , la función de producción posible establece el máximo *output* alcanzable $C (= NQ)$. La familia asigna racional y óptimamente sus recursos entre C y S eligiendo vectores de *input* materno de tiempo y de bienes y servicios correspondientes a un vector de bienes que maximiza C para cada nivel de S .

Las conclusiones del modelo de Willis establecían que los cambios en el comportamiento familiar respondían a cambios en las circunstancias económicas de la familia, resultantes a su vez de una modificación de los ingresos del marido (H), el capital humano de la esposa (K) y de su tiempo de casada (T), que significaban:

- Cambios en la riqueza total familiar, desplazando la curva de producción posible.
- Modificaciones en el coste de oportunidad de los hijos, al cambiar su pendiente.
- Cambios en la función entera si cambiase el *status laboral* de la mujer, al modificarse las restricciones a que se enfrenta la familia.

El papel preponderante en la producción doméstica corresponde, pues, a la mujer:

La solución de este sistema de equilibrio general de la economía doméstica implica, simultáneamente, soluciones a la oferta laboral y a la inversión posmatrimonial en capital humano de la esposa y la asignación óptima de su tiempo entre la producción doméstica y la exterior (Willis, 1973: 40).

Las implicaciones de este análisis se pueden, en fin, resumir de la siguiente forma: las respuestas de la fecundidad a cambios en los ingresos del marido y/o en los salarios de las esposas serán diferentes según la mujer trabaje o no. Y la probabilidad de que una casada en edad fecunda trabaje fuera de casa está en función de los ingresos del esposo y de su propia capacidad ("capital humano") para trabajar. El coste de oportunidad del tiempo dedicado a los hijos crece con el salario femenino, y esto induce a tener menos hijos y más espaciados. Este salario, sin embargo, no afecta al coste de oportunidad de las mujeres no empleadas, pero su capacitación creciente supone una mayor proporción de mujeres en edad reproductiva susceptible de empleo. Todo ello supone, finalmente, una presión a la baja de la fecundidad global. Todas las variables de la estructura cuantitativa y cualitativa del empleo influirán, pues, en la natalidad.

Manteniendo constantes los efectos del ingreso del marido en el coste de oportunidad-tiempo de su esposa no trabajadora y la probabilidad de ésta de entrar en la fuerza de trabajo, Willis dedujo de su análisis que un incremento en el ingreso masculino incrementará la natalidad, y un incremento en el coste de oportunidad femenino la reducirá, ya que el cuidado de los hijos es intensivo en tiempo. También se deduce, *ceteris paribus*, que el efecto renta positivo del ingreso del marido sobre la fecundidad de la esposa no trabajadora será menor que en el caso de la trabajadora, porque para la primera dicho efecto renta se compensa parcialmente con el también efecto positivo que tiene el incremento del ingreso masculino sobre el coste de oportunidad-tiempo de su esposa. Los cambios en los salarios femeninos no afectan, como ya se indicó, más que al coste de oportunidad –y, por tanto, a la fecundidad– de las mujeres trabajadoras.

En suma, la respuesta de la fecundidad agregada a los cambios en los salarios tanto masculinos como femeninos depende-

rá de las proporciones de casadas en edad de criar hijos en los grupos de "trabajadoras" y "no trabajadoras", lo que a su vez remite a las estructuras de empleo y salarios; en otros términos, a las características de la demanda de fuerza de trabajo. He aquí cómo se vuelve a una recurrencia de los clásicos indicada en el capítulo anterior: a través de sus influencias en la microeconomía familiar, *la demanda de fuerza de trabajo afecta a la demanda de hijos*. Lo que aquí ya no se identifica es la natalidad inmediata con la oferta de fuerza de trabajo, como planteaba el dogma económico.

Se predice, por tanto, la caída de la fecundidad de los países desarrollados asociada a la renta creciente como el resultado del coste creciente de los hijos conforme el precio sombra del tiempo de los padres crece con los incrementos generales en la productividad, que en estas sociedades redunda en parte en el aumento de ingresos. La educación femenina incrementa la eficacia relativa de la producción de hijos y eleva el valor del tiempo de la mujer más que el valor de otros *inputs* domésticos. Por lo tanto, las mujeres más educadas tienden a asignar más tiempo por hijo, produciendo hijos "más intensivos en calidad" que las mujeres con menos educación. Así, el modelo de demanda se muestra consistente con la experiencia histórica.

Pero aparte de contestar "por qué se demandan hijos", es necesario considerar el aspecto de la oferta, modelizada fundamentalmente por la Demografía, considerando incluso aspectos biológico y sanitarios. Además, los modelos de demanda no acaban de funcionar en las sociedades "tradicionales", en las que no tiene mucho sentido hablar de una "microeconomía" familiar en los términos anteriores, y parece que son otro tipo de variables (no económicas) las que afectan a la natalidad. Easterlin y sus seguidores (Easterlin, 1978 y 1980) ofrecerán una alternativa a la "endogenización" de la oferta demográfica en la microeconomía a través del llamado *modelo de síntesis*, que combina el anterior modelo de demanda con la modelización de los demógrafos de la oferta de hijos, e incorpora algunos aspectos del énfasis de los sociólogos en la endogenidad de "los gustos", sintetizando así las aproximaciones de diferentes ciencias sociales. Se trata de considerar la oferta biológica de nacimientos en sociedades "tradicionales" a

través de una función de producción que depende del estado de salud de los padres y las normas sociales que afectan a la fecundidad, tales como la lactancia, etc. A partir de la consideración de la oferta el modelo sintético es capaz de dar cuenta de una regularidad empíricamente extendida: que los niveles de fecundidad en muchas sociedades han subido temporalmente antes de iniciar un declive secular. Se considera entonces que las poblaciones tienen inicialmente un nivel deseado de fecundidad que excede la oferta de nacimientos. Cuando la oferta crece por mejoras en la salud o reducciones en la lactancia, las tasas de natalidad agregadas crecen en términos inmediatos. *Sólo cuando la fecundidad deseada llega a ser biológicamente alcanzable, los factores de demanda pueden jugar su papel determinando la fecundidad global.*

También se integra en este modelo oferta-demanda la planificación familiar. Dadas la oferta y la demanda de hijos y los costes del uso de anticonceptivos, la regulación sólo tendrá efectivamente lugar cuando los beneficios de la misma superen a sus costes. El tamaño familiar "óptimo" (contando el coste de la contracepción) puede exceder al "deseado" (el que tendría una pareja si el coste de la contracepción fuera nulo); si es así, la natalidad bajará si baja dicho coste, y esto ocurrirá si los servicios de planificación familiar se vuelven, por ejemplo, más asequibles, más convenientes de usar conforme mejora la tecnología, o más baratos en términos monetarios.

Los modelos oferta-demanda han proporcionado una base para un considerable trabajo empírico de contrastación de las predicciones de comportamiento reproductivo. Este trabajo ha crecido tanto en volumen como en sofisticación en las dos últimas décadas; se ha dedicado un considerable esfuerzo a resolver problemas típicos en esta temática, especialmente para los países subdesarrollados: variables inobservables (como el coste de oportunidad-tiempo de la madre), ausencia o pobreza de los datos (coste de los hijos y de su "calidad", coste de la planificación familiar, etc.). En contraste con los primeros estudios empíricos que principalmente establecían pautas globales usando datos más agregados, estos esfuerzos han dado fruto en la forma de una confianza creciente en ciertos resultados, y una mayor capacidad para enfocar cuestiones críticas de política.

Por ejemplo, tal trabajo ha confirmado la hipótesis de que la educación de los padres, especialmente la de la madre a nivel primario, está asociada con una fecundidad menor. El efecto de la educación puede ser debido al precio sombra del efecto "tiempo", a un efecto "preferencia" sobre un deseo de hijos con mayor calidad por una mejor educación, o a un efecto "eficiencia" asociado a un uso más eficiente de los medios anticonceptivos; pero el trabajo empírico raramente ha tenido éxito en la distinción de éstos, o en la exclusión formal de cualquiera de las explicaciones (o modelos).

También se han establecido los efectos reductores de la natalidad de la mayor escolarización infantil y de las mejoras sanitarias (que reducen el precio relativo de la "calidad" de los hijos), así como el importante papel de la reducción de la mortalidad infantil (reducción que, manteniéndose constante la demanda, reduce la oferta de hijos). Asimismo se ha argumentado que el acceso creciente a los mercados de capital, que aumentan las posibilidades de ahorro en la vejez, puede apoyar la reducción de la fecundidad. Finalmente, el trabajo creciente sobre la cuestión de si los programas de planificación familiar organizados reducen la fecundidad indica que sí que lo hacen, sobre y por encima de los efectos de otros factores como las mejoras en la educación.

2.2.3. Implicaciones para las políticas demográficas

A partir de la evidencia empírica conseguida por la contrasteación de los modelos oferta-demanda se pueden extraer conclusiones útiles para las políticas demográficas conducentes a reducir la natalidad en los países subdesarrollados sujetos a los desajustes que implica, para las sociedades "tradicionales", el proceso de desarrollo.

La primera e importante consideración es que el comportamiento reproductivo en las economías pobres es en gran medida racional, resultado de la actitud de los padres de sopesar los costes y beneficios de los hijos. La alta fecundidad no se debe, pues, a la miopía, irracionalidad o degradación por la propia po-

breza, ni a ninguna compulsión pasional malthusiana, sino a razones de racionalidad económica, que comprenden tanto los bajos costes de crianza de los hijos y los altos precios de su calidad (con lo que en el *output* filial, C , predominará N sobre Q) como el que la planificación familiar sea cara en términos monetarios.

La segunda implicación se deriva de la anterior: si la fecundidad real refleja elecciones racionales de los padres, las políticas para reducirla deben estar dirigidas a la modificación de los precios de tales elecciones, y no tanto a controles meramente cuantitativos. Mientras el incremento del número de niños en la familia sea considerado como un factor positivo para el bienestar de la familia (desde el punto de vista de los padres, incluso si reduce el consumo per cápita familiar), el éxito de los controles meramente cuantitativos será siempre relativo (en el mejor de los casos).

En tercer lugar, el modelo sintético considera el número de hijos como una más entre una amplia gama o conjunto de decisiones domésticas interrelacionadas, que incluyen las políticas paternas respecto a salud y educación de los hijos, la oferta de trabajo de la madre, etc. Por lo tanto, las políticas sanitarias, educativas o laborales pueden ser más eficaces que los controles antinatalistas meramente cuantitativos.

En cuarto lugar, se destaca la importancia del ítem de la mujer y su trabajo. Aun cuando existen problemas para definir empíricamente una estrecha relación entre las tasas de actividad femenina y la participación de la mujer en la fuerza de trabajo a nivel de macroestudios transversales, debido sobre todo a la poca fiabilidad y escasa idoneidad de los datos en los países subdesarrollados, la evidencia a nivel microeconómico sí que deja fuera de dudas que, al menos, es condición *necesaria*, aunque no suficiente, un cambio en el *status* laboral de la mujer para que, al menos, empiecen a funcionar los mecanismos de reducción de la demanda de hijos.

En quinto lugar, la aportación microeconómica ha ayudado a situar mejor el tema de las políticas demográficas impulsadas desde los gobiernos u organismos internacionales. Y ha ofrecido dos líneas de reflexión:

- a) Por una parte, si se considera que el crecimiento demográfico es negativo para el crecimiento del ingreso per cápita, las consecuencias del primero pueden ser negativas cuando los costes sociales de los hijos exceden sus costes privados (es el argumento neomalthusiano del ahorro y la inversión). Pero estas externalidades no deberían ser "asunto público" (de política institucional) si los costes de tal crecimiento son internalizados totalmente por los que tienen hijos. En ese caso, los padres están claramente aceptando alguna pérdida en el consumo a cambio de otros beneficios que proporcionan los hijos. Incluso en el caso del traspaso de los costes a nivel social (por ejemplo, en la presión sobre recursos comunitarios como tierra y entorno medioambiental), la externalidad negativa podría resolverse más rápida y eficazmente reformando o redefiniendo las cuestiones sobre derechos de propiedad (o sea, eliminando las imperfecciones de ese "mercado", o de hecho creándolo) que con una política demográfica.
- b) Por otra parte, dadas las limitaciones del mercado de la planificación familiar en los países subdesarrollados, las políticas de subvención a la información y abaratamiento de los métodos anticonceptivos parece indispensable y mucho mejor que las subvenciones a controles cuantitativos (esterilización, etc.).

En resumen, la micrøeconomía del comportamiento reproductivo, después de casi más de cuatro décadas de desarrollo, ha alcanzado cierta madurez, y su influencia en los agentes de las políticas demográficas ha llegado a ser importante, como se tendrá ocasión de comprobar en el capítulo 4. Por otra parte, en el transcurso de este período se ha ido pasando de una visión exclusivamente economicista de la "demanda de hijos" a otra más global que considerase los aspectos de la "oferta", porque estos últimos, en la realidad del subdesarrollo, evidenciaban mayor capacidad explicativa que unas variables de demanda poco significativas. En cualquier caso, los aspectos de la "oferta" siguen siendo, en gran medida, exógenos a la microeconomía de la unidad familiar. De ahí la limitación intrínseca de la teoría microeconómica para endogenizar totalmente el comportamiento reproductivo.

2.3. Críticas y alternativas al enfoque microeconómico

Las críticas a las teorías anteriores, basadas, en última instancia, en los supuestos de un comportamiento de *homo economicus* racional y sin incertidumbres, surgieron desde el mismo momento de las formulaciones de las mismas, y a lo largo del desarrollo de la “nueva economía de la familia” han enfocado críticamente aspectos diversos de los supuestos, contenidos y modelos. No cabe, pues, generalizar, puesto que los inconformes lo son por diferentes motivos. A modo de ejemplo, a continuación se resumen las aportaciones de Leibenstein, Caldwell y lo que podría considerarse la crítica más ideológica a los modelos basados en la función de producción doméstica y a la consagración del papel de la mujer en la división doméstica del trabajo.

2.3.1. Leibenstein y el efecto “compresión” en el status

Leibenstein (1974 y 1975) no sólo criticó la consideración de los hijos como bienes duraderos y el “mercado implícito” que supone la Escuela de Chicago, sino que acabó ofreciendo una teoría explicativa diferente de la que él mismo había postulado basándose en la teoría de la utilidad decreciente de los hijos. Respecto a la crítica a la Escuela de Chicago y a su consideración de los hijos “como si” fueran bienes, escribió:

La esencia de la teorización del “como si” en esta clase de modelos descansa en un supuesto comercio *implícito*. Esto es muy diferente del objetivo usual de la teoría micro que es explicar el comercio *explícito*. El contraste entre *implícito* y *explícito* es muy importante [...]. La gente no “compra” hijos [...]. El supuesto del comercio *implícito* nos permite decir casi cualquier cosa que queramos sobre cómo se toman las decisiones sin poder contrastar con hechos observables (Leibenstein, 1974: 469-470).

En su nueva teoría trató de incorporar los costes de oportunidad, los precios relativos, la calidad, etc. a una estructura total de gastos sobre los que se pronuncian diferencialmente los grupos sociales según su *status*, y éste vendría definido por variables como la educación, la riqueza y el empleo.

Leibenstein partió de una caracterización del desarrollo en el que destacó el fenómeno de la urbanización y el trasvase ocupacional de la agricultura a la industria. Estos desplazamientos se relacionan con la creciente educación y el fondo de "capital humano" por trabajador. La fuerza de trabajo se diferencia en términos de ocupación, conocimientos y nivel de riqueza familiar. En el curso del crecimiento económico se da el desplazamiento de mayores proporciones de la población hacia *status socioeconómicos* más altos (que los que habrían alcanzado sin crecimiento) junto con un incremento de la renta per cápita. Se trataría de ver, entonces, hasta qué punto y de qué forma tales cambios (*status* y renta) combinados influyen en la natalidad.

La estructura de gastos de la familia comprende un componente *ordinario* y otro destinado a mantener el *status* (*estilo de vida*). La valoración que la familia hace de su *status* depende del efecto "arrastre" o competitivo respecto a los "otros", a "los demás". Por encima de la subsistencia básica, el consumo está determinado ampliamente por el *status* antes definido. Pues bien, en el proceso de crecimiento económico se da, según Leibenstein, un *efecto compresión* de las diferencias entre *status* (por ejemplo, en un país subdesarrollado un ingeniero podría ganar veinte veces más que un trabajador agrícola, mientras que en un país desarrollado el ratio podría estar reducido a cinco o menos). Se supone que:

- Las familias desean evitar una caída de su *status*.
- Algunas familias desean emular a las de *status* superiores en lo que concierne a ellos o a los hijos.
- Los "servicios" se dedican desproporcionadamente a los bienes-*status*; o sea, a mayor *status*, más gasto en bienes-*status* incluidos en el sector "servicios" (como educación u ocio).
- Las familias tratan de mantener unas diferencias de *status* importantes a través de sus modelos de gasto

Entonces, debido al efecto compresión, la proporción gastada en bienes ordinarios (no de *status*) tenderá a bajar. El cuadro 2.1 ilustra este comportamiento.

Los cambios en la demanda por cambios en la renta (la elasticidad demanda/renta) pueden referirse a la demanda de bienes-

Cuadro 2.1
El efecto compresión del status

| | Status | Ingreso | Gastos status | Gastos no status |
|-------------------|--------------|---------|---------------|------------------|
| <i>Período I</i> | 1 (más bajo) | 100 | 40 | 60 |
| | 2 | 200 | 100 | 100 |
| | 3 | 300 | 150 | 150 |
| <i>Período II</i> | 1 (más bajo) | 200 | 100 | 100 |
| | 2 | 300 | 210 | 90 |
| | 3 | 350 | 300 | 50 |

status en un determinado *status* (sería la *elasticidad estructural intrastatus*) o al cambio en la demanda de bienes-*status*, para un determinado nivel de renta, al pasar de un *status* a otro (que sería la *elasticidad interstatus*). En general, parece razonable suponer que la elasticidad interstatus es mayor que la elasticidad intrastatus y que en algún momento la elasticidad interstatus puede ser superior a la unidad. Conforme sube la compresión interstatus mayor será la elasticidad interstatus, reflejando el esfuerzo para acercarse y diferenciarse, respectivamente, de los grupos ascendentes y de los grupos alcanzados.

Todo este esquema teórico tiene relación con el tamaño familiar en el siguiente sentido: si los hijos son principalmente un sustituto de bienes ordinarios (o sea, cuantos más hijos, más bienes no *status*, ordinarios, se disfrutan), entonces se deduce que el coste del *n*-ésimo hijo puede ir creciendo conforme se desarrolla el efecto compresión.

Leibenstein desarrolla, así, una teoría del comportamiento familiar no sujeta al principio de utilidad marginal decreciente. Puede haber bienes con una utilidad marginal creciente hasta un determinado punto, y decreciente a partir de él. Estos bienes los denomina "bienes IMU" (*increasing marginal utility*). Incluso puede darse el caso de que la utilidad marginal en un nivel de renta superior sea mayor que la de un nivel inferior.

Las consecuencias de ello para el tamaño familiar se pueden concretar de la siguiente forma:

- Si todos los bienes consumidos por la familia fueran bienes ordinarios, el tamaño familiar de las economías domésticas de *status* más altos debiera ser mayor que las de los *status* inferiores.
- Pero al introducir los bienes IMU, y suponiendo el mismo coste en la crianza de los hijos para los distintos *status*, la situación se invierte, y al elevarse el coste/utilidad marginal de los hijos para las economías domésticas de *status* más altos, el *n*-ésimo hijo supone un sacrificio mayor en términos de bienes-*status*. O sea, el *n*-ésimo hijo amenazaría la posición y el estilo de vida de estas economías domésticas más ricas.
- Si se supone que el coste de criar los hijos no es el mismo para los diferentes *status*, de tal forma que el coste crece con el *status* —lo cual es más realista que el caso anterior—, se mantiene la tendencia a disminuir el tamaño familiar al subir el *status*, pero dependiendo de este coste. O sea, en palabras de Leibenstein:

Está claro que, aunque no podemos probar que necesariamente las economías domésticas de un *status* más alto (y mayor ingreso) tendrán menos hijos, [sí que] mostramos la posibilidad y argumentamos la probabilidad de que éste sea el caso. Más aún, indicamos la forma en que la relación entre los costes/utilidad y los gastos en bienes-*status* llevan a tales conclusiones (Leibenstein, 1975: 21).

Al asociar estas conclusiones con la evidencia histórica del efecto compresión se deduce fácilmente la explicación de la transición demográfica en los países desarrollados. Pero este análisis pretendía, además, explicar el comportamiento reproductivo en los países subdesarrollados en los que no se habría dado aún dicha transición (y en los que los modelos de demanda que criticaba Leibenstein, por otra parte, no funcionarían).

2.3.2. Caldwell y el flujo de riqueza

Caldwell relativizó el peso del ámbito meramente económico (mercantil) y, basándose en las diferentes estructuras económicas de los diferentes *modos de producción*, enfatizó los aspec-

tos educativos y de escolarización que influirán en la dirección de los flujos de riqueza que se dan entre padres e hijos. Así, la racionalidad que hace buscar a las familias tamaños grandes en el ámbito subdesarrollado o precapitalista y tamaños menores en el capitalismo desarrollado es similar. Mientras predomina el "modo de producción doméstico", en el que la mayor parte del consumo familiar es producción doméstica, se tenderá al tamaño grande. Las relaciones entre los miembros de la familia, por muy complejas que puedan ser, se basan en esa estabilidad económica, y la reproducen. En dicho modo de producción doméstico las relaciones sociales (y familiares) se sitúan en la *superestructura*, que tiene la primacía. Se puede hablar de una "moral" o "ética" específica de este modo de producción, cuyo funcionamiento exige, permite o potencia (según los casos) las reproducción de economías domésticas extensas, con roles entre sus miembros bien establecidos y diferenciados.

La estabilidad social-productiva no significa ausencia de tensiones, y éstas se agudizan si esta manera de producir (y consumir) tiene que subordinarse o entrar en contradicción con otro modo de producción que desarticula su base económica más rápidamente que esa superestructura, como es el caso del capitalismo. Estas contradicciones se hacen más visibles en lo que concierne al papel de la mujer y los hijos, con una nueva moral, que, en general, opone el *individualismo* emergente al *gregarismo* existente:

— El conflicto entre la moral familiar, característica en la producción familiar, y la moral extrafamiliar, característica en el mercado de trabajo capitalista, puede ser extremo durante períodos de transición. Tanto turistas como expertos en desarrollo que se han paseado por una sociedad de producción familiar probablemente decidan que la falta de "desarrollo" surge de una moral inadecuada. Al mismo tiempo, los padres con hijos que tienden a obedecer la nueva moral extrafamiliar los presentarán probablemente como testimonio de una educación inadecuada. Hasta que la transición de la moral no tenga lugar, la dirección del flujo de riqueza no es probable que se invierta (Caldwell, 1981: 12).

Si el flujo de riqueza pasa de ser de hijos a padres a serlo de padres a hijos, se explica la caída de la fecundidad. Y este cam-

bio de flujo se opera a partir del cambio superestructural de la moral por la modernización:

La moral había pasado sucesivamente de ser principalmente asunto de familia a serlo de la Iglesia y al final del Estado. Más importante aún, en términos del efecto probable en la fecundidad, es que tenía que ver menos que nunca con las relaciones intrafamiliares. Esto significó una posibilidad cada vez menor de un beneficio económico de los hijos en la edad posterior, que, junto con el hecho de que su uso productivo cuando jóvenes había desaparecido, torció el flujo de la riqueza hacia abajo e hizo caer la fecundidad inevitablemente (*Ibidem*: 13).

La pugna entre las dos morales define, así, la transición demográfica. Dadas las características especiales de la situación demográfica precapitalista europea (de baja fecundidad) y otras paradojas y heterogeneidades regionales que han ocupado a la demografía histórica y teórica³, Caldwell le prestó especial atención, postulando que dicho cambio demográfico estaría caracterizado por el menor desarrollo del modo de producción doméstico en Europa Occidental y por el cambio de dirección del flujo intrafamiliar de riqueza que impuso el desarrollo del capitalismo al exigir fuerza de trabajo más cualificada y desarrollar la escolarización masiva. Los hijos pasaron a ser un coste y se dispararon además los motivos de "seguridad en la vejez", que deja de depender de ellos.

El esquema analítico de Caldwell, combinando lo económico (flujo de riqueza monetaria y no monetaria) con lo no económico (la superestructura), pero dando primacía a este segundo aspecto, lleva a una conclusión muy importante para el mundo subdesarrollado actual: si el mantenimiento de la familia extensa se debe a la pervivencia de la moral del modo de producción doméstico, es también en esa esfera superestructural donde se puede actuar y conseguir la transición demográfica.

Aunque la fecundidad permanece alta en muchos países del Tercer Mundo contemporáneos, una caída sostenida bien puede comenzar sin tener que esperar adicionalmente ningún cambio económico fundamental (*Ibidem*: 5).

La primacía de la superestructura quedaría claramente demostrada, por otra parte, si se considera cómo a pesar de la pe-

netración del capitalismo en muchas regiones (él cita casos en México, Turquía y Taiwan) no ha caído en ellas la fecundidad: ello se debe a la pervivencia de la moral superestructural, y no porque los padres no sepan aún que un hijo es antieconómico. El cambio se acelera por la imposición masiva de los cambios educativos. Así ocurrió en Occidente, y así está ocurriendo en el Tercer Mundo, por lo que Caldwell vaticinó:

No tendremos un mundo industrializado para finales de siglo, pero no es probable que [haya] partes sustanciales de él en las que la fecundidad sea todavía alta y no haya mostrado una caída (Ibidem: 27).

2.3.3. La división doméstica del trabajo

Los supuestos que llevan a la formulación de una función de producción doméstica han sido criticados “desde dentro” (existencia de producción conjunta, carácter estático del modelo, etc.) y “desde fuera”. En el análisis económico del trabajo doméstico se ha denunciado la ideología que subyace en los modelos de la microeconomía familiar (Carrasco, 1988 y 1991; Borderías, Carrasco y Alemany, 1994). No se trata tan sólo, aunque es importante, de las inconsistencias de los supuestos sobre la agregación de las utilidades familiares, sino de la aceptación de una división doméstica del trabajo que perpetúa el desarrollo desigual, en la pareja, de la mujer:

En primer lugar, la existencia de una función de utilidad única para toda la familia supone que la estructura familiar es una unidad armónica sin conflicto de intereses. No es muy arriesgado suponer que en muchos casos los intereses de los miembros de la familia son contrapuestos [...]. La Nueva Economía de la familia resuelve el problema acudiendo a la idea de “altruismo” que les permite justificar la utilización de la función de utilidad del “jefe de familia” como la función de utilidad familiar, porque el altruismo (en su definición) permite que todos los miembros familiares, incluso los egoístas, actúen como altruistas en relación al jefe de familia. Sin embargo, creemos que en esta situación, la ausencia de conflictos aludida no refleja un comportamiento altruista sino que traduce la distinta participación de los miembros familiares en el proceso de toma de decisiones. De este modo (inquietud)

tante) se salva la paradoja de Arrow: existirá quizá una función de utilidad familiar, pero desde luego no como resultado de altruismos, sino mediante la “solución” que ya sugirió Arrow: el dictador benevolente. Afiración nada gratuita ya que se adecua perfectamente a la realidad de una sociedad patriarcal.

En segundo lugar [...] el proceso de maximización conduce a la idea fundamental que subyace en el análisis de la distribución de tareas en el interior de la familia y que tiene su origen en la teoría del comercio internacional, a saber, cada miembro se especializa en aquellas tareas para las cuales tiene ventaja comparativa. Es decir, el núcleo de los modelos explicativos de la Nueva Economía de la familia está en las (presuntas) ventajas comparativas de los miembros de la familia y en los eficaces resultados que se derivan de la especialización. De aquí se obtendrán los beneficios económicos del matrimonio. Para estos autores, la existencia de esta ganancia traduce la existencia de complementariedad entre marido y mujer. Los problemas surgirán cuando se intente explicar de dónde provienen las ventajas comparativas que inevitablemente conducen a que el hombre se especialice en trabajo de mercado y la mujer en trabajo doméstico. Ante esta situación, en general, hay dos tendencias: los que antes o después caen en un reduccionismo biológico y terminan por apelar a razones propias de los sexos [...] y los que toman como dato la división sexual del trabajo [...].

[Respecto a estos últimos] Se acepta que “lo que es, es” sin ofrecer una verdadera explicación de “por qué es” [...] (Carrasco, 1988: 401-402).

Evidentemente, se puede pensar que la teoría, así, está reflejando la realidad. Pero como no explica ese “por qué” de la realidad (la discriminación y desarrollo desigual por género), no podrá predecir ni integrar los efectos que los cambios, que por diversas razones (en especial, por la lucha feminista) se dan en la dimensión doméstica, tendrán en los componentes de la función de producción doméstica.

En realidad,

La familia poco tiene que ver con una unidad racional maximizadora. Los roles, tanto del marido como de la esposa, están en gran parte determinados por la tradición, por las pautas culturales, por la ideología dominante..., que son, sin duda, los factores determinantes en la distribución de las tareas. No es sólo que la situación actual tenga su origen en una pasada dominación, sino que se explica antes desde esa circunstancia que desde sus presuntas virtudes optimizadoras. Por una

parte, la discriminación laboral mantiene los salarios medios femeninos más bajos que los masculinos y, por otra, la tradición y la costumbre orientan y condicionan a las mujeres a una mayor productividad doméstica (Ibidem: 402).

En suma, el contexto sociocultural y la extensión del modelo patriarcal, obviados en la explicación microeconómica, son fundamentales para explicar el funcionamiento familiar. Como se verá posteriormente, es así como se puede entender que, aunque haya mujeres que desearían tener menos hijos, y conocen medios anticonceptivos, no reducen su descendencia, o al menos no tanto como tendrían que hacerlo según su "demanda". A partir de aquí, pero de otra manera que la postulada por la teoría económica (variables de tiempo e ingreso "femeninos"), vuelve a erigirse la condición socioeconómica y cultural de la mujer como eje de la teoría y política demográficas, y se convertirá en paradigma de las estrategias para el desarrollo económico y demográfico planteadas para el siglo XXI.

NOTAS

¹ Se volverá a ello en el capítulo 4.

² Posteriormente, el propio Leibenstein abandonará este supuesto, consustancial a la microeconomía (utilidad marginal decreciente), como se verá más adelante.

³ Como no es propiamente el tema que atañe a este libro, no se entrará en ello. Al respecto puede verse Arango (1980); Glass y Revelle (1978) o Livi-Bacci (1988).

3

MARXISMO Y ANTIMALTHUSIANISMO

Hasta aquí se ha hecho un recorrido por el pensamiento económico que desde los clásicos de la Economía Política hasta la microeconomía actual ha abordado la relación economía-población, bien exógenamente (el binomio población-recursos), bien endógenamente (la explicación económica del comportamiento reproductivo). Pero ha sido de hecho un repaso a lo que en propiedad habría que considerar como ciencia económica dominante, ortodoxa o convencional, e incluso como apologética del capitalismo.

Este carácter apologético deriva de la concepción del capitalismo como estadio definitivo alcanzado por la humanidad tras una historia de lucha contra los condicionantes naturales y la escasez. Sin entrar en las consideraciones análogas que acompañan a nivel superestructural a la idealización del capitalismo y que se refieren a la democracia, liberalismo, etc., lo que interesa destacar para la comprensión de la relación economía-población es el hecho de definir como "orden natural" las relaciones estructurales capitalistas. Así, de la misma forma que se ha venido considerando desde los clásicos que el modo capitalista de producir, distribuir y consumir se expandiría tarde o temprano a todo el mundo porque suponía la máxima racionalidad y el máximo beneficio para todos, también se consideró que los desajustes que la dinámica poblacional podría tener con el proceso de capitalización tendrían que ser superados (preventivamente o positivamente) en la misma línea de la racionalidad darwinista hacia el "fin de la historia".

K. Marx fue el autor que más sistemática y convincentemente puso en evidencia el carácter apologético y acientífico de esta

metodología, y a través de su conceptualización sobre los *modos de producción* descubrió el *carácter histórico* del capitalismo y la especificidad de sus leyes. Para el tema poblacional esto tenía una importancia manifiesta: al igual que no había leyes universales económicas, tampoco había leyes demográficas por encima de la especificidades de cada modo de producción.

La primera consecuencia de la alternativa metodológica marxista es que el binomio población-recursos pierde el pretendido carácter universal (un enfrentamiento “ser humano-naturaleza”) puesto que *ambos* términos del binomio son producidos, históricamente, de diferentes formas, dependiendo del modo de producción de que se trate. El supuesto antagonismo del binomio, entonces, es específico de cada modo de producción. En su análisis del capitalismo, por tanto, Marx rechazó la ley natural malthusiana y denunció el desempleo, la pobreza, etc. como elementos consustanciales de la acumulación capitalista. Endogenizó en su análisis económico el hecho del excedente demográfico, que demostró que era producido *por la* acumulación de capital. Esta endogenización le sirvió para formular como ley demográfica específica del capitalismo la *Ley de la superpoblación relativa*. Pero se quedó ahí. La explicación del comportamiento reproductivo en el capitalismo siguió siendo, durante mucho tiempo, la asignatura pendiente del análisis marxista.

La importancia de esta laguna quedará más claramente comprendida si se tiene en cuenta que el antimalthusianismo no fue ni es exclusivo del marxismo. Tanto desde la propia economía convencional como desde posiciones religiosas rigurosamente antimarxistas ha habido “optimistas” o “antimalthusianos” que se han negado, bien a aceptar los supuestos restrictivos malthusianos respecto a los recursos, bien a aceptar las razones del neomalthusianismo sobre el subdesarrollo. Pero todos ellos, entonces, se han quedado en el campo de la exogenidad de la población. Por ello no debe sorprender el hecho de encontrar discursos antiguos y actuales en los que, contra el neomalthusianismo, pudieran converger un marxista, un profesor de Harvard y un sacerdote católico. De la misma forma, algunos pensadores marxistas rondaron el dogma económico o, más recientemente, han alimentado las filas de los pesimistas desde una profunda preocupación ecologista.

En suma, se hace primordial reflexionar en el aspecto metodológico y deslindar en el ámbito teórico las características de cada análisis, sus logros y sus deficiencias.

3.1. La Ley General de Población de Marx

Como se ha indicado, en Marx se encuentra claramente el significado y alcance histórico determinado de las leyes de población. Para él no existían tales leyes independientemente de la estructura específica de cada sociedad, lo que remite a la teoría de los modos de producción y, a nivel más concreto, a la de las formaciones sociales:

Todo régimen histórico concreto de producción tiene sus leyes de población propias, leyes que rigen de un modo históricamente concreto. Leyes abstractas de población sólo existen para los animales y las plantas [...] mientras el hombre no interviene históricamente en esos reinos (Marx, 1978bis, I: 534-535).

Marx se oponía así a la versión clásico-malthusiana de una regulación biológica. Para explicar lo que pasaba en el capitalismo no había que echar mano de la biología, sino de las leyes de la acumulación del capital. Así, y alternativamente a sus predecesores, ofreció otra “ley de población” para el capitalismo: las necesidades de la acumulación de capital implican una inexorable sustitución de trabajo vivo por trabajo muerto, un desplazamiento continuo de mano de obra, y ello independientemente del volumen absoluto de fuerza de trabajo disponible (como se vio anteriormente, en esto coincidirían tanto Ricardo como el último Keynes); el *ejército de reserva* así creado es el que regula “a grandes rasgos” el movimiento de los salarios. Por lo tanto, el exceso de población o *superpoblación* sólo puede definirse respecto a los medios de producción en uso, de los que precisamente la población que parece excesiva está desposeída, y por lo tanto es una superpoblación *relativa* a las necesidades *del capital*.

La explicación demográfica se inserta, entonces, en Marx, en la propia explicación económica del funcionamiento capitalista, y, significativamente, la “Ley de la superpoblación relativa”, que

es la ley de población *propia del capitalismo*, es designada también como “Ley general de la acumulación capitalista”:

Al producir la acumulación de capital, la población obrera produce también, en proporciones cada vez mayores, los medios para su propio exceso relativo. Es ésa una ley de población peculiar del régimen de producción capitalista [...]. Esta superpoblación se convierte a su vez en palanca de la acumulación de capital, más aún, en una de las condiciones de vida del régimen capitalista de producción. Constituye un ejército industrial de reserva, un contingente disponible [...]. Le brinda [al capital] el material humano, dispuesto siempre para ser explotado a medida que lo reclamen sus necesidades variables de explotación e independientemente, además, de los límites que pueda oponer el aumento real de población (Ibidem: 534-535).

Con la formulación de esta ley Marx respondía de una forma alternativa a los dos pilares del pensamiento clásico-malthusiano: el origen de la superpoblación obrera (desvinculándola de su tamaño absoluto), por un lado; y la dinámica del salario (rechazando la “ley de bronce” que lo vincula a la oferta de fuerza de trabajo), por otro.

El que las necesidades de fuerza de trabajo que tiene el capital son independientes del volumen de ésta es algo evidente para Marx; incluso llega a plantear la posible insuficiencia del crecimiento natural de la población (asalariada) dadas las exigencias del capital:

Hasta el propio Malthus reconoce como una *necesidad de la moderna industria* la existencia de la superpoblación, que él, con su horizonte limitado, concibe como un exceso absoluto de población obrera y no como un remanente relativo. Dice Malthus: “Ciertas prácticas previsoras en punto al matrimonio, si se aplican con cierta extensión entre la clase obrera de un país que vive principalmente de la manufactura y el comercio, pueden llegar a perjudicarla [...] dada la naturaleza de la población, no puede lanzarse al mercado una nueva promoción de obreros hasta que no pasen de 16 a 18 años, y la transformación de renta en capital por el ahorro puede seguir un curso mucho más rápido; un país se halla siempre expuesto a que su fondo de trabajo crezca con mayor rapidez que su población”. Después de declarar *la producción constante de una superpoblación relativa de obreros como una necesidad de la acumulación capitalista*, la economía política, vistiendo

muy congruentemente la figura de una vieja solterona, pone en labios del “*beau idéal*” de su capitalista las siguientes palabras [...]: “Nosotros, los fabricantes, hacemos por *vosotros* lo que podemos, al *aumentar el capital* del que *vosotros* tenéis que vivir; de *vosotros* depende hacer lo demás, ajustando vuestro número a los medios de vida disponibles” [...].

A la producción capitalista no le basta, ni mucho menos, la cantidad de fuerza de trabajo disponible que le suministra el crecimiento natural de la población. Necesita para poder desenvolverse desembarrazadamente, un ejército industrial de reserva, *libre de esta barrera natural* (Ibidem: 537).

Se puede dar, entonces, el fenómeno de despoblación simultáneamente con el de superpoblación relativa. Viene a la mente de inmediato la experiencia actual en los países desarrollados, en los que el envejecimiento de la población supone una reducción progresiva de la población potencialmente activa. En época de Marx, el ejemplo más claro era el de Irlanda, donde la despoblación por emigración convivía con la miseria y pobreza causadas por el desempleo. La lógica teórica y la evidencia empírica están claramente de parte de Marx: *en la estructura económica capitalista, el “exceso” de población sin ocupar está determinado por la decisión de los empresarios respecto al volumen del capital variable.*

Respecto a la segunda cuestión, la crítica del dogma económico, la respuesta alternativa de Marx respecto a la dinámica de los salarios se basa analíticamente en la diferenciación conceptual entre el salario, el capital variable y la oferta de fuerza de trabajo. El salario, como *precio* de la fuerza de trabajo, responde fenoménicamente a la dinámica del capital variable (concepto de *valor*), que, como se acaba de ver, responde exclusivamente a las necesidades de la acumulación del capital y la ganancia; y ambos, que se definen en la esfera económica, son *independientes* de la oferta de fuerza de trabajo, que a su vez queda segmentada (empleo y desempleo) por la acción de esta dinámica de la acumulación:

A grandes rasgos, el movimiento general de los salarios se regula exclusivamente por las expansiones y contracciones del ejército industrial de reserva, que corresponde a las alternativas periódicas del ciclo industrial. No obedece, por tanto, a las oscilaciones de la cifra abso-

luta de la población obrera, sino a la proporción oscilante en que la clase obrera se divide en ejército en activo y ejército de reserva, el crecimiento y descenso del volumen relativo de la superpoblación, al grado en que ésta es absorbida o nuevamente desmovilizada. En la moderna industria, con su ciclo decenal y sus crisis periódicas, que, además, en el curso de la acumulación se combinan con una serie de oscilaciones irregulares en sucesión cada vez más rápidas, sería en verdad una bonita ley la que regulase la demanda y oferta de trabajo, no por las expansiones y contracciones del capital, es decir, por sus necesidades de explotación en cada caso dado, de tal modo que el mercado de trabajo apareciera relativamente vacío cuando el capital se expandiona, y relativamente abarrotado cuando éste se contrae, sino que, por el contrario, supeditase los movimientos del capital a los movimientos absolutos del censo de población. Y sin embargo, así reza el dogma económico. Según éste, la acumulación de capital hace subir los salarios. Los salarios altos estimulan el más rápido crecimiento de la población obrera, crecimiento que se sostiene hasta que el mercado de trabajo se satura, es decir, hasta que el capital resulta insuficiente en relación a la oferta de trabajo. Los salarios, entonces, bajan, y la medalla ofrece su reverso. La baja de jornales va diezmando poco a poco a la población obrera, hasta que llega un momento en el que el capital excede la oferta de brazos; o bien, según la explicación que dan otros, la baja de salarios y la explotación redoblada del obrero que trae consigo vuelven a acelerar la marcha de la acumulación, al punto que los salarios bajos contienen el crecimiento de la clase obrera. Por este cambio se llega nuevamente a una situación en la que la oferta de trabajo excede a la demanda, los salarios suben, etc. ¡Hermoso método de desarrollo éste para la producción capitalista avanzada! Antes de que el alza de los salarios pudiese producir un incremento positivo de la población realmente capaz para trabajar, habría expirado con creces el plazo dentro del cual ha de desarrollarse la campaña industrial, el plazo dentro del cual hay que dar y ganar o perder la batalla (Ibidem: 539-540).

Ante salarios coyunturalmente altos, los capitalistas no van a esperar a una expansión de la actividad procreadora que después, vía miseria o hambre, los reduzca: les basta con introducir maquinaria que desplaza al contingente "sobrante". Y así:

Durante los períodos de estancamiento y prosperidad media, el ejército industrial de reserva ejerce presión sobre el ejército obrero en activo, y durante las épocas de superproducción y paroxismo pone un freno a sus exigencias. *La superpoblación relativa es, por tanto, el fondo*

sobre el cual se mueve la ley de la oferta y la demanda de trabajo. Gracias a ella, el radio de acción de esta ley se encierra dentro de los límites que convienen a la codicia y el despotismo del capital (Ibíd: 541).

A partir de aquí, Marx distinguió diferentes componentes en la superpoblación relativa, o, en términos más actuales, definió *tipos de desempleo*:

Prescindiendo de las grandes formas *periódicas* que le imprimen el *cambio de fases del ciclo industrial* y que *unas veces*, en los períodos de crisis, hacen que se presente con carácter agudo, y *otras veces*, en las épocas de negocios flojos, con carácter crónico, la superpoblación relativa reviste tres formas constantes: la *flotante*, la *latente* y la *intermitente* (Ibíd: 543).

La primera hace referencia a la fuerza de trabajo desplazada por su propio desgaste y que es sustituida por otra más joven y/o experta y/o productiva; la segunda hace referencia a la fuerza de trabajo adscrita a los sectores o ámbitos precapitalistas o no capitalistas (desde la agricultura a la esfera doméstica); la tercera, por último, hace referencia a aquella fuerza de trabajo que está entrando y saliendo más o menos continuamente del ejército en activo.

Aún habla Marx de otra categoría, en la órbita del pauperismo, calificándola como “proletariado andrajoso” o “lumpem-proletariado”, y en la que distingue tres subconjuntos: el de las personas capacitadas para el trabajo (y sensible al ciclo industrial: “la masa de estas personas aumenta con todas las crisis y disminuye en cuanto los negocios se reaniman”); los “huérfanos e hijos de pobres”; y los “degradados, despojos, incapaces para el trabajo”. Son el “peso muerto” del ejército de reserva, aunque indispensable en él (Ibíd: 544-545).

Esta configuración de la superpoblación relativa realizada por Marx adolece de cierto confusionismo que impide la posibilidad de un tratamiento empírico coherente en el capitalismo moderno. En efecto, por una parte se define el desempleo en términos de la situación de la fuerza de trabajo respecto a su no valorización (como capital variable), pero a su vez se define también con la descripción de contingentes sociales específicos propios de una

sociedad concreta espacial e históricamente. Es decir, caracterizar la “ley de población del capitalismo” en cada “capitalismo” histórico queda más como un ejercicio sociológico que económico.

Pero la insuficiencia fundamental del análisis demográfico de Marx está en... su *ausencia*. Es decir, empeñado en rebatir el dogma clásico-malthusiano, no ofrece una alternativa a la explicación del comportamiento reproductivo contenida en el dogma económico, no ofrece una explicación propia de la dinámica demográfica; es decir, *no descubre la existencia de ley(es) de población en el capitalismo*. Su pretendida “Ley de población en el modo de producción capitalista” se refiere básicamente a la distribución cuantitativa y cualitativa de la población activa asalariada en su aspecto dinámico. Lo único que postula es que siempre habrá ciertos tipos de desempleo en la sociedad capitalista, y argumenta que ello no es a causa del volumen o dinámica demográfica, sino de la propia dinámica estructural de la acumulación de capital. *La dinámica demográfica, entonces, queda sin explicar.*

Hay algunos pasajes en los que Marx sí intentó vincular la reproducción de la fuerza de trabajo (como capital variable) y la reproducción de la población, lo que demuestra que de alguna manera era consciente de la necesidad de dar explicaciones al respecto. Refiriéndose a la parte flotante del ejército de reserva, escribió:

El crecimiento absoluto de esta fracción del proletariado reclama una forma que incremente su número aunque sus elementos se desgasten rápidamente. Reclama, por tanto, un relevo rápido de las generaciones obreras. (*Para las demás clases de la población, no rige la misma ley.*)¹ Esta necesidad social se satisface por medio de matrimonios prematuros, consecuencia necesaria de las condiciones en que viven los obreros de la gran industria, y mediante la prima que la explotación de los niños obreros brinda a la procreación (ibidem: 544).

Y respecto a la tercera categoría de la superpoblación relativa, la “intermitente”, consideró lo siguiente:

Esta categoría constituye al mismo tiempo un elemento de la clase obrera, que se reproduce a sí mismo y se eterniza, entrando en una pro-

ducción relativamente mayor que los demás estamentos en el crecimiento total de aquélla. *De hecho, no sólo la masa de los nacimientos y defunciones, sino también la magnitud numérica de las familias se halla en razón inversa a la cuantía del salario, es decir, de la masa de medios de vida de que disponen las diversas categorías de obreros.* Esta ley de la sociedad capitalista sonaría a disparatado entre salvajes, e incluso entre los habitantes civilizados de las colonias. Es una ley que recuerda la reproducción en masa de especies animales individualmente débiles y perseguidas (Ibidem: 545).

La teoría demográfica de Marx se podría entonces resumir, en términos actuales, así: la población obrera crece siempre en el capitalismo bajo la presión de factores vinculados a la dinámica de la acumulación de capital, que es la variable independiente. Tales factores se articulan en la existencia de la superpoblación relativa, que es producto exclusivo de la acumulación, y en ella actúan esos factores (papel económico de los hijos, desgaste rápido de la fuerza de trabajo por sobreexplotación, condiciones degradadas de vida) que son la base de la explicación del comportamiento reproductivo de las clases trabajadoras, que en general está relacionado *inversamente* con el nivel de ingresos.

Los puntos de ambigüedad que se producen en esta teoría derivan de que, textualmente, Marx se refiere al comportamiento reproductivo cuando está hablando de las fracciones de la superpoblación relativa; es decir, en todo caso está hablando del comportamiento reproductivo de los desempleados (?). En realidad, generaliza las fracciones de la clase obrera en su conjunto. Por otra parte, no está suficientemente argumentado por qué la relación tamaño familiar-ingreso es inversa (y no directa, como postula el dogma económico clásico-malthusiano). Hay una falla que separa el pretendido carácter abstracto de una "ley general de población" para el capitalismo y el carácter concreto de la explicación sociológica de la demografía de la clase obrera inglesa de la primera mitad del siglo XIX. Incluso es posible descubrir similitudes entre Marx y Malthus o elaborar opciones teóricas eclécticas entre ambos², lo que no deja de ser sorprendente por cuanto era obsesión de Marx combatir la "ley de bronce" de los salarios (parte del dogma económico, y asumida por el movimiento lassaliano) y la ideología malthusiana del paro y la pobreza como consecuencias del comportamiento de los propios trabajadores.

Si se considera el análisis de Marx en su conjunto, hay una diferencia profunda con cualquier visión “sociológica” o “cultural” del comportamiento demográfico, por más que él mismo no la desarrollara: la reproducción de la población, que es reproducción de fuerza de trabajo, no se rige por los salarios (dogma económico clásico), sino por las condiciones de la acumulación capitalista plasmadas en la dinámica cuantitativa y cualitativa del ejército de reserva. Y ello, por encima de estratificaciones sociales (por lo demás, concretables en cada momento o fase histórica de la acumulación), remite necesariamente, para establecer leyes de población generales, a las formas de valorización (o no valorización) de la fuerza de trabajo. El análisis *sociológico* concreto de Marx es una descripción de tales formas en su época. Lo que no explicitó (y de ahí el confusionismo entre su ley general de población capitalista, sus leyes de población por clases, y sus referencias a características sociológicas) es la relación entre la dinámica reproductiva y la valorización (o no) de la fuerza de trabajo. Si el ejército de reserva cumple un papel tan fundamental en su teoría demográfica es porque es el vehículo específico de articulación entre la reproducción del capital y la reproducción de la fuerza de trabajo. La insuficiencia crítica radica en que la dinámica poblacional, en general, es considerada como variable independiente (y no significativa) en determinados segmentos de su discurso, especialmente los referidos a la dinámica de salarios.

Estas consideraciones sobre el análisis de Marx conducen a la siguiente conclusión: su teoría general demográfica, su “ley general de población en el capitalismo”, concebida al nivel metodológico del *modo de producción*, sólo se desarrolló al nivel de *formación social* en la situación que él conoció (y exemplificó). Pero no explicó formalmente el paso de un nivel metodológico al otro (por ejemplo, qué mecanismos podrían hacer variar la relación inversa salario-natalidad que preconizaba).. Y esto, como a continuación se verá, dio lugar a un lapsus teórico que los seguidores de Marx no lograban enmendar, en una situación además en la que los cambios sobrevenidos en la dinámica económica (la nueva fase del capitalismo) no podían verse recogidos y ligados simultáneamente con los ocurridos en la dinámica poblacional (la transición demográfica).

3.2. Marxismo y leyes demográficas

Si Marx no acabó de elaborar una teoría general de la dinámica poblacional, básicamente a causa de la ausencia de un *modus operandi* que articulase, en su análisis, las leyes estructurales de la acumulación de capital con el comportamiento reproductivo, sus seguidores inmediatos más cualificados tampoco aportaron grandes novedades al respecto, con el agravante de que, al no desarrollar la endogenidad de las variables de natalidad quedaron situados al mismo nivel que los malthusianos: la población y su crecimiento es una variable exógena a la economía. La única diferencia entre ellos sería que los marxistas no consideran que la demografía cumpla un papel positivo o negativo en el crecimiento o (sub)desarrollo económico, mientras que los malthusianos consideran que sí cumple un papel negativo. El pensamiento marxista considera, además, que la dinámica demográfica tampoco es significativa en la explicación del cambio social, ya que éste se deriva de la lucha de clases³.

La preocupación básica de los marxistas en la relación economía-población fue seguir combatiendo el malthusianismo con la escueta herencia de Marx, en torno a tres cuestiones: la metodológica (con su mala resolución entre los niveles *modo de producción* y *formación social*), la empírica (mostrando una confianza sin límites en el “progreso”) y la político-ideológica (negándose a aceptar otras causas de la pobreza y, más tarde, del subdesarrollo, que no fueran intrínsecas al propio capitalismo).

No cabe aquí hacer un examen exhaustivo del pensamiento marxista (véase Martínez Peinado, 1986a), y bastará destacar las aportaciones de autores paradigmáticos a partir de la herencia de Marx. El primer caso sintomático de mera repetición del discurso de Marx es V. I. Lenin. Si bien en muchos campos este autor significó la recalificación de las ideas de Marx, en el tema demográfico sería el ejemplo perfecto de la aportación no novedosa. Su preocupación en el tema no fue más allá de la reiteración de Marx en su oposición a la metodología malthusiana. Así, en su análisis de la Rusia zarista criticó a los “populistas”, que consideraban la superpoblación agrícola como fruto del comportamiento reproductivo “anárquico” del campesinado ruso y causa de la mi-

seria rural. Lenin contraargüía que tal miseria era causada por la dinámica acelerada de la capitalización del agro, y que la superpoblación relativa era un producto más, y necesario, de la acumulación capitalista, que a través de la reforma agraria desplazaba al pequeño campesinado y acababa con las formas colectivas de explotación. Lenin escribió párrafos que denotan una perfecta asimilación del análisis antimalthusiano de Marx basado en el carácter estructural de las leyes de población:

Las condiciones de multiplicación del hombre dependen directamente de la estructura de los distintos organismos sociales, y, por tanto, la ley de la población debe ser estudiada en cada uno de los organismos por separado y no "abstractamente", sin tomar en consideración las distintas formas históricas de organización de la sociedad [...]. La teoría de Marx no corta, ni mucho menos, el hilo que engarza la naturaleza orgánica hasta llegar al hombre: esta teoría exige únicamente que el "problema obrero" —que como tal sólo existe en la sociedad capitalista— no se resuelva basándose en investigaciones de carácter "general" relativas a la multiplicación del hombre, sino tomando como base investigaciones especiales de las leyes que rigen las relaciones capitalistas (Lenin, 1974: 191).

¿Qué significa "colocar el problema de la población sobre el terreno histórico-social"? Significa investigar por separado la ley de población de cada sistema histórico de economía y estudiar su vínculo y relación con el sistema de que se trata (Ibidem: 109).

Como se puede apreciar por estas citas, Lenin asimila bien a Marx en lo tocante al carácter *estructural* de las leyes de población, y también ahí se queda: es una reiteración, pues, de las insuficiencias del maestro.

La teoría marxista explica el origen (estructural) de la superpoblación (reducción relativa del capital variable), pero no integra al mismo nivel (estructural) el análisis del comportamiento reproductivo, no acaba de explicar qué *mecanismos precisos*, si es que existen, ligan la estructura con tal ámbito demográfico. *Y si no existen es que no hay leyes de población.* De tal forma que en Lenin cabe decir lo mismo que en Marx: una teoría de la dinámica cuantitativa y cualitativa del empleo, por más que parte importantísima, no puede ser considerada como una teoría general

ni de la población activa ni de la población a secas. Ni, por tanto, pueden pretender sus autores haber descubierto una *ley general* de población.

La vertiente político-ideológica del antimalthusianismo estuvo también explícita en Lenin. El afán de combatir la "ideología burguesa" en este campo (representada por los llamamientos al control de la natalidad para disminuir la miseria) le hizo escribir en 1913, en relación a la reivindicación de la clase médica sobre la liberalización del aborto y los medios anticonceptivos, el artículo "La clase obrera y el Neomalthusianismo", en el que pretendió establecer una clara diferencia entre el *neomalthusianismo social* y los *derechos de los ciudadanos*, llegando a esbozar, implícitamente, el papel del crecimiento cuantitativo del proletariado como arma política revolucionaria:

[...] "Parir hijos para que luego sean estropeados" [...]. ¿Sólo para eso? ¿Por qué no para que *luchen* mejor, de modo más unido, consciente y resuelto que nosotros contra las condiciones actuales de vida, que estropean y arruinan nuestra generación?

En esto consiste la diferencia radical entre la psicología del campesino, del artesano, del intelectual, del pequeño burgués en general, y la del proletario. El pequeño burgués ve y siente que se dirige a la ruina, que la vida se le hace cada vez difícil [...] y que su situación y la de su familia resultan más desesperadas cada día [...].

Por eso —y sólo por eso— somos enemigos incondicionales del neomalthusianismo, propio sólo de las parejas pequeñoburguesas insensibles y egoístas, que cuchichean despavoridas: vivamos nosotros, Dios mediante, como podamos, y mejor será no tener hijos.

Por supuesto, eso no nos impide en modo alguno exigir la abolición absoluta de todas las leyes contra el aborto o contra la difusión de literatura médica sobre medidas anticonceptivas, etc. Tales leyes no muestran sino la hipocresía de las clases dominantes [...]. Una cosa es la libertad para la propaganda médica y la protección de los derechos democráticos elementales de los ciudadanos, hombres y mujeres, y otra cosa es la teoría social del neomalthusianismo [...] (Lenin, 1977: 478-480).

Otra autora bien significativa en el análisis marxista fue Rosa Luxemburgo, y en su caso sí cabe hablar de una aportación más completa que la de Lenin. Sus referencias a la población y a las leyes demográficas están imbricadas en su análisis de la acu-

mulación de capital⁴ y en su polémica con O. Bauer, representante de la ortodoxia de la jerarquía de la socialdemocracia alemana, quien, en la tradición lasalliana, había vuelto a caer en el dogma económico en una nueva versión: la dinámica de la población obrera era la variable independiente a la que se va adecuando la acumulación. R. Luxemburgo, para “restituir a Marx”, situó a nivel metodológico el tema de la población (su relación con la acumulación) y, además, formuló una particular ley de población para el modo de producción capitalista: la *tendencia decreciente de la fecundidad*.

Para Bauer, el crecimiento demográfico basaría la ampliación continua del mercado, necesaria a su vez para la realización de la plusvalía. R. Luxemburgo, rechazando este argumento, constató, en primer lugar, la caída del ritmo de crecimiento poblacional en los países europeos y EEUU, así como el crecimiento demográfico en los países no capitalistas (Luxemburgo, 1978: 421).

En segundo lugar, entonces, planteó el lugar de la población respecto a la acumulación:

Es evidente que el crecimiento anual de la “humanidad” sólo puede tener importancia para la acumulación capitalista en la medida en que la humanidad sea consumidora de mercancías capitalistas (Ibidem: 422).

Pero, a pesar de ello, esto no significaba dar la razón a Bauer: el capital puede buscarse medios alternativos al crecimiento demográfico:

El círculo de compradores de mercancías puede aumentar mientras la población desciende (Ibidem).

El paso siguiente es articular lo “demográfico” con lo “económico”:

En los dos factores de este crecimiento [demográfico]: número de nacimientos y mortalidad, vemos en todos los países capitalistas dos movimientos contrapuestos: el número de nacimientos desciende en todas partes de un modo general y constante [...].

Según el factor que actúe con más o menos fuerza será más lento o más rápido el crecimiento de la población. Pero, en todo caso, y en

todos los sentidos, es la evolución del capitalismo, con sus concomitancias económicas, sociales, corporales y espirituales; *es la acumulación de capital la que influye sobre el crecimiento de la población, y lo determina, y no a la inversa*. Más aún: en general puede advertirse que la evolución capitalista actúa sobre el movimiento de la población en el sentido de que, con más o menos rapidez, conduce seguramente a contener el crecimiento de la población [...].

El resultado general es éste: cuanto más rápida es la acumulación, tanto más lento es el crecimiento de la población (Ibídem: 422-423).

En esta cita aparece formulada explícitamente una ley de comportamiento demográfico, dependiente además de la dinámica económica. Ley que, por cierto, si bien reflejaba la realidad de las *formaciones sociales* del centro imperialista de su época, está formulada en términos de *modo de producción*.

Esta autora llegó, así, a deducir la ley de la población basándose en la observación de los datos que le ofrecía la realidad. Pero para explicar el *modus operandi* de la articulación entre la acumulación de capital y la dinámica demográfica sólo arguyó un vago conjunto de factores:

Todos los estadistas, sociólogos y médicos atribuyen este fenómeno a la influencia de la vida en las grandes ciudades, a la industria fabril, a la inseguridad de la existencia, al progreso cultural, etc.; en suma, a los efectos de la civilización capitalista (Ibídem: 423).

Y escribió más adelante:

En la sociedad actual, cada clase sigue sus propias leyes de población (Ibídem: 425).

Pero aparte de la referencia a las variables de la “civilización capitalista” y las diferencias por clases sociales, no se encuentran, en este contexto teórico, más especificaciones. Sí queda claro su rechazo a considerar la dinámica demográfica como determinante de los salarios y de la acumulación. Explicó de la siguiente manera la postura de su oponente, Bauer:

Ella [la clase obrera] y su crecimiento natural son el eje en torno al cual gira la vida económica [de la economía mundial]. De ese eje

depende el capital variable (y con él, en la proporción técnica exigible, el constante). Unas veces el capital existente es demasiado pequeño para ocupar a todos los proletarios, y entonces explota el sobrante de éstos por medio de los salarios bajos; otras veces es demasiado grande para hallar bastantes proletarios, y entonces se aniquila a sí mismo en una crisis; en todo caso, el movimiento entero de la producción y sus alternativas no son más que una aspiración eterna del capital a adaptar sus dimensiones al número de proletarios y a su aumento natural.

Ésta es la quintaesencia del mecanismo de Bauer (*Ibidem*: 432).

Para ella, los mecanismos de funcionamiento del capital *eran los contrarios*: el descenso de los salarios va de la mano del aumento del desempleo; su subida, del aumento de la ocupación. El elemento regulador (el único posible, además) es el *sector no capitalista*, tanto a nivel humano (proporcionando nuevos proletarios) como a nivel económico (permitiendo la realización y obtención de beneficios), y no la adecuación entre el capital variable y la población obrera. En la época del imperialismo y la “economía mundial”, con bajas tasas de crecimiento demográfico en las economías capitalistas, esta idea resulta sugerente para pensar en la “clase obrera mundial” como algo complejo (con un sector proletario y otro no capitalizado) y con un desarrollo desigual.

Para terminar este breve repaso al uso de la herencia de Marx respecto a la relación economía-población, cabe hacer mención de lo que fue durante mucho tiempo la ortodoxia *marxista-leninista* codificada por la academia soviética como “doctrina científica” desde el stalinismo. La preocupación básica en el contexto de la guerra fría fue combatir el neomalthusianismo frente a la explosión demográfica en los países subdesarrollados. Formal y explícitamente, el análisis soviético se situaba en una pretendida “teoría marxista-leninista de la población”, cuyas bases habrían sido *exhaustivamente* establecidas por Marx y Lenin, que habrían dicho casi todo lo que se puede decir al respecto (?). Así, en el aspecto metodológico no se salió de una mera reiteración sintetizada y adaptada a la “fase actual del imperialismo” de los argumentos clásicos sobre el carácter relativo de la superpoblación y las causas de la miseria y el subdesarrollo. Por otra parte, se introdujeron algunas “novedades” metodológicas. El grueso de la argumentación puede resumirse de la forma siguiente: existen

leyes *demográficas* y leyes *económicas* (la de la superpoblación relativa sería del segundo tipo: primer avance respecto al falso carácter de ley general de población que le adjudicó Marx, como ya se indicó). A pesar de la pretendida existencia de la teoría marxista-leninista al respecto, se admite que el comportamiento reproductivo está todavía por explicar convincentemente. Se declara que los procesos demográficos tienen cierta autonomía, incluso por encima de los modos de producción (lo cual no es nada propio ni de Marx ni de Lenin). Y en la fase actual del capitalismo, en la que el desarrollo de las fuerzas productivas exige muy poco capital variable,

[...] el exceso de capital cuando sobra la población influye en la sociedad burguesa, a través de muchos grados intermedios, sobre la decisión de los esposos acerca de si van a tener el segundo o tercer hijo (Valentei, 1978: 37).

Estos grados intermedios son explicitados ulteriormente como las típicas *variables intermedias* del análisis sociodemográfico, que en este caso se integran en una teoría *microambiental* del comportamiento reproductivo, basada en una óptica subjetivista “de la orientación según las necesidades”:

La intensidad de la natalidad es una categoría socio-biológica. El número de nacimientos a escala de la sociedad y, a fin de cuentas, en cada familia, depende de muchísimos factores, incluyendo tan importantes como la edad de los contrayentes, la regulación intrafamiliar del número de hijos, la soltería de las mujeres, la esterilidad, la proporción de los nacidos muertos, etc. Pero ellos no son los únicos que determinan el nivel de natalidad. Desempeñan un papel excepcional la posición de la mujer, el grado de satisfacción de las demandas materiales y culturales de la población, el nivel cultural de los padres y su ejemplo en general, la legislación que refleja una u otra política respecto a la población, la influencia de la guerra, la mortalidad infantil, las peculiaridades nacionales de la conducta demográfica, el desarrollo de la vida urbana y otros factores naturales y sociales (Ibidem: 16).

Diríase que, en varios casos, los mismos “factores” (industrialización, urbanización, nivel de cultura general y participación de la mujer en la producción social) dejan de provocar la tendencia descendente de la natalidad. Estamos convencidos de que esto se debe precisamente

a la influencia de los cambios en las necesidades individuales. En otros términos, el nivel concreto de natalidad lo determinan, estando difundida la regulación intrafamiliar, tanto el nivel existente de las necesidades como la correlación de éstas y el consumo real (Ibídem: 294).

Así, después de una interpretación “histórico-materialista” del comportamiento demográfico, después de reiteradas citas del “marxismo-leninismo” sobre la importancia de las variables estructurales... el análisis soviético acababa remitiendo a una explicación *microeconómica* en la misma línea que la *teoría de la economía doméstica*, y además sin la formalización y contrastabilidad de los modelos de esta última, que por otra parte se supone que son de “ideología burguesa” y, en la mayoría de los casos, neomalthusiana.

3.3. Una teoría “completa”: S. H. Coontz

A pesar de las insuficiencias manifiestas, tanto de los clásicos como de Marx y sus epígonos, ha quedado patente que el elemento común para explicar el tamaño familiar desde la economía fue el trabajo, su remuneración o cómo su oferta se adecuaba a su demanda. Y aunque se acaba de ver que el pensamiento marxista no había aportado una teoría *completa* de la población, hay que destacar la gran excepción de S. H. Coontz, quien, al tiempo de los pioneros de la *nueva economía de la familia* (1957 y 1966) ofreció, en la línea de endogenizar el comportamiento reproductivo en el análisis económico, una explicación de los movimientos de la natalidad a partir de los cambios seculares en la demanda de fuerza de trabajo, implicados a su vez en la dinámica de la acumulación de capital.

Recogiendo la distinción marshalliana entre trabajo “eficiente” y “no cualificado”, Coontz distinguió los dos tipos de demanda de fuerza de trabajo:

La demanda de fuerza de trabajo debe analizarse en términos de la cantidad de trabajo que se demanda de un grado o calificación particular. Dada una demanda igual de trabajo calificado o no calificado, en donde el costo diferencial para la producción de esos dos grados de

fuerza de trabajo se encuentra en la razón (digamos) de uno a uno y medio, la cantidad de trabajo calificado venidero será suficiente con tal que se pague el costo diferencial. Visto dinámicamente, el mecanismo real para obtener la cantidad y calidad de trabajo requerido es como sigue: que se pague una prima temporal superior al costo de producción al tipo de trabajo cuya oferta es relativamente escasa; en tanto que, en forma simultánea, sufra una depreciación por debajo de su costo de producción ese tipo de trabajo que presenta un exceso relativo en la oferta. En esta forma se regula la oferta de fuerza de trabajo y se dirige a los canales apropiados, de acuerdo con las necesidades de la industria (Coontz, 1960: 176).

Suponiendo que el precio de la fuerza de trabajo tiende a su coste de reproducción, y en ausencia de distorsiones monopolísticas en el mercado laboral, el aumento del grado de cualificación exigida para todos los tipos de trabajo (para hacerlo más eficiente) significa también un aumento de dicho coste, que históricamente se reflejará entonces (vía salario) como un mejoramiento absoluto del nivel de vida del trabajador.

La correspondencia de esta dinámica con la demográfica sería la siguiente:

Para el crecimiento de la población, la situación más favorable sería cuando la demanda de fuerza de trabajo aumentara a una tasa creciente en tanto que, en forma simultánea, hubiera un gran incremento relativo en la demanda de fuerza de trabajo de menor calidad. Porque un decremento de la calidad del trabajo que se demanda es equivalente a una reducción en el período de producción de la fuerza de trabajo. O sea, mientras menos calificado sea el trabajo, menor será el tiempo requerido para alcanzar el mercado, y menor el precio de oferta.

Recíprocamente, la situación más desfavorable al crecimiento de la población sería cuando la demanda de fuerza de trabajo descendiera en términos absolutos en tanto que, simultáneamente, se presentara una modificación en la demanda hacia una mayor calidad del trabajo (Ibidem, 177).

Si se aplica esta teoría a los dos grandes movimientos antitéticos de la historia demográfica del capitalismo hasta primeros del siglo XX: el crecimiento sostenido hasta mitad del siglo XIX y la transición demográfica posterior, éstos quedan explicados de la siguiente forma:

I. En la Revolución Industrial, el sistema fabril ocasionó un gran incremento en la demanda cuantitativa de fuerza de trabajo. De forma simultánea, hubo una reducción en la calidad del trabajo que se demandaba, ya que el desarrollo de la acumulación capitalista reduce el coste de la fuerza de trabajo de dos formas: en primer lugar, la reducción de la demanda de trabajo cualificado (destrucción del artesano) acorta el período de producción del trabajador, esto es, el tiempo y gasto requeridos en su preparación para el trabajo productivo. En segundo lugar, la demanda de mano de obra no calificada permite la entrada en el mercado laboral de las mujeres y los niños, con lo que se abarata también el valor individual del capital variable. Citando a Marx, Coontz recordó que

[...] la maquinaria, al lanzar al mercado de trabajo a todos los individuos de la familia obrera, distribuye entre toda su familia el valor de la fuerza de trabajo de su jefe (Ibidem: 181).

Esto explicaría, entonces, el aumento de la natalidad. Y frente a la argumentación de que la agudización del ritmo de crecimiento demográfico se debió fundamentalmente a la brusca caída de la mortalidad, Coontz razonó que el abandono de la correspondencia (o sea, el hecho de que la natalidad no se adaptase a dicha caída de la mortalidad) suponía de hecho la *adopción de una nueva pauta de natalidad*, que es la que había que explicar, y es la que quedaría explicada por ese aumento de la proletarización y la no exigencia de un nivel de calificación.

II. Respecto a la transición demográfica, Coontz escribió:

Por contraste con el período inicial del capitalismo industrial, el capitalismo maduro demanda trabajo de mayor calidad. Esto no sólo es verdad en relación con la modificación en la demanda de una calidad de trabajo menor a una mayor, sino que también es válido con respecto a la calidad del mismo trabajo "no calificado" (Ibidem: 182).

Con referencia al crecimiento de la población, la importancia de esta modificación histórica en la demanda de fuerza de trabajo a un nivel de mayor calidad es, por supuesto, el alargamiento y el costo creciente del período medio de producción de la fuerza de trabajo (Ibidem: 185).

Efectivamente, la universalización de la educación y la escolaridad y el descenso acusado de la proporción de mano de obra dedicada a la agricultura (como segmento principal de la mano de obra no cualificada) ilustran empíricamente estos cambios en la demanda y coste de reproducción de la fuerza de trabajo. Así las cosas, habrían estado dadas las bases estructurales para una caída de la natalidad.

Ahora bien, si el desarrollo del capitalismo supone un aumento de la cualificación y del coste de producción de la mano de obra, hay que explicar otro fenómeno también histórico y de suma importancia para la teoría económica de la población: la continua declinación de los ingresos relativos del trabajo no manual (o cualificado), cuando su demanda está creciendo. La solución a esta paradoja se encuentra en la consideración de la demanda total de fuerza de trabajo en su aspecto cuantitativo:

La demanda agregada de fuerza de trabajo es la suma de las demandas totales de trabajo manual y no manual. Se infiere, entonces, que para mantener una tasa previa de crecimiento en la demanda total de fuerza de trabajo, un decremento relativo de la demanda de trabajo manual debe ser compensado por un incremento proporcional de la demanda de fuerza de trabajo no manual. En el caso de que el incremento en la demanda de trabajo no manual sea menos que proporcional al decremento relativo de la demanda de trabajo manual, disminuye entonces la tasa de crecimiento de la demanda total de la fuerza de trabajo [...]. En otras palabras, el descenso relativo de la demanda de trabajo manual significa la distribución del incremento de población en ocupaciones no manuales. Sin embargo, a menos que el incremento relativo en la demanda de trabajo no manual sea suficiente para absorber no sólo su porción pasada del crecimiento "normal" (histórico) sino también el incremento relativo [...] que sigue a la reducción relativa en la demanda de trabajo manual resulta una sobre población relativa [...]. Un síntoma de esta sobre población era, por supuesto, el descenso continuo de la remuneración relativa del trabajo no manual.

La resultante sobre población que condujo a la declinación de la fertilidad a partir del último tercio del siglo pasado no es sino la expresión del descenso de la tasa de crecimiento de la demanda de fuerza de trabajo en el período largo (*Ibidem*: 190-191).

Es decir, la superpoblación relativa se cebará, en el capitalismo desarrollado, en la fuerza de trabajo que se ha cualificado para res-

poner a la demanda. Y, así, se presiona a la caída relativa de su salario. Esta explicación es similar a la contenida en el *efecto compresión del status* formulada por Leibenstein.

Coontz concluyó que, aunque la aplicación de su análisis a países específicos no era algo sencillo o automático, cabía sugerir los siguientes principios:

- a) Si la demanda de fuerza de trabajo es constante, la mortalidad y la natalidad varían directamente.
- b) Los cambios cuantitativos en la demanda de mano de obra llevan a cambios cuantitativos en la población. Así, el incremento en la demanda de fuerza de trabajo derivado de la Revolución Industrial potencia un incremento poblacional (que se puede dar tanto si aumenta la natalidad como si se mantiene a sus niveles precedentes simultáneamente junto con una caída de la mortalidad, e incluso aunque disminuya si lo hace más la mortalidad). Una caída de la demanda de mano de obra como consecuencia de la desaceleración del ritmo de crecimiento económico o el estancamiento secular conduce a una tasa descendente de crecimiento demográfico. La limitación del tamaño familiar, la emigración o el aumento de la mortalidad por "remedios malthusianos" pueden ser factores que contribuyan al ajuste de la población a esa reducción de la demanda de fuerza de trabajo.
- c) Los cambios cualitativos en la demanda de fuerza de trabajo conducen a cambios cuantitativos en la población. En el período inicial de la industrialización, el gran incremento de la demanda de mano de obra no cualificada (mayoritaria en el conjunto del empleo) potencia el crecimiento demográfico. Posteriormente, con el estancamiento, los cambios cuantitativos y cualitativos en los tipos de ocupación frenan la dinámica demográfica al elevar el coste de la fuerza de trabajo.
- d) Los movimientos migratorios actúan alternativamente a los movimientos de la natalidad dada una determinada demanda de fuerza de trabajo: si ésta cae, la emigración puede operar para aliviar la presión a la caída de natalidad; por otra parte, la inmigración puede frenar un aumento de la natalidad derivado de la escasez de mano de obra:

Aquí, pues, está la explicación del descenso de la natalidad en USA a través de la mayor parte del siglo XIX. Una vasta inmigración abasteció a gran parte de la demanda de fuerza de trabajo. En forma semejante, parece razonable “atribuir” parte de la alta natalidad del reciente período de la posguerra a la legislación restrictiva de la inmigración (Ibidem: 194).

Por otra parte, Coontz se planteó también completar la explicación económica del comportamiento reproductivo explicando las variables *concretas* que ligan la dinámica estructural económica con los hechos demográficos que al final se realizan en el marco familiar; o, dicho de otra manera, se planteó la articulación micro-macro, es decir, descubrir qué mecanismos vehiculan la determinación de los cambios estructurales-económicos sobre la toma de decisiones de la economía doméstica respecto al tamaño familiar. Para los clásicos la variable estratégica era el salario; en el análisis de Coontz, la variable explicativa es el *coste de reproducción de la fuerza de trabajo*, entendido en un sentido amplio y no meramente como el coste de subsistencia. El carácter sociohistórico de dicho coste viene definido por las características del progreso y de la estructura económica de cada sociedad en cada estadio histórico determinado.

En realidad, Coontz utilizó también otro elemento para explicar el marco en el que la familia toma las decisiones reproductivas: el diferente papel económico de la economía doméstica según las diferentes clases sociales (caracterizadas como “ricos” y “pobres” en un análisis histórico de las diversas sociedades). Pero en el capitalismo, este papel económico de la familia, en lo que se refiere a la clase obrera, viene determinado a su vez por el primer elemento citado, el coste de (re)producción de la fuerza de trabajo. Lo que para la teoría económica de la economía doméstica es el comportamiento racional del *homo economicus*, para Coontz es la dominancia de la instancia económica en el capitalismo, lo que hace que la familia viva la determinación de sus ingresos y oportunidades de trabajo como fundamentales a la hora de decidir el tamaño familiar deseado. La familia ajusta su racionalidad reproductiva a los datos objetivos (exógenos) que ofrece la economía. Así, el papel económico de los hijos, de la mujer, de su forma y grado de participación en el mercado laboral, etc. re-

miten, en última instancia, al binomio coste/demanda de la fuerza de trabajo.

El problema de la relación ingreso/natalidad es de dirección ambigua y contradictoria a lo largo de la historia demográfica del capitalismo. Según Coontz, resolver las paradojas exigía cambiar lo que se relaciona, y no utilizar la renta (ni la "corriente" ni la "esperada"), sino el ratio R , definido como:

$$R = \frac{\text{Ingreso}}{\text{Coste de reproducción de la fuerza de trabajo}}$$

La variante importante para la fertilidad diferencial no es el ingreso *per se*, sino la razón entre la remuneración y costo de producción de una calidad determinada de fuerza de trabajo, o, dicho de otro modo, la razón entre remuneración y costos relativos de producir grados diferentes de fuerza de trabajo (Ibidem: 203).

Ésta es la única forma homogénea (o sea, a nivel general del capitalismo) de explicar la relación *directa* (y no inversa, que es la típica) entre la renta y la natalidad cuando esta última se halla estandarizada por ocupaciones o estratos sociales.

Nuestra variable estratégica, el ratio renta/coste de fuerza de trabajo [...] explica la dinámica demográfica. Por medio de este ratio es posible reconciliar datos demográficos aparentemente contradictorios: a corto plazo la fecundidad varía directamente con la renta; sin embargo, a largo plazo la fecundidad varía inversamente con la renta. La paradoja de la fecundidad decreciente concomitante con la renta real creciente se desvanece si nos damos cuenta de que *el alza secular de la renta real fue acompañada de un alza a largo plazo en el precio de oferta de la fuerza de trabajo* (Coontz, 1967: 166).

Gráficamente, esta relación se explicaría según la figura 3.1. Sea $0A$ el coste medio de producción de la fuerza de trabajo de grado de cualificación I, $0B$ el coste para el grado II, y $0C$ el coste para el grado III. $Y(I)$, $Y(II)$ e $Y(III)$ representan el nivel de ingresos para cada grado de cualificación de la fuerza de trabajo, respectivamente. $0L$ es el número medio de hijos para el grado I, $0M$ lo es para el grado II y $0N$ lo es para el grado III.

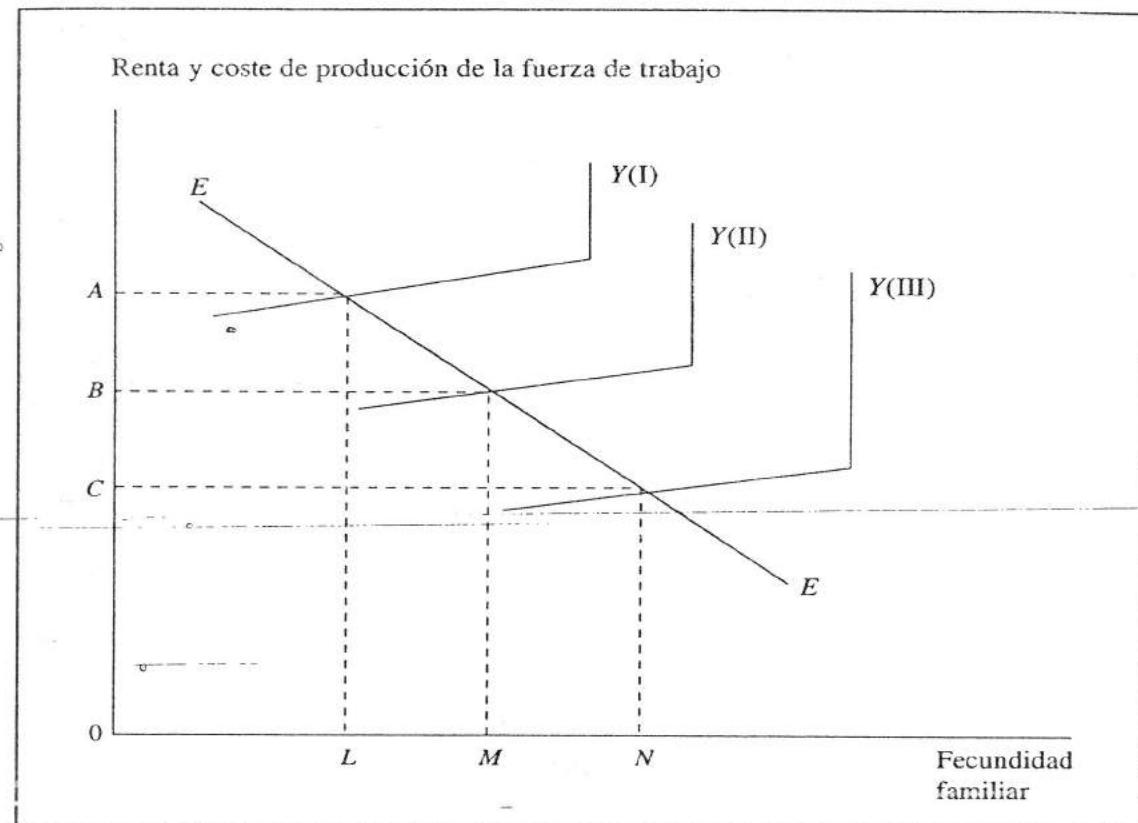


Figura 3.1

La línea EE muestra la relación inversa tradicional entre fecundidad y renta (tanto longitudinal como transversalmente). Va del noroeste al sureste de forma que, en el equilibrio, la fecundidad media de la fuerza de trabajo cualificada es menor que la de la no cualificada. Cuando el ingreso (Y) está por encima o por debajo del coste medio de producción de fuerza de trabajo para cada grado, la fecundidad varía, y no inversamente, con dicho ingreso (Y). Más aún: es posible que la fecundidad de algunos miembros afortunados del grupo I sea mayor que la de otro grupo inferior. Pero más allá de un cierto punto, para cada grupo, la oferta de hijos se hace perfectamente inelástica a los cambios en el ingreso. Una consecuencia significativa de esta inelasticidad para la relación población-economía es que, a partir de esos puntos, el ahorro se incrementa rápidamente en cada nivel.

La valoración de esta teoría de S. H. Coontz es diferente según la óptica que se adopte al enjuiciarla. Por descontado, se trata de una sólida adaptación del enfoque clásico, marxista y marshallia-

no en lo que se refiere al establecimiento de la dependencia de la oferta de fuerza de trabajo respecto a su demanda, distinguiendo en ella los distintos niveles de cualificación y sus diferentes efectos en la natalidad. Desde el punto de vista de la contrastación, además, ya en el período de entreguerras la relación entre el empleo y la fecundidad, a nivel agregado y en sectores diferenciados, había sido establecida por estudios empíricos en algunas economías industrializadas (ONU, 1953). En una tesis doctoral se realizó una comparación entre la dinámica del empleo asalariado no agrícola y la dinámica de la fecundidad (indizados) en EEUU para el período 1929-1959, y se demostró la estrecha relación entre la demanda de fuerza de trabajo no agrícola y la natalidad al obtener índices de correlación superiores al 0,9 (Martínez Peinado, 1985). La persistente caída de la natalidad en los países desarrollados tras el *baby boom* se podría asimilar, sin excesivos problemas, a los cambios en la dinámica del mercado laboral para ajustarse a la crisis económica estructural que afecta al capitalismo desde 1968-1973. En fin, a grandes trazos la explicación económica del comportamiento reproductivo encuentra en la teoría de Coontz uno de sus puntales más sólidos.

Ahora bien, esta teoría fue, en su momento, considerada demasiado simplista por los demógrafos⁵. En realidad adolece de un excesivo economicismo en el sentido al obviar variables intermedias. Pero, sobre todo, hay que advertir que el hacer pasar la globalidad del comportamiento reproductivo por el mercado de trabajo le sitúa al mismo nivel epistemológico que la teoría microeconómica de la economía doméstica, y por tanto surgen las mismas insuficiencias: ¿qué ocurre con la fuerza de trabajo que no se reproduce a través de salario, porque se sitúa al margen del contexto capitalista? El pensar que reproduce las categorías del ingreso y coste "como si" fuera asalariada tiene los mismos problemas que los modelos de demanda microeconómicos: es peligroso suponer lo que no ocurre explícitamente porque lo explícito puede deberse a otras causas también implícitas pero diferentes o extraeconómicas.

Desde otra perspectiva más empírica el simplismo de la teoría también se ve acompañado de una clara vaguedad en lo que se refiere a la medición del concepto de coste de la fuerza de trabajo, especialmente si tenemos en cuenta que hoy en día la pro-

pia definición de *necesidades básicas* y sus *satisfactores* son objeto de polémica académica y, en cualquier caso no pasan, en ningún lugar del mundo, exclusivamente por el ingreso salarial. La pregunta sería de qué coste se está hablando y según quién lo soporta: ¿el de la empresa, el social, el familiar, ...?

En definitiva, Coontz no realiza un análisis "estructural", sino más bien "económico", en un sentido estricto, del tema demográfico, y, además, constreñido a *un determinado tipo de desarrollo del capitalismo*, tal y como lo realiza la microeconomía convencional. Y es de difícil aplicación a *estructuras en las que el capitalismo se desarrolla desigualmente* sin introducir y profundizar nuevos elementos teóricos que, aunque implícitos en el análisis de la demanda de fuerza de trabajo, no están en el que de ella hace este autor. Tales elementos serían la relación del coste de la fuerza de trabajo con el nivel general de desarrollo de las fuerzas productivas en que se inserta (y que define las necesidades y posibilidades de reproducción), la definición del origen y coste de la fuerza de trabajo no valorizable por el capital, la estructura mundial de la demanda de fuerza de trabajo, etc.

Por otra parte, y en la comparación con la microeconomía convencional, puede asimilársele en su "economicismo" (y por tanto, ser criticado como en el capítulo anterior) en la medida en que el comportamiento reproductivo se explica como fruto de la racionalidad doméstica cuando responde a una determinada dinámica del coste de reproducción y de la demanda de fuerza de trabajo. El cómo vive la familia esos cambios y opta por un tamaño familiar menor es algo explícitamente implicado en la caída del precio relativo de la fuerza de trabajo cualificada y el coste mayor de la futura fuerza de trabajo. Pero si bien es cierta esta similitud con la nueva economía de la familia, no es menos cierto que *Coontz parte de lo objetivo* (la acumulación de capital) para explicar *lo subjetivo* (el comportamiento doméstico); las restricciones a que se enfrenta la economía doméstica a la hora de decidir una modificación del tamaño familiar no son *datos*, sino *ejes* del análisis. Así, el ensamblaje de las esferas micro y macroeconómicas es posible desde la metodología de Coontz. Y quizá éste es uno de los valores más sólidos de la misma como teoría económica del comportamiento reproductivo.

3.4. El antimalthusianismo no marxista

Bajo este epígrafe se tratarán a continuación algunas aportaciones significativas de autores que, sin asumir el concepto de superpoblación relativa o la metodología característica del análisis marxista sobre la mercantilización de la fuerza de trabajo, han criticado el pesimismo malthusiano o han desligado el crecimiento demográfico del subdesarrollo. De hecho, y como se planteó al principio de este capítulo, el antimalthusianismo se presenta entonces en dos facetas: la del “optimismo poblacionista”, que enfatiza los elementos positivos que la expansión demográfica tiene para el crecimiento económico, y la de la crítica al neomalthusianismo en cuanto que éste identifica la expansión demográfica como factor principal del subdesarrollo u obstáculo radical al desarrollo. Esta diferenciación es pertinente para entender que el antimalthusianismo no necesariamente significa ser partidario del crecimiento económico acelerado. Una cosa es negar que la dinámica poblacional sea exógena a la estructura económica (y rechazar por tanto el neomalthusianismo aplicado al subdesarrollo) y otra diferente es afirmar que el crecimiento demográfico expansivo sea positivo para la economía. En realidad, en este último caso, el de los “poblacionistas”, también se está considerando la población como variable independiente, aunque con efecto contrario al postulado por el pesimismo malthusiano.

En la crítica económica al malthusianismo desde posiciones más o menos convencionales destacan la línea de análisis de C. Clark y E. Boserup y los análisis de economistas del desarrollo como Hirschman, Singer, Fucaraccio y otros. Desde un punto de vista más radical y amplio, la bibliografía sobre el malthusianismo como ideología y práctica del imperialismo sería muy extensa (y la mayor parte de las veces, repetitiva), y puestos a recoger una argumentación reciente y relativamente novedosa, hecha desde el feminismo militante, merece la pena destacar a I. Strobl. También por criterio de actualidad, pero sobre todo por su amplia resonancia académica, cabe destacar a J. Simon, que criticó el modelo de Nelson y ha defendido vehementemente el elemento humano como factor de desarrollo, así como se hace necesaria una referencia al pensamiento del gran maestro de las ciencias sociales A. Sauvy.

3.4.1. La confianza en el crecimiento económico

Si algún autor reconocido por la economía académica convencional resulta sorprendente por sus conclusiones sobre el crecimiento demográfico, dicho autor es C. Clark. Su visión del desarrollo de la economía *real*, respaldada por su paradigmática obra pionera *Las condiciones del progreso económico* (con varias reediciones desde 1939), le llevó a abordar el tema demográfico en términos “globales” y quasi enciclopédicos (Clark, 1980). Su planteamiento parte del establecimiento de las variables “biológicas” o, como se vio en el capítulo anterior, de “oferta” (edad de la madre, frecuencia del coito, tiempo de lactancia, cuestiones de salud e higiene, mortalidad fetal, infantil y materna, duración del matrimonio, etc.) y socioeconómicas (edad al contraer matrimonio, poligamia/monogamia, *status* de la mujer, ingreso, ocupación, urbanización, religión, movilidad social, etc.) que explican el crecimiento demográfico y de las intercorrelaciones entre ellas. La evidencia así recogida, abundantísima, permite tratar el binomio población-recursos de una manera “técnica” (en lo que se refiere al uso de tierras, la alimentación, y los rendimientos, que él defiende como crecientes), que le hace concluir que, en la perspectiva histórica, el empuje demográfico cumple un papel positivo:

Llegamos ahora a una conclusión [...]. En muchísimas épocas y lugares, la población es indeseablemente baja, y puede que esté creciendo a una tasa muy baja. Llega el momento, desde luego, en el que el crecimiento poblacional sí que amenaza “superar” los medios de subsistencia, tal y como son entendidos en esa época y lugar; entonces la consecuencia es que el crecimiento demográfico mismo provee del necesario estímulo, induciendo a la comunidad a cambiar sus métodos de producción existentes o a obtener el alimento por métodos más productivos, que les permitirán soportar una población mayor (Clark, 1980: 60).

Incluso dada la situación actual, las perspectivas de la alimentación para la población futura son buenas, según este veterano optimista, si se cambia el propio concepto de alimentación, ya que según él lo que existe hoy en día en las definiciones al respecto de la FAO u otros organismos es una exageración desde el punto de vista biomédico. En términos sencillos: se está bien

alimentado con mucho menos de lo que se suele decir y creer. Por otra parte, aduce que hay abundantes tierras sin explotar en cultivos adecuados, y que la posible mejora de los métodos es inquestionable; en el mismo sentido, recoge los análisis de E. Boserup sobre los efectos positivos de la presión demográfica para la producción agrícola (aunque no para la distribución), y respecto a la influencia de la población sobre la formación de capital, afirma:

El crecimiento demográfico no sólo reduce las necesidades de capital por unidad de producto, sino que incrementa su oferta [...]. El crecimiento demográfico, sin variación de otras cosas, tiene un efecto positivo sobre el ahorro. Esto se espera ciertamente en el sentido, entre otros, de que una población que crece lentamente tendrá mayor proporción de ancianos, que tienden a consumir más que a ahorrar; que los padres de familias más numerosas pueden hacer más esfuerzos para ahorrar para ellos; y, quizás más importante, que con familias más extensas los jóvenes esperan menos herencia, y por lo tanto tienen que hacer mayores esfuerzos para acumular para ellos mismos (*Ibidem*: 266-267).

Si hubiera que recoger su conclusión general, valdrían las siguientes palabras de su Prefacio:

El crecimiento de la población ha tenido lugar, y continuará, a causa de los adelantos en el conocimiento y práctica médicos. Trae dificultades económicas a las comunidades que viven con métodos agrícolas tradicionales; pero es la única fuerza suficientemente poderosa para hacer cambiar sus métodos a tales comunidades, y a largo plazo las transforma en sociedades mucho más avanzadas y productivas. El mundo tiene recursos físicos inmensos para la producción agrícola y minera todavía inutilizados. En las comunidades industriales, los efectos económicos beneficiosos de grandes mercados en expansión son muy claros. Los principales problemas creados por el crecimiento de la población no son los de la pobreza, sino el incremento excepcionalmente rápido de la riqueza en ciertas regiones favorecidas de población creciente, su atracción de nueva población por migración y la inmanejable extensión de sus ciudades (*Ibidem*).

Por su parte, E. Boserup (1967, 1975, 1984) analizó en profundidad el papel de la presión demográfica en la transición de

la agricultura arcaica hacia su modernización productiva, concluyendo que el impacto era fundamentalmente positivo, puesto que el aumento de población obliga a intensificar cultivos, utilizar nuevas técnicas de aprovechamiento de tierras no cultivadas, desarrollar las infraestructuras de transporte y distribución, etc., hasta convertirse en mercado para *inputs* industriales. Los efectos negativos, por su parte, se sitúan en los aspectos, no *productivos*, sino *distributivos* (repartición y herencia de los hijos de las tierras). La relación del crecimiento demográfico con el cambio tecnológico, aunque más compleja, también sería, en general, positiva:

Si se está de acuerdo en que muchos descubrimientos –hoy, al igual que en el pasado– han sido inducidos por la demanda, cabe preguntar hasta qué punto esta atracción de la demanda se vio determinada a su vez por cambios demográficos. En las regiones donde la población se multiplica se producen cambios radicales en la relación entre los recursos humanos y los naturales. La disminución de la tierra disponible y de otros recursos naturales proporcionaría una motivación para inventar mejores medios de utilizar los recursos escasos o descubrir sustitutos de los mismos. Además, el aumento de la población posibilitaría el empleo de métodos que son inaplicables cuando la población es más reducida. Una vez estas motivaciones condujeran a la invención o importación de tecnologías, los cambios tecnológicos producirían nuevos cambios demográficos, que a su vez provocarían nuevos cambios tecnológicos. De esta manera nacería un proceso interrelacionado de cambio demográfico y tecnológico. En otras zonas habría pocos cambios tecnológicos, o ninguno, debido al estancamiento de la población, el cual perduraría a causa de la ausencia de cambios tecnológicos (Boserup, 1984: 16).

El crecimiento demográfico es además, desde el punto de vista de la industrialización, una palanca de la “secundarización” de la economía:

Una población en crecimiento agota poco a poco ciertos tipos de recursos naturales como, por ejemplo, madera, tierra virgen, caza y agua dulce, viéndose obligada a reducir su número por medio de la emigración o a cambiar su forma tradicional de utilizar los recursos y su modo de vivir. Las poblaciones en crecimiento deben reemplazar con recursos como el trabajo los recursos naturales que empiezan a escasear. Deben invertir trabajo en la creación de comodidades y equipo que no

eran necesarios cuando la población era más reducida. Así, el crecimiento de la población en una zona aporta un incentivo para sustituir los recursos naturales por el trabajo y el capital (Ibidem: 17).

Así, cabe asimilar la revolución tecnológica de la segunda mitad del siglo XX con la explosión demográfica. Y cabe incluso plantearse si el miedo a la exigencia de cambio en el “modo de vivir” que supone el crecimiento demográfico no es lo que está detrás del pesimismo neomalthusiano.

3.4.2. La confianza en el factor humano

Cabe recordar que la población es la *primera y fundamental* fuerza productiva. A partir de esta reflexión, y de un exhaustivo análisis histórico-cuantitativo y de una modelización teórico-económica, J. L. Simon ha expuesto en sus obras (1977, 1980, 1981) una visión que, más que ser optimista, pretende denunciar el pesimismo recurrente en la relación economía-población como carente de toda base científica. Entre sus múltiples propuestas, caben destacar las siguientes:

- El tamaño demográfico muestra elasticidades positivas con el crecimiento económico, y la evidencia más clara está en los países desarrollados.
- La supuesta *trampa del equilibrio a bajo nivel* postulada por Nelson no existe, puesto que el supuesto de partida de la misma, la elasticidad positiva fecundidad/renta, en realidad es *negativa*, a largo plazo, en los países subdesarrollados.
- La presión demográfica tiene un efecto positivo en las infraestructuras agrícolas y de transporte.
- La innovación también está ligada al tamaño demográfico: una población más grande supone una cantidad mayor de personas para utilizar sus mentes, sus conocimientos, para el progreso.
- La relación crecimiento económico-crecimiento demográfico hay que contemplarla a largo plazo, y en dicha perspectiva el balance es positivo, como lo demuestra la propia historia de la humanidad. En esa perspectiva, el volumen

creciente de población en el planeta merece ser visto como un éxito del ser humano en la lucha por su propia existencia, que le ha llevado a cotas cada vez más altas de progreso (independientemente de su distribución).

En cualquier caso, Simon considera que la economía no puede "dictar" de forma contundente lo que debiera hacer cada país, puesto que el diagnóstico varía en función del plazo considerado y de los valores extraeconómicos. En términos abstractos, unos padres pueden desear y tener tres hijos en vez de dos, y aunque en algunos aspectos (fechados) esos tres hijos no dispondrán de lo mismo que si se hubieran quedado en dos, habrá otros aspectos (fechados y no fechados) que harán más felices a los cinco que si se hubieran quedado en cuatro. De la misma forma, cada país puede variar los parámetros sobre los que considerar la relación población-recursos.

En definitiva:

Muchos escritores han argumentado contra las conclusiones de Malthus. Pero las razones centrales de otros no son las mías. Algunos han sostenido que la tecnología es un automecanismo que permite ganar la "carrera" contra el crecimiento demográfico. Otros (de forma destacada, Godwin y Marx) argumentaron que los cambios estructurales en la sociedad, especialmente en la redistribución de riqueza, resolvían el "problema". Aunque no rechazo la importancia del cambio estructural, o del cambio tecnológico como fuerza independiente, yo doy un lugar central a los cambios en la tecnología y en el mercado influidos por el crecimiento demográfico. Yo veo una secuencia causal determinística más que una "carrera" cuyo resultado depende de la elección o de un cambio estructural resultante de decisiones políticas. Y el análisis cuantitativo contenido en este libro sugiere que el efecto del crecimiento demográfico en la balanza a largo plazo es probablemente positivo (Simon, 1977: 491).

3.4.3. El "poblacionismo" en la Economía del Desarrollo

Quizá sea necesario recordar que la Economía del Desarrollo, como disciplina específica en el conjunto del análisis económico, surge y se consolida a partir de diversos análisis de la realidad del

subdesarrollo que tienen en común su diferenciación con la teoría convencional del crecimiento económico y su crítica a la idoneidad de los modelos pensados para economías desarrolladas para ser aplicados a las subdesarrolladas. En este contexto de "descubrir" el diferente funcionamiento del subdesarrollo (respecto al previsto en la economía neoclásica) dadas sus propias estructuras, el factor demográfico llegará a postularse como neutral o incluso positivo.

Según Hirschman, teórico del *crecimiento desequilibrado* como estrategia de desarrollo, la presión demográfica puede suponer un incentivo para el desarrollo, ya que la presión que conlleva sobre los niveles de vida puede provocar una contrapresión planeada para mantener o restaurar el nivel de vida tradicional de una comunidad. Tal actividad, entonces, "provoca un incremento en su habilidad para controlar el medio ambiente y organizarse para el desarrollo" (Hirschman, 1961: 178). ¿Hasta qué punto la presión demográfica se convertirá *efectivamente* en un mecanismo inductor de desarrollo? Se favorecerá este papel:

- "Si el crecimiento de la población es brusco", pues exigirá un esfuerzo sin paliativos o desviaciones.
- "Si va acompañado de urbanización", y por tanto de un incremento de la demanda de capital fijo y de servicios.
- "Si se pasaran umbrales mínimos de producción en industrias importantes, al compararlos con países más poblados donde estos umbrales se han pasado hace tiempo o con países más pequeños donde aún están muy lejanos".
- "Si el aumento afecta a las clases más altas de la sociedad" (o al menos éstas no se ven excluidas) porque favorecerá el espíritu y actividad empresarial.
- Finalmente, el efecto será más positivo cuantos más recursos nacionales queden sin explotar. Respecto a este último punto Hirschman criticó los supuestos neoclásicos, según los cuales todas las fuerzas productivas se utilizan y no hay, pues, recursos desempleados, y además se supone que son utilizados de la mejor forma posible. El panorama cambia bruscamente si se acepta la existencia de un margen de posibles mejoras.

Así, es posible el impacto positivo de la presión demográfica si se diagnostica el subdesarrollo como un estadio en el que existe una disponibilidad potencial de la fuerza de trabajo, del capital, del espíritu de empresa, etc. Para unir estas potencialidades hace falta un factor sinérgico fuerte, que según este autor podría ser la presión demográfica. Por tanto, concluye que

[...] parece un error afirmar que las presiones demográficas actúan como obstáculos al desarrollo. Existen ciertas circunstancias en que estas presiones no logran desempeñar su función estimulante, de la misma forma que las alzas de precios a veces no logran producir incrementos en la oferta de las mercancías señaladas (Ibidem: 181-182).

En esta misma línea de postular posibles efectos positivos del crecimiento demográfico, P. Singer arguyó la necesidad del mismo para la ampliación y profundización de la división del trabajo y para el aumento consiguiente de la productividad, elementos todos ellos que deben acompañar al desarrollo en su etapa inicial, con una ulterior concentración de capital en la industria mientras que los métodos intensivos en trabajo podrían aplicarse a la agricultura y la construcción civil. Y escribió:

También es obvio que el crecimiento demográfico tiene un coste [...]. Sin embargo, debe entenderse en forma clara la naturaleza de este costo. Aunque los padres puedan afrontar los gastos de manutención de sus hijos con una especie de "ahorro", de hecho constituyen una *difusión del consumo* por un mayor número de cabezas. Debido a los bajos niveles de ingreso per cápita en los países en desarrollo y a la virtual inexistencia de mercados de capital, donde los ahorros pueden depositarse con seguridad y rentabilidad razonables [...] los recursos que dejan de usarse en la manutención de una familia más numerosa se gastarán, en su mayor parte, en bienes de consumo. Por esto, no se puede esperar una elevación significativa de la tasa de ahorro familiar a raíz del descenso de la natalidad. Sólo el Estado "invierte" por presión del crecimiento demográfico [...]. Una *disminución* de la tasa de crecimiento demográfico puede conducir, por lo tanto, a una tasa mayor de ahorro gubernamental, aunque el aumento no sea probablemente muy significativo (Singer, 1971: 222).

La incorrección del argumento neomalthusiano del ahorro que señalaba Singer fue ampliamente desarrollada, especialmente por

autores latinoamericanos sensibilizados por la política estadounidense para su región (“más vale invertir cinco dólares en políticas antinatalistas que cien en proyectos de desarrollo”, en la lógica de Enke). Como ejemplo cabe citar el de Fucaraccio (1973). Según este autor, en América Latina no cabía hablar de escasez de capital, sino de subutilización o no utilización autóctona del mismo; y a igual esfuerzo de ahorro interno y de inversión, los resultados eran inferiores a los de los países desarrollados debido a los altos precios de los bienes de capital importados. Por otra parte, la desigualdad en la distribución de la renta era tan acusada (la mitad de la población apenas recibía el 14% del ingreso total mientras que el 60% del mismo era acaparado por el 20% de la población) que el control de natalidad, dirigido *políticamente* a los pobres, no tendría efecto sobre el ahorro puesto que éste es producido y manejado por la minoría dominante. Finalmente, y respecto al Estado (mencionado por Singer), Fucaraccio argumentó que, dado el porcentaje tan bajo del presupuesto nacional dedicado a educación y sanidad, una disminución en la tasa bruta de natalidad no llevaría tampoco a un ahorro significativo, por lo que el neomalthusianismo en este punto (desviación de inversiones estatales productivas por necesidad de ofrecer servicios improductivos) se basaba en una auténtica falacia:

El conjunto de gastos en educación y salud pública en Latinoamérica es de alrededor de 9 dólares per cápita. Formulemos la hipótesis de que de estos 9 dólares, tres dólares quedan libres, a causa de la caída de la fecundidad, para ser invertidos en bienes de capital y preguntémonos a cuántas personas se les podría dar empleo. Teniendo en cuenta que la cantidad de capital que se requiere para emplear a una persona adicional en actividades no agrícolas es de alrededor de 2.500 dólares, se deduce aritméticamente que se podrían ocupar unas 232 mil personas. Por otro lado, dado que el número de desocupados equivalente es de unos dieciocho millones de personas, queda clara la escasa significación de este argumento (Fucaraccio, 1973: 25).

Cabe destacar que el argumento neomalthusiano del ahorro ha sido cuestionado incluso desde estudios empíricos demoeconómicos. Así, Bilsborrow, en un importante estudio de la influencia de la dinámica de la estructura por edades en la tasa de ahorro, concluía:

El principal hallazgo es que los efectos en la distribución de edades (a través de cambios en la fecundidad o mortalidad) en la tasa de ahorro son probablemente mucho menores que los indicados en la literatura. Las razones de ello incluyen la pequeña proporción de la población que ahorra en los países menos desarrollados, la sustituibilidad parcial entre una fuente de ahorro y otra, los muchos escalones entre los gastos domésticos y el ahorro empresarial y gubernamental, y la adaptabilidad de las economías domésticas a cambios en la dependencia. A causa de estos hallazgos no deberíamos esperar un desarrollo económico incrementado significativamente resultante de una caída en la fecundidad en los países menos desarrollados (Bilsborrow, 1979: 39).

En definitiva, los conceptos de *ahorro* y de *riqueza* que utilizan los modelos neoclásicos no son idóneos para situaciones de subdesarrollo, ya que el carácter monetario-mercantil implícito en ellos no sirve para reflejar el no-consumo o la dimensión de valores *de uso* (y no *de cambio*) de los "activos" familiares en el ámbito no capitalizado de las economías de capitalismo periférico. De hecho, en los estratos más pobres los hijos pueden convertirse en una forma de ahorro para los padres (para su vejez). Incluso se ha argumentado, en este sentido, que la causalidad es inversa: aunque no hay influencia de la fecundidad en el ahorro (monetario), lo contrario sí es cierto, ya que a mayor desarrollo del mercado financiero para los ahorros, menor fecundidad (por decrecer la utilidad de los hijos para la vejez de los padres y dejar de ser formas de ahorro para el futuro).

En cualquier caso, tampoco esto último está definitivamente demostrado a nivel global. En definitiva, como señala Birdsall:

La teoría neoclásica del crecimiento y los modelos de transferencias intergeneracionales destacan el efecto negativo del crecimiento demográfico rápido en el ahorro y la inversión agregados. En el caso del ahorro, hay poca evidencia empírica que apoye esta idea. Los estudios transversales de países sobre los efectos de una carga de dependencia elevada sobre el ahorro agregado han encontrado generalmente un efecto escaso o negativo, excepto en las economías industriales de alto ingreso, donde la carga de dependencia elevada está asociada a una gran proporción de los más mayores, no con una población joven debida a la alta fecundidad. Esto no es realmente sorprendente. Por una parte, el ahorro empresarial no es probable que esté relacionado sistemáticamente con el crecimiento demográfico. Además, los gobiernos pueden,

dentro de unos límites, usar medidas monetarias y fiscales para modificar la tasa de ahorro, independientemente de las condiciones demográficas. Al nivel de la economía doméstica [...] los hijos incluso pueden proporcionar una forma de ahorro relativamente sin riesgos (Birdsall, 1988: 494).

3.4.4. *La crítica desde fuera de la Economía*

Aunque ya se ha puesto de manifiesto el rechazo radical que implica la metodología marxista a la justificación (neo)malthusiana de la pobreza o el subdesarrollo, dicho rechazo cabe encontrarlo también en aportaciones de muy diversa procedencia (desde el antiimperialismo hasta la religión, pasando por el feminismo) con un marcado carácter de denuncia, general o particular, de los intereses políticos, ideológicos y geoestratégicos que se escondían y se esconden en las políticas antinatalistas. Al salir del campo del análisis económico la lista de críticas al neomalthusianismo se podría hacer interminable (Martínez Peinado, 1985). Por otra parte, el contenido de este libro se pretende más analítico que polémico, y el objetivo es investigar el pensamiento articulado y sistemático respecto a las leyes de población y su explicación económica para precisamente huir, en lo posible, del enfoque ideologicista, bastante estéril desde el punto de vista científico (aunque, como es obvio, se ha explicado el trasfondo ideológico que, como siempre en la ciencia social, sostiene cada teoría). A continuación, pues, se recogen sólo algunas muestras significativas de argumentos o denuncias antimalthusianas desde “fuera” de la Economía, que no quiere decir que sean “optimistas” o contrarios al derecho de la planificación familiar.

Un ejemplo esclarecedor y reciente del discurso antimalthusiano, centrado además en el contenido de la práctica antinatalista, lo ofrece Ingrid Strobl, quien ha desarrollado en una obra reciente un demoledor ataque contra los ideólogos bien o mal intencionados del neomalthusianismo, y ello desde una perspectiva feminista que destaca la estrecha relación entre el *eurocentrismo*, el *neomalthusianismo* y el *patriarcado*. Reivindicando el papel efectivamente exclusivo de la mujer en la procreación, su análisis desvela el trasfondo del propio protagonismo que ha adquirido

la mujer en las políticas demográficas y en el discurso institucional reciente, al que se hará mayor referencia en el capítulo siguiente.

Yendo por partes, merece la pena, en primer lugar, citar en extenso los pasajes que esta autora elige a su vez de los ideólogos neomalthusianos Erlich y Ditfurth, que casi se comentan por sí solos:

Paul Erlich, uno de los ideólogos líderes de la política demográfica moderna [...] explica [...] cómo una experiencia personal le sirvió para tomar conciencia de la importancia del tema:

“Racionalmente hace tiempo ya que tengo claro el problema de la explosión demográfica, pero a nivel emocional no fue hasta hace dos años, durante una noche calurosa y maloliente en Delhi, que me di cuenta de ello. Me encontraba junto con mi esposa y mi hija en un taxi viejísimo de regreso a nuestro hotel. Los asientos rebosaban de pulgas [...]. Al atravesar la ciudad lentamente pasamos por un barrio muy poblado [...]. Las calles estaban llenas de gente; personas que comían, se lavaban, dormían; personas que charlaban, se peleaban y daban chillidos; que estiraban sus manos por las ventanillas del taxi y pedían limosna; que orinaban y defecaban; que se colgaban de los autobuses y que cuidaban de su ganado. Gente, gente por todas partes. Mientras el coche avanzaba despacio, tocando la bocina entre la masa de personas, el polvo, el ruido, el calor y las fogatas le daban a la escena un aire dantesco. ¿Conseguiríamos llegar a nuestro hotel? Dicho con sinceridad, temíamos de verdad por nuestra suerte, como si en cualquier momento pudiera suceder algo [...]. Desde aquella noche conozco el sentimiento de la superpoblación.”

Después de invitar a sus lectoras y lectores a identificarse con el asco y el miedo del hombre superior ante la bestialidad de los infra-hombres, expone las medidas en contra que se deben adoptar que, aun cuando puedan resultar brutales, resultan inevitables:

“Tenemos que optar con obstinación a la implantación global del control de población. Me gustaría poder ofrecer un par de soluciones más agradables, pero me temo que el momento para ello hace ya tiempo que pasó. El cáncer es un crecimiento desenfrenado de células; la explosión demográfica es un crecimiento desenfrenado de personas [...]. Tenemos que cambiar nuestra actitud e intentar extraer el tumor canceroso en vez de tratar los síntomas. Esta operación exigirá seguramente decisiones brutales y despiadadas, y causará mucho dolor, pero la enfermedad se encuentra en un estadio tan avanzado que el paciente sólo tendrá alguna posibilidad de sobrevivir mediante un tratamiento radical.”

El segundo ejemplo proviene de una cita de Hoimar von Ditfurth, quien goza de gran prestigio moral en Alemania. Sus tesis, testimonio

de una aparente compasión por la gente pobre, se dirigen más bien a una clientela con sensibilidad social:

“También hoy morirán 40.000 niños, uno cada dos segundos. Se mueren de hambre [...]. ¿Terrible? Mucho peor: si estos niños no perecieran, si no murieran de hambre en los brazos de sus madres [...] si consiguieran sobrevivir [...] y tuvieran a su vez hijos, entonces la catástrofe sería aún mayor. Puede ser que suene cínico afirmar que estas miles de muertes silenciosas libran a la tierra de una situación que superaría ampliamente el número de muertes actuales [...]. Puesto que por cada niño que hoy es salvado por las actividades de tales organizaciones, habrá en las próximas generaciones cuatro, cinco o seis” (Strobl, 1994: 30-32).

Por otra parte, Strobl denuncia tanto el carácter de “lucha antisubversiva preventiva” que tiene la política antinatalista como el supuesto protagonismo que se le concede actualmente a la mujer:

Desde hace algunos años la política demográfica se difunde, al mismo tiempo, como una forma de ayuda práctica a las mujeres y de fomento directo de su emancipación. A las mujeres se les vuelve a dar importancia últimamente. En las discusiones actuales sobre política demográfica se les otorga un doble papel: por un lado, se debe impulsar su emancipación y, por el otro, se les hace responsables de la explosión demográfica y, con ello, implícita y explícitamente responsables de la destrucción del medio ambiente y de los recursos naturales (Ibidem: 33).

En realidad, la preferencia demostrada por la esterilización irreversible de la mujer (y no del hombre) como método de control de natalidad demuestra, según esta autora, el carácter agresivo y cínico, desde el polo imperialista y patriarcal, de la política demográfica, puesto que es preferida a otros métodos que significan una opción efectiva de ejercicio continuado de libertad por parte de la mujer. También incorpora ejemplos de cómo las mujeres de los países subdesarrollados están siendo utilizadas como conejillos de Indias para la experimentación de nuevos métodos anticonceptivos o incluso cómo se les aplican métodos conocidos no permitidos en los países desarrollados por sus secuelas biogenéticas y sobre la salud. Aporta información sobre el movimiento feminista en países subdesarrollados y su oposición activa (y razonada) al control de natalidad. Siendo una obra polémica, que recoge los condicionantes socioculturales a que se ven enfrenta-

das las mujeres respecto al tamaño familiar, ha introducido un debate en el movimiento feminista de los países desarrollados, ya que, desde la óptica "eurocentrista" de la emancipación femenina, el control sobre la propia sexualidad y poder reproductor se ha vinculado históricamente al uso de los anticonceptivos. Como la realidad muestra que, efectivamente, los métodos predominantes dejan muy poco margen de maniobra económica o técnica a las propias mujeres de los países subdesarrollados, es evidente que la tesis de esta autora adquiere solidez desde la óptica de la mujer como *objeto* (que *no sujeto*) de las políticas antinatalistas.

Pero la denuncia del neomalthusianismo como estrategia ideológico-política no implica el poblacionismo. Desde posiciones radicales basten dos ejemplos: el filósofo y ensayista H. M. Enzensberger y el marxista W. Harich.

Enzensberger, en el marco de su crítica a la *ecología política*, situó el neomalthusianismo en los siguientes términos:

La teoría neomalthusiana, a cuya popularización han contribuido autores como Ehrlich y Taylor, ha cobrado vida en un momento determinado y en un contexto político muy concreto. Tiene su origen casi exclusivo en Norteamérica a finales de la década de los cincuenta y principios de los sesenta, es decir, en un momento en que los movimientos del Tercer Mundo iniciaban sus actividades y comenzaban a constituir un problema importante para el poder directivo del imperialismo [...]. No es necesario ser demasiado perspicaz para comprender que tras esta actitud de los norteamericanos se oculta, por una parte, la motivación política y, por otra, un pánico irracional. Éstos son los motivos que impulsan los intentos de grupos oficiales y privados en Estados Unidos de exportar el control de natalidad a los países del Tercer Mundo. Las naciones imperialistas ven aproximarse el momento en que únicamente constituirán una pequeña minoría a nivel mundial y sus gobiernos temen que la presión demográfica se convierta en una fuerza política y, en último término, militar. A través de estos cálculos racionales se adivinan temores de otro orden: presagios de una cierta psicosis de pánico cuyos precedentes históricos son fácilmente discernibles. Pensemos tan sólo en los históricos *slogans* de la época imperialista ("el peligro amarillo") y del período del fascismo alemán ("las hordas rojas") (Enzensberger, 1974: 40-43).

Ésta es quizá la constatación geopolítica más repetida en la historia del antineomalthusianismo, desde Josué de Castro o Con-

suegra hace décadas hasta, por ejemplo, Strobl en la actualidad. Pero su denuncia no excluye que Enzensberger rechace también el ideologicismo contrario o el optimismo igualmente irracional (como fue el caso de Lenin y que él destaca en el pensamiento socialista cubano). Denuncia así

[...] la tendencia a responder al miedo irracional de los opresores imperialistas con una esperanza tan irracional como aquél. La retórica no puede ser el sustituto de un análisis materialista de las necesidades y posibilidades concretas y de las condiciones límite (Ibidem: 44).

poniendo como ejemplo de esta política “racional” el control demográfico en China.

Esta línea de pensamiento no es algo aislado, y está presente tanto en el análisis soviético antes reseñado como en algunos autores marxistas occidentales, preocupados por la degradación medioambiental y ecológica. W. Harich (1978) ha sido uno de ellos. Distinguendo claramente entre la superpoblación *absoluta* y la *relativa*, ha argumentado que ya se están dando las dos en la actualidad, una en el marco capitalista y otra en el marco planetario, defendiendo consecuentemente la necesidad del control demográfico, basándose además en textos de Engels. Así, contra el optimismo “social(ista)” opone el “realismo” de la situación actual y futura, abogando por el control demográfico (que de cualquier forma se tendrá que hacer):

— Si yo digo: la barrera social (el capitalismo) no es la barrera natural —y esto es, justamente, lo que Marx y Engels dijeron lúcidamente en contra de Malthus— no puedo lógicamente esperar que una vez superada la barrera social (con el socialismo) *eo ipso* caiga también la barrera natural: Si, no obstante, espero que suceda así, lo que hago es equiparar ambas barreras (Harich, 1978: 44).

Han de abordarse, por tanto, simultáneamente, ambos problemas; la liquidación del capitalismo allí donde todavía existiese y la detención del crecimiento de la población (Ibidem: 54).

Como colofón del sincretismo anterior (Marx + Malthus) y por la significación de su pensamiento cabe acabar este apartado con A. Sauvy. Considerado como uno de los “padres” de la Demografía moderna, el pensamiento de A. Sauvy sobre el bi-

nomio población-subdesarrollo marcó lo que llegará a ser un paradigma en el análisis institucional (que no marcadamente económico) del problema demográfico: la auténtica generadora de tensiones en el mundo moderno es la brecha entre países ricos y pobres, y las relaciones entre ambos son las que más urgen modificar. A largo plazo, sin embargo, sí que hay que considerar el “problema demográfico” como una presión muy seria sobre la infraestructura del sistema. Ante ello hay que hablar de la *solución económica* y de la *solución demográfica*, y la segunda no puede esgrimirse sin la primera so pena de caer en un reduccionismo de corte ideológico:

De hecho, los propagandistas malthusianos han visto en [...] [la] solución demográfica un medio de eludir las dificultades económicas. Su preocupación esencial, como la de Malthus, era soslayar un penoso reparto de riqueza (Sauvy, 1961: 350).

Sin que pueda ser emitida y precisada, en cada punto, una previsión negra, el asunto es grave [...]. El problema de la población es menos importante que la oposición entre los países ricos y los países pobres y la explotación de éstos por aquéllos [...]. El crecimiento del consumo por persona, es decir, el desarrollo económico por encima de límite, es más nocivo que el crecimiento de la población. Dicho de otra forma, la responsabilidad incumbe a los países ricos más que a los países pobres (Sauvy, 1973: 252).

La obra de Sauvy fue tan extensa que es imposible de resumir en pocas líneas. L. Tabah (1991) ha destacado cómo combatió al malthusianismo en su aplicación tanto a Francia como a los países subdesarrollados. Discrepó, aunque sin extremismos, tanto de Vogt (reivindicando a J. de Castro) como de Meadows y sus “límites al crecimiento”, sobre la base de su optimismo en el progreso (consideraba pasajero el desempleo tecnológico y pensaba que la demanda de fuerza de trabajo cualificada podía ser ilimitada) y su desconfianza científica en los mitos alarmistas. Su influencia en la superación del contencioso Marx-Malthus fue fundamental, como se demostraría en la Conferencia Mundial de Población de 1974. Pero la política concreta es ya cuestión del capítulo siguiente.

NOTAS

- ¹ Cursivas nuestras.
- ² Por referirnos sólo a algunas de las más conocidas, cabe citar a S. Hollander (1984): "Marx and Malthusianism: Marx's Secular Path of Wages". *American Economic Review*, 74, 1; y a H. E. Daly (1971): "A Marxian-Malthusian View of Poverty and Development". *Population Studies*, XXV, 1; y (1985): "Marx and Malthus in North-East Brazil: A Note on the World's Largest Class Difference in Fertility and its Recent Trends". *Population Studies*, 39. Hollander, analizando la teoría del salario de Marx, muestra cómo es necesario suponer un aumento a largo plazo (e independiente) de la población y de la oferta de fuerza de trabajo para mantener la tendencia secular decreciente del salario. Daly, por su parte, mantiene que hay dos tipos de explotación: la económica y la "romana": los dueños de los medios de producción lo son también de los medios de control de natalidad, y las clases desposeídas están condenadas a reproducirse expansivamente, lo que repercute en su explotación económica. Es una singular combinación de los análisis marxista y malthusiano. Por su parte, Harich (1978) es un claro exponente, desde el marxismo, de la síntesis "Marx + Malthus", como se verá al final de este capítulo.
- ³ Aunque, como se verá, algunos autores han vinculado el crecimiento demográfico de los pobres con el suministro de "más revolucionarios" o con un desencadenamiento o refuerzo de la lucha de clases, en puridad esto no tiene que ver con Marx, ya que la conciencia y actitud revolucionarias, o la definición del "sujeto revolucionario", no están sujetas al volumen poblacional o al grado de pobreza, sino al carácter de "clase social" en el modo de producción.
- ⁴ Rosa Luxemburgo fue la primera y más significativa representante de la óptica del subconsumo en la escuela marxista, y su análisis de la acumulación está caracterizado por el problema de la realización de la plusvalía, o conversión de la misma en capital, deduciendo de ahí la *teoría del derrumbe* capitalista.
- ⁵ Véase su reseña en *Population*, 1957, 3: 536-537.